

JUAN ANTONIO
CEBRIÁN

LA AVENTURA DE
RECCON,
LA
QUISTA



Lectulandia

En el año 711, las hordas musulmanas cubrieron en pocos meses la península Ibérica. Sólo algunos rebeldes, dirigidos por un noble llamado Pelayo, se opusieron al invasor desde sus refugios en las montañas. Comenzaba así una reconquista que se prolongaría casi ocho siglos en los que se libraron batallas sin igual que ya son leyenda y de los que surgieron los protagonistas por antonomasia del medievo hispano: Don Pelayo, Abderrahman I, el Cid, Abderrahman III, Almanzor, Jaime I el Conquistador, Boabdil o los Reyes Católicos, personajes todos ellos que hicieron de la Reconquista una gesta sin precedentes en la historia.

Lectulandia

Juan Antonio Cebrián

La aventura de la Reconquista

La cruzada del sur

ePUB v1.1

Perseo 31.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *La cruzada del sur*

Juan Antonio Cebrián, 2003

Diseño/retoque portada: Perseo, basada en una original

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: xlakra

ePub base v2.0

Este libro está dedicado con toda justicia a la mejor audiencia y equipo que un programa de radio pudo soñar jamás. Por vosotros La Rosa de los Vientos mantendrá bien alto el estandarte del ideal que nos conduzca a un mundo mejor. Recordad que lo que hacemos en la tierra tiene su eco en la eternidad.

Fuerza y Honor

INTRODUCCIÓN

Nuestra historia arranca en un lugar llamado Hispania, en un tiempo donde diferentes linajes pugnaban por el trono del reino. La guerra civil había devastado buena parte del rico y fértil territorio. La situación era contemplada desde el norte de África por los ojos ambiciosos de una nueva potencia militar y religiosa que tan sólo esperaba a que la fruta madurase para cumplir su minucioso plan de expansión por el continente europeo. Todo sucedió hace 1.300 años, fue entonces cuando un ejército compuesto por tropas árabes y bereberes invadía el reino de los godos. En pocos meses las hordas musulmanas cubrieron la práctica totalidad de la península Ibérica. Sólo algunos rebeldes dirigidos por un noble llamado Pelayo se opusieron al invasor mahometano desde sus refugios de las montañas norteñas. Comenzaba de ese modo una Reconquista que se prolongaría casi ocho siglos.

En este período se libraron batallas sin igual con nombres que han pasado a la leyenda: Covadonga, Clavijo, Simancas, Calatañazor, Sagrajas, Navas de Tolosa, el Salado, etc. Lugares unidos inexorablemente a los personajes más carismáticos del medievo hispano: Don Pelayo, Tariq, Abderrahman I, Sancho III, Abderrahman III, Almanzor, Rodrigo Díaz de Vivar, Fernando III el Santo, Jaime I el Conquistador, Boabdil el Chico, o los propios Reyes Católicos, todos ellos hicieron de lo que se llamó Reconquista, una gesta épica sin precedentes en la historia del mundo conocido.

En *La Cruzada del Sur* viajaremos a los reinos cristianos de Hispania y a la musulmana al-Ándalus, donde encontraremos momentos únicos de respeto entre dominadores y dominados, tensos equilibrios protagonizados por musulmanes mozárabes, muladíes, mudéjares y judíos; diferentes idiosincrasias y formas de entender la existencia; alianzas y desacuerdos en uno de los períodos más fértiles de nuestro acerbo cultural. Dos mundos unidos por la misma idea de amor a la tierra que les acogió.

Les invito por tanto a participar en los principales acontecimientos y vidas de la Edad Media española. Los nacimientos de Asturias, León, Navarra, Aragón y Castilla. El establecimiento de los musulmanes y sus diferentes períodos como el emirato dependiente de Damasco, el independiente de Bagdad, el esplendoroso califato Omeya, los reinos taifas y el reino nazarí de Granada.

Guerras crueles pero, también, largos tiempos de paz que ayudaron al mutuo entendimiento de unos y otros, siempre bajo la mirada atenta de la Cruz y la Media Luna. No es de extrañar que los mejores caballeros hispanos rehusaran ir a combatir a las diferentes cruzadas que se organizaban con el propósito de liberar Tierra Santa, ya

que ellos luchaban y morían en la empresa más importante de Europa, una auténtica Cruzada cristiana contra la *yihad* islámica por el control de aquel territorio del sur continental.

El trasiego desde Covadonga a Granada, no sólo dejó muerte y destrucción, sino, también, convivencia, cultura y mestizaje que, a la postre, definieron la personalidad de un pueblo que supo sobreponerse a todo para convertirse en 1492, gracias al descubrimiento de América, en una de las potencias más importantes y luminosas de su tiempo.

La Cruzada del Sur es una obra que pretende acercar al lector a uno de los momentos más apasionantes de nuestra historia; a diferencia de mi anterior libro *La Aventura de los godos* donde me adentraba en un período muy oscuro de Europa, ahora me encuentro ante una etapa ampliamente difundida e investigada, no es por tanto deseo mío aportar nuevas luces sobre la Reconquista, más bien, lo que me mueve a escribir estas páginas es el mismo propósito que me animó a emprender la divulgación de la epopeya visigoda.

Claro está que si apostara por contar los 780 años que duró la Edad Media hispana necesitaría varios volúmenes y, no es el caso. En esta ocasión he elegido centrarme básicamente en el aspecto militar de estos siglos, aunque no podré sustraerme a la narración de capítulos que ayudarán a entender por qué tantos guerrearon y murieron defendiendo sus ideales.

Desgraciadamente, los vientos de guerra soplan con fuerza en estos años del siglo XXI, otra vez se utiliza el pretexto de la religión para tocar los tambores de la muerte. Ojalá los dioses, se llamen como se llamen, lo impidan favoreciendo una era de armonía entre todos los pueblos de la tierra. Creo que después de tanto sufrimiento merecemos esa oportunidad.

SIGLO VIII

Un despreciable bárbaro, cuyo nombre era Belay, se alzó en las tierras de Galicia y, habiendo reprochado a sus compatriotas su ignominiosa dependencia y su huida cobarde, comenzó a excitar en ellos los deseos de vengar las pasadas humillaciones, y expulsar a los musulmanes de las tierras de sus padres.

Antología de al-Maqqari, donde se reflejaba el desprecio musulmán por las acciones bélicas del rebelde don Pelayo.

EL ALBOR DE UN REINO

El combate resultó atroz, miles de muertos sembraban los campos de batalla cercanos al río Guadalete. En ese lugar invasores musulmanes apoyados por grupos locales desafectos habían batido al cuerpo principal del ejército visigodo dirigido por el propio rey don Rodrigo. Tras la batalla, el valiente don Pelayo, jefe de la guardia personal del Rey, reunió a los hombres que pudo para iniciar una retirada desesperada hacia Toledo, la desguarnecida capital del reino. En el rostro del curtido militar se podía intuir la rabia y la vergüenza provocadas por aquella derrota. Con tan sólo 12.000 efectivos, los árabes vencían a más de 40.000 guerreros godos entre los que se contaba la flor y nata de la aristocracia hispana. A esto se sumaba la traición de Oppas y Sisberto, hermanos del anterior rey Witiza, a los que un confiado Rodrigo había entregado los flancos de su ejército para que posteriormente, en medio de la sorpresa generalizada, se pasaran al enemigo dejando a su suerte al infortunado Rey cuya tropa de confianza tardó muy poco en ser cubierta por lanzas y flechas sarracenas. Corría el 26 de julio del año 711, una fecha que en esos momentos no suponía más que un capítulo en la historia de las guerras, pero que en adelante, se confirmaría como el fin de tres siglos de influencia visigoda en Hispania.

Pelayo, como otros magnates godos, no daba crédito a lo acontecido en las jornadas anteriores, y seguramente, en su angustiosa cabalgada a Toledo, pensó en la traición ejecutada por los disconformes, sin llegar a entender cómo era posible que una ambición personal pudiera hipotecar de esa manera el futuro de todo un reino. Él siempre desconfió de los witizanos, sin embargo, su primo Rodrigo no tuvo dudas a la hora de reclamar una ayuda necesaria ante la avalancha morisca. El peligro de invasión era tan cierto que cualquier habitante de Hispania respondería ante la ofensa mahometana. Eso debió conjeturar el rey Rodrigo pero, finalmente, no fue así.

Ahora, con Rodrigo desaparecido y la mayoría del ejército aniquilado, la situación para la Hispania visigoda bordeaba la tragedia. ¿Quién o quiénes asumirían el mando de los godos? ¿Existiría algún notable facultado para iniciar la resistencia? En todo eso, seguramente, reflexionaba Pelayo, sin ni siquiera imaginar que años más tarde él mismo se convertiría en paradigma de la Reconquista.

Los seguidores de Witiza, auténticos instigadores del conflicto, se frotaban las manos especulando sobre si los ocasionales aliados ismaelitas se conformarían tan sólo con un cuantioso botín de guerra, regresando posteriormente a su tierra de origen sin más preguntas. Nada más lejos de la realidad, dado que los musulmanes habían

saboreado las bonanzas de una tierra pródiga en vergeles, paisajes fértiles y geografías propicias para el acomodo de un pueblo obligado a la aridez de los desiertos arábigos y norteafricanos. Las mieles de Hispania serían, por tanto, el magro tesoro que los seguidores de Alá pretendían reivindicar.

El general Tariq Ibn Ziyad había obtenido una luminosa victoria sobre aquellos que él consideraba bárbaros infieles. Sus pérdidas se cifraban en unos 3.000 hombres, la mitad de las sufridas por el enemigo. Su señor, Musa Ibn Nusayr, gran gobernador de todo el norte de África, tendría motivos para estar satisfecho.

Tariq capturó la práctica totalidad del patrimonio que acompañaba a don Rodrigo en aquella campaña, repartiendo la mayoría entre sus hombres y reservando una parte para él y para su señor Musa (Muza). Los 250 dinares que correspondieron a cada uno de los vencedores debió ser una buena cantidad, pues, muy pronto, la noticia animó a miles de bereberes que desde la otra orilla del estrecho, se alistaron pensando en las cuantiosas riquezas que obtendrían en aquella antigua tierra de vándalos. Al-Ándalus, esa era la traducción árabe, se convertía en la tierra prometida para los defensores del Corán. Era tiempo de propagar por Europa el mensaje de Mahoma; Hispania sería cabeza de puente para la invasión del viejo continente.



La expansión árabe en la península Ibérica durante el siglo VIII.

Damasco reboaba felicidad mientras los hijos de Witiza, Agila II y Ardón, exigían la reposición de sus derechos y propiedades. El califa Walid I respondió entregando una minucia de lo acordado y obligando a sus antiguos aliados al sometimiento a las leyes y gobierno de los nuevos dueños de la situación.

Lo cierto es que miles de hispanos vieron con agrado la llegada de los musulmanes; demasiados años de hambrunas, epidemias e impuestos opresivos habían desembocado en una situación caótica que cubría todo el reino visigodo. Los invasores, lejos de ejercer como martillo, permitieron libertades que mejoraron la salud emocional y económica de un pueblo demasiado acostumbrado al pesimismo. La anulación de gravámenes exagerados, la posibilidad de mantener religión propia sin persecuciones ni descalabros y la permanencia del derecho a la propiedad privada hizo que en casi todos los casos, la ocupación militar de pueblos y ciudades se

produjera sin enfrentamientos. A pesar de esto, muchos se negaron a comulgar con lo impuesto por los nuevos amos de la Península, y se retiraron hacia las zonas norteñas donde lamerían sus heridas esperando devolver el golpe algún día.

Los rebeldes se refugiaron principalmente en núcleos cantábricos y pirenaicos a la espera de escenarios adecuados para la reacción. Mientras tanto, las tropas de Tariq iban ocupando paulatinamente Andalucía, Levante, y otros puntos estratégicos del centro de la península Ibérica. En algunas ocasiones se pactaba con los dirigentes locales, valga de ejemplo el del conde Teodomiro dueño de una gran posesión que se extendía por las provincias de Alicante y Murcia, que firmó acuerdos de amistad y no agresión con los recién llegados a los que prometió vasallaje a cambio de tranquilidad.

Tariq fue tan sabio como buen militar; pronto se presentó ante Toledo que tomó sin apenas oposición. Sus éxitos originaron recelos en Musa que ansioso por disfrutar de la nueva conquista saltó a Hispania un año más tarde de la victoria de Guadalete con 18.000 sirios y bereberes que le sirvieron para tomar Sevilla y poner sitio a Mérida. En poco más de tres años, las fuerzas musulmanas controlaban la práctica totalidad del territorio peninsular; lamentablemente para ellos, surgieron fuertes disensiones internas protagonizadas por Musa y Tariq quienes pugnaban por el control de la conquista. La disputa se resolvió cuando los dos fueron llamados por el Califa de Damasco quien decidió destituir a los conquistadores de lo que ya se consideraba la perla del califato omeya. Esta lucha interna de los árabes permitió un momentáneo respiro para los refugiados cristianos que comenzaban a organizarse en los reductos norteños.

Así iban transcurriendo los primeros años de ocupación musulmana en Hispania, ahora llamada al-Ándalus. Pero mientras tanto, ¿qué había sido de Pelayo?

PELAYO, EL NUEVO HÉROE

La historia de don Pelayo es confusa como la de los años en los que le tocó vivir; según la leyenda, siempre tapizada con hebras de realidad, el iniciador de la Reconquista nace en Cosgaya, un lugar ubicado en las montañas cántabro asturianas. Hijo de Favila que a su vez era vástago del rey Chindasvinto, sobrino por tanto de Recesvinto y primo del rey Don Rodrigo que era hijo de Teodofredo. De los tres hijos varones atribuidos a Chindasvinto, tan sólo el primogénito Recesvinto tuvo la fortuna de reinar. Los otros dos, Teodofredo y Favila, fueron víctimas de Witiza, y vengados ampliamente por sus herederos cuando Rodrigo arrebató el trono a los hijos de Witiza apoyado por buena parte de la nobleza visigoda, incluido su primo hermano Pelayo, que fue elegido jefe de la guardia personal del Rey. Pelayo fue leal a Rodrigo hasta el final, luchó con bravura en Guadalete y escapó a Toledo donde se mantuvo un tiempo hasta la llegada de los musulmanes. De la vieja capital visigoda salió con sus hombres escoltando a Urbano, arzobispo de Toledo, quien custodiaba las sagradas reliquias cristianas, además de otros tesoros eclesiales. La siguiente guarida para los refugiados fueron las montañas burgalesas, y de ahí Pelayo pasó a su tierra natal, donde se estableció a la espera de noticias. La crónica nos habla de un Pelayo creyente y fervoroso, que incluso es capaz de viajar, en compañía de un caballero llamado Ceballos, a Tierra Santa en los tiempos difíciles de las disputas dinásticas; no es de extrañar que sintiera profundo desagrado por la Media Luna y lo que representaba.

En el año 716 los musulmanes establecidos débilmente por el norte peninsular chocan con los intereses de gallegos, astures, cántabros y vascones, gentes poco romanizadas y si, en cambio, muy acostumbradas a lidiar con toda suerte de potencias invasoras como los celtas, romanos, suevos, godos y, ahora, musulmanes.

El árabe Munuza se instaló en Gijón como valí o gobernador provincial del emirato cordobés cometiendo el grave error de pretender a la hermana del noble Pelayo; acaso en el afán de estrechar lazos de amistad con los desconfiados astures. Sin embargo, Pelayo reaccionó de forma violenta ante lo que se consideraba una humillación de los mahometanos. El valí reconoció en el líder godo a un enemigo, buscando con urgencia una excusa oficial para quitárselo de encima. Pelayo es enviado como rehén a Córdoba para conseguir el pago de impuestos; era costumbre que los emires mantuvieran prisioneros notables provenientes de las provincias sometidas, obligando de esta manera a los vasallos implicados a un regular e

impecable pago de tributos. Un año más tarde de su llegada a la flamante capital andalusí, Pelayo consigue burlar a sus captores huyendo en un viaje lleno de peripecias y avatares que le conduce a su querida Asturias.

Su entrada en el territorio asturiano le será de gran provecho al coincidir con una reunión de lugareños celebrada en Cangas de Onís para debatir asuntos de importancia. En esos meses la gente andaba alborotada por la presencia excesiva de musulmanes en la zona. Pelayo se dirige a ellos y les anima a la sublevación, invoca a los ancestros y a sus sentimientos de vida en libertad sin sometimiento a ningún yugo extranjero. Paradójicamente, él que representaba al antiguo invasor godo se convierte en el líder de unos rudos montañeses deseosos de combatir cualquier signo autoritario ajeno; todo estaba abonado para la revuelta. La facción de Pelayo comienza a ser famosa en los contornos. Lo primero que hacen es negarse a pagar tributo, después algunas escaramuzas militares; de momento nadie es capaz de sofocar aquel minúsculo pero tenaz levantamiento. Preocupado, el gobernador Munuza solicita ayuda al Emir de Córdoba quien acababa de sufrir algún revés guerrero en Septimania. Sus tropas estaban desmoralizadas y se necesitaba con presteza una victoria que enardeciera el ánimo de los soldados de Alá. Pelayo y los suyos se iban a convertir en víctimas propicias para la propaganda guerrera del Emir cordobés. Se baraja el 718 como año en el que se decide por aclamación el caudillaje de don Pelayo; algunos historiadores apuntan que posiblemente fue proclamado rey; otros, más conservadores, piensan que tan sólo fue elegido caudillo o líder militar de los insurgentes.

En todo caso, se produce una unión popular dispuesta a presentar combate a la fuerza ocupante. Su número es apenas representativo, ya que no superarán unos pocos cientos dirigidos por Pelayo.

La columna sarracena que se dirigió a Asturias iba encabezada por Alqama, un lúcido militar experimentado en la guerra y dispuesto a complacer las necesidades del Emir cordobés. Cuenta con unos 20.000 hombres de todo punto suficientes para aplastar los gritos de aquellos «300 asnos salvajes» como les denominan los cronistas árabes. Una vez informado de lo que se le viene encima, Pelayo opta por la lucha de guerrillas replegando a sus hombres hacia las montañas, evitando de ese modo, el desigual combate en campo abierto. En las estribaciones del gran macizo de los picos de Europa se encontraba el monte Auseva y en él una oquedad denominada por la leyenda «la Cova Dominica», futura Covadonga, sitio ideal donde se ocultan buena parte de los rebeldes astures. La cueva consagrada a la Virgen María se presentaba como lugar propicio para las operaciones de los belicosos montañeses. Don Pelayo dispersó a dos tercios de su hueste por las laderas, riscos y acantilados cercanos a su guarida, mientras que con otros 105 combatientes se parapetaba en la propia cueva a la espera de los musulmanes. Todo estaba dispuesto para la emboscada. ¿Serían

capaces aquellos bravos astures de resistir a los bien organizados mahometanos?

Por si acaso apareció la ayuda divina, cuenta la leyenda que a don Pelayo se le abrieron los cielos mostrando el antiguo pendón bermejo de los godos, estandarte perdido en la batalla de Guadalete. Tras esta visión don Pelayo tomó dos palos de roble y los unió formando una cruz que enarboló durante la posterior batalla. En tiempo de primavera cuando todavía refrescaba por tierras asturianas, apareció la expedición punitiva de los sarracenos. Pensando en una hipotética negociación el inteligente Alqama se hizo acompañar por don Oppas, prelado de Sevilla y hermano de Witiza. Sin embargo, cuando la columna musulmana contactó con los rebeldes, la verbigracia del antiguo traidor godo fue insuficiente para convencer al obstinado don Pelayo. Las promesas de paz y patrimonio para él y los suyos únicamente consiguieron soliviantar más, si cabe, la voluntad de los cristianos, manifestándose determinados a combatir sin tregua.

La refriega se produjo presumiblemente en el mes de mayo de 722. Alqama ordenó a sus hombres que se internaran por los desfiladeros cercanos a la Cova Dominica; de inmediato, recibieron una lluvia de piedras y flechas procedentes de los altos dominados por los violentos astures. Los musulmanes intentaron replicar entonces, con saetas y proyectiles lanzados por ondas. Pero todo fue inútil ante la supremacía que los montañeses ejercían sobre un terreno que conocían como la palma de su mano.

El ejército moro sufrió numerosas bajas en los primeros minutos de la lucha; eso, unido a lo complicado de la situación pues eran muchos hombres para maniobrar en el angosto terreno, hizo que Alqama dudara sobre la efectividad de su ataque. La incertidumbre mahometana fue aprovechada por don Pelayo que salió con todo lo que tenía de la Cova Dominica. Sus hombres se abalanzaron sobre los sorprendidos musulmanes provocando una terrible masacre entre ellos. El propio Alqama murió en el choque, los demás iniciaron una estrepitosa huida por aquellos montes hostiles.

La tragedia mora se completó cuando un desprendimiento de rocas sepultó a buena parte de los árabes. La victoria para don Pelayo y los suyos fue total y engordada durante siglos por los cronistas cristianos.

Para los árabes la escaramuza de Covadonga fue algo insignificante, llegando a comentar que los hombres de Alqama desestimaron la lucha por ser tan sólo un puñado de asnos salvajes acompañados por unas pocas mujeres y, que tarde o temprano, morirían abandonados en lo abrupto de aquellas montañas inhóspitas.

Las noticias de Covadonga llegaron a Gijón donde se encontraba el desolado Munuza quien optó por abandonar la ciudad, dirigiendo sus tropas bereberes hacia León. Sin embargo, el contingente fue interceptado por los cristianos, matando a muchos musulmanes incluido el propio Munuza. Los supervivientes se refugiaron en la plaza fuerte de León, localidad amurallada y bien pertrechada. Don Pelayo, crecido

por la reciente victoria, bajó a Cangas de Onís dispuesto a recibir los vítores de sus paisanos. En poco tiempo, vio orgulloso cómo miles de voluntarios se sumaban a su ejército; gentes de toda condición llegadas de Galicia, Cantabria, Vizcaya, etc., además de los propios astures, integraron la primera hueste de la Reconquista.

Con 8.000 infantes y 150 caballos, don Pelayo salió de Cangas dispuesto a tomar León, empresa que hoy en día es difícil precisar si se consiguió o no aunque, según parece, ese mérito deberíamos atribuírselo a don Alfonso, yerno de don Pelayo, hijo del duque don Pedro de Cantabria y futuro rey de Asturias. El bravo don Pelayo, convertido en héroe de los cristianos, dedicó el resto de su mandato a organizar el incipiente reino. Durante años consolidó las fronteras de Asturias desde su capital, establecida en Cangas de Onís. Se casó con Gaudiosa con la que tuvo dos hijos: Ermesinda, futura esposa de Alfonso I, y Favila, quien le sucedió tras su muerte por enfermedad en el año 737.

El primer héroe de la Reconquista española fue enterrado junto a su mujer en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, próxima a Covadonga, aunque más tarde sus restos reposarían en la propia cueva que le vio nacer como mito.

Tuviera el combate de Covadonga mayor o menor magnitud, lo cierto es que sirvió para emprender la lucha entre dos conceptos diferentes de entender la existencia. Desde entonces, cristianos y moros litigarían por el territorio hispano durante casi 800 años, jalonados por más de cuarenta batallas, innumerables avances y retrocesos, convivencia, mestizaje, encuentros y diferencias. Pelayo fue la primera llama de un incendio que acabaría en 1492 con la toma de Granada.

DESPUÉS DE PELAYO

El óbito de don Pelayo dio paso al alzamiento como rey de su hijo Favila o Fafila. El nombramiento fue al parecer por elección de los notables astures en reconocimiento de las proezas marcadas por su padre. Al pobre Favila apenas le dio tiempo de protagonizar hazaña alguna ya que tan sólo fueron dos los años que pudo reinar. En ese período encontró ocasión para ordenar el levantamiento de una iglesia en Cangas de Onís, albergadora de la valiosa cruz de roble que don Pelayo utilizó en Covadonga. La ermita de la Santa Cruz fue consagrada en 739, año en el que murió Favila de muerte violentísima a consecuencia del ataque de un oso que le despedazó mientras disfrutaba de una jornada de caza.

Según se cuenta, el hijo de Pelayo era muy dado a los placeres terrenos, lo que le distraía de las obligaciones de gobierno en un pequeño territorio que aspiraba a fortalecerse como reino. Poco más sabemos de Favila, tan sólo que se casó con Frolaya con la que tuvo dos hijos que no llegaron a reinar. Sí, en cambio, lo hizo el yerno de Pelayo, don Alfonso, hijo de don Pedro, duque de Cantabria.

Alfonso I, el Católico, puede ser considerado por la documentación existente, como el primer rey de Asturias y posteriormente de León. Nacido en 693, fue de los primeros en acudir al llamamiento hecho por Pelayo en su guerra contra los musulmanes. Ungido tras la muerte de Favila, dedicó su reinado a extender las fronteras de Asturias consolidando la pequeña monarquía y anexionando grandes extensiones de terreno más allá de los originales valles astures. Las primeras conquistas alfonsinas se centran en la Galicia marítima y en las comarcas de Liébana, Santillana, Transmiera, Carranza, Sopuerta, Álava y zonas de la futura Castilla. En torno al año 740 al-Ándalus atraviesa por una suerte de conflictos internos protagonizados por árabes y bereberes; estos últimos habían sido acuartelados en la frontera del norte peninsular. Tras abandonar los emplazamientos asignados, una gran franja de territorio quedó desprotegida y a merced de las tropas cristianas que, sin pensarlo, aprovecharon una oportunidad única para sus intereses. Alfonso I, en compañía de unas huestes muy motivadas, inicia el asalto de muchas ciudades sitas en el valle del Duero y puntos limítrofes. De ese modo diversas plazas van cayendo bajo el empuje cristiano. Es el caso de Lugo, Oporto, Viseo, Braga, Ledesma, Chaves, Salamanca, Zamora, Ávila, León, Astorga, Simancas, Segovia, Amaya, Osma, Sepúlveda, etc. Al esfuerzo guerrero de los cristianos se suman la hambruna provocada por las malas cosechas y una mortífera epidemia de viruela. Todo el valle

del Duero entra en una grave crisis donde predomina la escasez de población, forzada a propósito por una política que buscaba vigorizar al recién nacido reino asturiano. Durante años miles de cristianos fueron nutriendo el censo de Asturias. A medida que las tropas avanzan y toman las ciudades, eliminan todo vestigio musulmán y trasladan los restos de población cristiana hacia el cada vez más sólido enclave norteño.

No hay una estrategia militar definida, más bien el despoblamiento del Duero obedece a la imposibilidad por parte de los dos bandos de ocupar aquellos lares. La ofensiva cristiana combinada con la dejadez y desidia musulmanas por un terreno poco apetecible y difícilmente defendible, crean en el valle del Duero una inmensa zona casi yerma que se convierte en un territorio de nadie. Desde entonces, será el escenario por donde transiten ejércitos de uno y otro lado en sangrientas razias.

Alfonso I, como ya hemos dicho, se casó con Ermesinda, hija de Pelayo con la que tuvo tres hijos: Fruela, Vimarano y Adosinda; más tarde, al enviudar, tendría otro hijo natural con una cautiva mora llamado Mauregato.

A lo largo de todo su reinado Alfonso I se caracterizó no sólo por la guerra sino también por su profunda religiosidad, promoviendo la construcción y restauración de innumerables iglesias y ermitas, lo que le valió el sobrenombre de «el católico». Cuando fallece en el año 757, ya se había creado el mapa principal donde se moverían las futuras operaciones militares de los siglos venideros.

En el sur se trazaba la frontera a lo largo de la extensa y despoblada zona del Duero; en el este, el rico valle del Ebro. Por su parte los musulmanes desatendían definitivamente cualquier intento de ocupación y colonización de los territorios del noroeste peninsular, fijando su particular frontera detrás de un eje defendido por tres posiciones o marcas, dominadas por las plazas de Zaragoza en el norte, Toledo en el centro y Mérida en el sur.

Al gran Alfonso I le sucede su hijo Fruela I, que contaba treinta y cinco años de edad. Un reinado caracterizado por la continuidad —en cuanto a la guerra sostenida contra el musulmán— aunque más defensivo que atacante.

Fruela y sus tropas soportan diversos envites ismaelitas contra Galicia principalmente; también afloran numerosas revueltas internas motivadas por desencuentros con gallegos y vascones disconformes con el creciente centralismo astur. Por otro lado, el Rey se enfrenta de lleno a la iglesia cuando prohíbe los matrimonios para los clérigos. Mientras tanto, funda la ciudad de Oviedo y ordena asesinar a su hermano Vimarano que por entonces gozaba de las simpatías de buena parte de la aristocracia y el pueblo.

Fruela, finalmente, muere en el año 768, a manos de los seguidores de su hermano; recordando este episodio las antiguas disputas godas.

Tras Fruela llega una serie de gobernantes de escasa relevancia: Aurelio [768-774], Silo [774-783] y Mauregato [783-789]; todos ellos se limitaron a reconocer la

fuerza superior de Abderrahman I, el gran emir omeya de Córdoba. En el caso de Silo cabe destacar que trasladó la corte a Pravia, donde fundó el monasterio de San Juan Evangelista. En esta época también surge un curioso tributo que el reino de Asturias se vio comprometido a pagar al emirato cordobés, me refiero a las famosas cien doncellas que anualmente eran entregadas a los musulmanes. Este penoso impuesto sirvió para fomentar aún más, si cabe, el odio de los cristianos hacia la Media Luna; contribuyendo el episodio como argumento de muchas leyendas que ya cuentan otros libros.

Bermudo I [789-791] constituye un caso peculiar en la monarquía asturiana al ser elegido rey cuando vestía los hábitos de la iglesia, de ahí su sobrenombre: «el Diácono»; no obstante se confirmó como un excelente monarca que supo abdicar en su sobrino Alfonso II, el Casto, en el momento más oportuno para el buen gobierno del reino astur leonés.

Alfonso II apuntala definitivamente la estructura social y económica del reino; vincula Asturias al resto de la cristiandad gracias al oportuno descubrimiento de las tumbas del apóstol Santiago y dos de sus seguidores; el milagroso hecho se produjo en el pico sacro sito en las cercanías de la localidad gallega de Iria. Este hallazgo sin precedentes es aprovechado convenientemente por el Rey asturiano, quien en un ejercicio de fina intuición ordena levantar y consagrar un gran santuario en Santiago de Compostela, donde reposarán definitivamente los restos del discípulo de Jesucristo; el suceso resulta fundamental para el orbe cristiano al establecerse una ruta de peregrinaje utilizada por devotos de toda Europa. El camino de Santiago se convierte en una de las arterias principales de la cristiandad, y Alfonso II será su primer custodio apoyado por la mayoría de los autores cristianos de la época, quienes no repararán en pergaminos a la hora de valorar y ensalzar los acontecimientos que rodearon el descubrimiento de tan insigne sepulcro, para mayor gloria del reino astur-leonés. De eso hablaremos luego, pero ahora retrocedamos en el tiempo dispuestos a conocer cómo fue el siglo VIII para los guerreros de Alá.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO VIII

711. Desastre de los ejércitos de don Rodrigo en la batalla de Guadalete. Fin del reino visigodo en Hispania.
- 718-737. Pelayo, rey o caudillo militar de los astures. Se establece la capital en Cangas de Onís.
722. Victoria astur en el combate de Covadonga. Se inicia la Reconquista del antiguo reino godo.
- 737-739. Favila, rey de Asturias.
- 739-757. Alfonso I, el Católico, rey de Asturias.
- 753-754. Anexión para el reino de Asturias del litoral gallego.
- 757-768. Fruela I, rey de Asturias.
760. Expulsión de los musulmanes de Galicia. Comienza su repoblación con mozárabes llegados de al-Ándalus.
- 768-774. Aurelio, rey de Asturias.
- 774-783. Silo, rey de Asturias.
776. Silo establece la capital en Pravia.
778. Batalla de Roncesvalles. Tropas musulmanas y vasco-navarras derrotan a los francos de Carlomagno.
- 783-789. Mauregato, rey de Asturias.
785. Creación de la Marca Hispánica.
- 789-791. Bermudo I, el Diácono, rey de Asturias.
- 791-842. Alfonso II, el Casto, rey de Asturias.
797. Victoria de las tropas asturianas sobre las musulmanas en la batalla de Lutos.

LLEGA LA MEDIA LUNA

La aplastante victoria sobre los godos en Guadalete permitió al general Tariq afrontar con optimismo la empresa expansiva por la península Ibérica. Contaba con 9.000 jinetes que le siguieron como uno sólo en su avance hacia el norte. Primero asaltaron Écija, lugar donde se habían refugiado algunas tropas godas fieles al rey don Rodrigo. Tras tomar la plaza, envió una columna dirigida por su lugarteniente Mugit con orden expresa de conquistar Córdoba. El propio Tariq utilizó las antiguas calzadas romanas que le condujeron a la desprotegida Toledo. La capital del reino godo se rindió sin ofrecer apenas resistencia; el éxito había sido completo. Meses más tarde el gobernador Musa pasaba a Hispania con 18.000 soldados que desembarcaron en Algeciras, tomando plazas como Medina Sidonia, Alcalá de Guadaira, Carmona y Sevilla, donde ubicó la eventual capital. Posteriormente sometería a Mérida a un asedio de siete meses, hasta que ésta cayó en su poder. Los desorganizados visigodos atacaban alocadamente a los nuevos ocupantes sin mayor resultado. En Segovuela (Salamanca) fueron derrotados, una vez más, por los hombres de Musa y Tariq; el primero pretendía desvirtuar las hazañas del segundo encabezando cualquier ofensiva militar contra los grupúsculos cristianos. Sin embargo, cuando se encontraba a punto de entrar en Galicia llegó la llamada del gran Califa de Damasco, un enojado Walid I quien, conocedor de las disputas y envidias de sus generales en Hispania, les convocó para la oportuna reprimenda, además de imponerles fuertes multas y desvincularles de cualquier acción en la península Ibérica. Mientras tanto, en la recién bautizada al-Ándalus proseguía el avance imparable musulmán con la evidente complicidad de la gran mayoría de habitantes hispanogodos; hartos de los enfrentamientos dinásticos y de la decadencia crónica en la que los visigodos andaban inmersos, muchos hispanos vieron con agrado la llegada de los mahometanos convirtiéndoles en auténticos liberadores.

La dinastía omeya, aunque belicosa en las formas, fue tolerante en el fondo, permitiendo grandes libertades que algunas comunidades no disfrutaban con los visigodos.

Fue el caso de los judíos, quienes después de más de un siglo de persecuciones obtuvieron autonomía plena para ejercer su credo y forma de vida, llegando incluso a asumir el gobierno y administración de algunas localidades. En cuanto a los cristianos, éstos fueron respetados y se les permitió mantener su religión.

Los musulmanes dieron a judíos y cristianos la categoría de «gentes del libro», es

decir, creyentes de un sagrado mensaje revelado y aceptado; a pesar de ello, muchos cristianos se acogieron a las mejoras fiscales que se obtenían convirtiéndose al islam; a éstos se les denominó muladíes y fueron muy abundantes. Otros, sin embargo, prefirieron mantener su fe cristiana, sufriendo los tributos económicos que se debía pagar por ello; a este grupo se le denominó mozárabes. Muladíes y mozárabes integraban la mayoría de las poblaciones gobernadas por musulmanes, los cuales también se repartieron por el territorio recién conquistado.

En el verano del 714, tras la inusitada marcha a Damasco de Tariq y Musa, quedó como gobernante el hijo de Musa, Abd al-Aziz, quien había participado de forma activa en la toma de algunos enclaves andaluces (Niebla, Beja y Ossobona).

Abd al-Aziz se confirmó como un magnífico mandatario; desde Córdoba pacificó al-Ándalus y completó la conquista de Pamplona, Barcelona, Tarragona, Gerona, Narbona, además de buena parte de Portugal. Sostuvo una inteligente política de pactos con algunos condes godos como Teodomiro, magnate que poseía amplios dominios en Levante. Su visión de Estado le llevó al matrimonio con la bella Egilona, viuda del rey don Rodrigo, por la que según cuenta la leyenda se llegó a convertir en secreto al cristianismo. El prestigio cada vez mayor que iba adquiriendo Abd al-Aziz, sumado a la tolerancia religiosa practicada por él, incomodaron a algunos sectores fanatizados de la nueva aristocracia andaluza, quienes con el visto bueno del califa de Damasco Solimán, dieron muerte a Abd al-Aziz en el año 716. Termina de ese modo la primera etapa de la conquista de al-Ándalus. Cinco años en los que el mensaje de Alá se implantó sólidamente en casi todo el territorio peninsular, salvo los reductos norteños ya citados.

En el año 722 se produce el incidente de Covadonga y diez años más tarde, los musulmanes ven frenada su expansión ultrapirenaica al toparse con los francos de Carlos Martel en la batalla de Poitiers.

La derrota obliga a modificar la situación, iniciándose entonces un repliegue defensivo hacia las posiciones peninsulares. Era momento para el convulso emirato dependiente de Damasco. Cuarenta años llenos de conflictos fratricidas en los que se pusieron de manifiesto las diferencias tribales de los grupos participantes en la ocupación de al-Ándalus. Árabes, sirios y bereberes lucharon por la defensa de sus principales prioridades en el reparto de la riqueza obtenida. Árabes y sirios se asentaron en las féculdas tierras del bajo Guadalquivir, en los valles del Genil, Tajo y Ebro, en el litoral sur peninsular y en las huertas de Levante, mientras que los bereberes más numerosos, eran enviados a las marcas o fronteras para ser acuartelados frente a los cristianos con el escaso premio de unas zonas meséticas casi siempre pobres. No obstante, hubo asentamientos bereberes en el Algarve, Extremadura, serranías de Málaga, Ronda y Sierra Nevada.

El reparto territorial, económico y militar de la Península no convenció a los

duros norteafricanos, quienes hacían ver de forma cada vez más ostensible su malestar por la situación que les había tocado en suerte. Por otro lado, los dirigentes de la nueva aristocracia árabe veían con temor la actitud de aquellos belicosos compañeros de viaje.

Sobre el 740 estalló una revuelta que estuvo a punto de dar al traste con las aspiraciones mahometanas en la península Ibérica. El oportuno auxilio de un contingente sirio sirvió para apaciguar el entramado mapa andalusí; por entonces, unos 30.000 musulmanes ya se habían establecido en al-Ándalus. Las comunidades prosperaban y crecían al amparo de fértiles cosechas obtenidas en las vegas fluviales que trabajaban unos aparceros cristianos bien nutridos y pagados por sus nuevos señores mahometanos.

Las técnicas de regadío y los cultivos importados desde Oriente se acomodaban perfectamente en las inmensas fincas andaluzas y levantinas. Los bereberes hastiados de sus desérticos y rudos terrenos norteños reclamaron un botín que la jerarquía árabe les negó. La tajante posición cordobesa provocó el abandono de ciudades y castillos hasta entonces defendidos por las tropas berberiscas. El hecho fue aprovechado por los cristianos que, como ya sabemos, rápidamente ocuparon y despoblaron esas zonas.

En la década de los cincuenta al-Ándalus sufrió pésimas cosechas y peores gobiernos; una lista interminable de emires se habían ocupado más de sus fortunas personales que de consolidar el dominio sobre la rica provincia de Damasco.

Sobre el 750 un nuevo poder se alzó en Oriente. Eran los abasidas, enemigos mortales de los omeyas desde los primeros tiempos de expansión coránica, y dispuestos a tomar el mando al precio que fuera.

Los omeyas habían practicado, desde su implantación a mediados del siglo VII, una política militarista que les había conducido a la anexión de enormes territorios por los arcos oriental y occidental del mediterráneo; sin embargo, se despreocuparon por el fortalecimiento de esos países conquistados. Los abasidas aparecieron determinados a frenar momentáneamente la guerra santa o *yihad*, en aras de mejorar la situación de todo el imperio creado. Muchos eran los problemas surgidos en el último siglo —más que de imperio musulmán, a estas alturas se debía hablar de imperio árabe—; era momento para que los abasidas de Bagdad derrocaran a los omeyas de Damasco.

Los árabes conquistadores se repartían el tesoro sin hacer el mínimo esfuerzo por islamizar a las poblaciones vencidas. Administración y moneda no terminaban de ser arabizadas, y como guinda las terribles luchas intertribales y las protestas neomusulmanas debilitaban a pasos agigantados la situación. Todos estos factores impulsaron el levantamiento abasida y el práctico exterminio de la dinastía omeya; desde su implantación, los flamantes jefes del mundo musulmán adoptarían una

política favorecedora de la defensa de lo conquistado, abandonando por el momento la guerra santa. Se imponía por tanto la visión que el beduino abasida del desierto tenía sobre los asuntos de la existencia cotidiana, disfrutando de lo conseguido y olvidándose de aventuras inasumibles, en contraposición al afán expansionista promulgado por los sirios de Damasco.

La práctica totalidad de la dinastía omeya fue pasada a cuchillo por los abasidas, salvo una excepción: la del joven Abd al-Rahman Ibn Muawiya, único superviviente de la masacre hecha con su familia. El futuro Abderrahman I escapó milagrosamente huyendo al desierto por donde deambuló como un mendigo durante cuatro años.

Más tarde viajó al norte de África, donde trabajó de forma enérgica en el intento de unir aliados bajo su causa; tanta actividad itinerante le valió el sobrenombre de «el príncipe emigrante». Al fin se trasladó a al-Ándalus en agosto-octubre del año 755 con la ambición de exigir el poder perdido de su estirpe, le acompañaban un puñado de leales dispuestos a pelear muy duro bajo el influjo de su carismático líder; éste no ambicionaba otra cosa sino levantar el orgullo omeya en aquel lugar del occidente europeo.

ABDERRAHMAN I, EMIR INDEPENDIENTE

Abderrahman I nació en Damasco en el año 731, en consecuencia, apenas tenía veinte años cuando tuvo que abandonar su país de origen con el trágico recuerdo de toda su familia asesinada por los abasidas. Su refinada educación fue dirigida por su abuelo, el califa gobernante Hisham.

Entre el 751 y el 755 anduvo errante por territorios como Palestina y Mauritania desde los que intentó reagrupar a los parientes y clientes que permanecían fieles al linaje omeya. Concedor de los conflictos intestinos por los que atravesaba al-Ándalus desembarca en Almuñécar dispuesto a tomar el mando de la situación con su mirada vengativa puesta en Oriente.

Pronto recibe el apoyo de algunos grupos instalados en la Península desde los tiempos de la invasión; de ese modo, contingentes bereberes, sirios y yemeníes le apoyan en su marcha a la capital cordobesa. Mientras tanto se proclama emir en la localidad de Rayyo (Málaga). Frente a él se encuentra Yusuf al-Fehri, emir oficial dependiente del califato de Bagdad apoyado por tropas árabes qaysíes vinculadas al emirato andalusí.

Durante meses se suceden los combates hasta que, finalmente, los dos bandos se enfrentan cerca de Córdoba donde Yusuf es derrotado por el ejército de Abderrahman. En mayo de 756, Abderrahman I entra en Córdoba aclamado por la población; es un joven de casi veinticinco años cuyo porte y aspecto impresiona a todo el mundo: alto, bien proporcionado, de piel blanca y pelo rubio recogido en dos tirabuzones cabalgaba majestuoso por las calles cordobesas. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran los enormes ojos azules de profunda y vivaz mirada. Su aspecto asemejaba al de un germano más que al de un semita.

Aunque era ciego del ojo izquierdo la visión que Abderrahman I tuvo de la situación fue la más clara y diáfana que se había visto en al-Ándalus desde el 711; acaso el lunar de su rostro, que los mahometanos asociaban con la buena suerte, le ayudó a entender el difícil armazón tribal al que se tendría que enfrentar desde entonces.

Abderrahman supo estar a la altura de los grandes mandatarios emprendiendo una política de reparto justo de las tierras andalusíes; siempre receloso, como había aprendido de sus ancestros, nunca llegó a confiar en nadie, meditando largamente cualquier decisión adoptada por él. Colocó a sus mejores hombres al frente de las ciudades más significativas, sofocó con eficacia los intentos de sublevación, bien

fueran de los antiguos aliados yemeníes o de otros grupos enviados por el nunca resignado califato de Bagdad.

Durante treinta y dos años Abderrahman I fue el hombre más importante y poderoso de la Península Ibérica, combatió a Carlomagno por toda la Marca Hispánica hasta conseguir el control total de Zaragoza y otras áreas influyentes, condujo la guerra contra los cristianos hasta el oeste del Ebro, obteniendo respeto y tributos de la cada vez más afianzada zona cristiana. Por otra parte, potenció la idea de Estado Central desde su puesto de mando instalado en el palacio de Al Rusafa en Córdoba, embelleció las ciudades, fomentó los ambientes culturales y, sobre todo, ordenó construir una de las piezas más hermosas de todo el mundo musulmán, me refiero a la maravillosa Mezquita Aljama de Córdoba que llegaría a convertirse en el santuario musulmán más importante de occidente sin parangón en su época. Suprimió de los rezos las referencias al califa de Bagdad por otras a su propia persona, acuñó monedas de plata y oro con las únicas inscripciones del año en curso y un nombre: al-Ándalus. Siguió ampliando los fértiles cultivos e infraestructuras de regadío añadiendo al catálogo de especies introducidas por los árabes la emblemática palmera.

Este espléndido momento de al-Ándalus, ya convertida en emirato independiente desde el año 756, se sostuvo en parte por la potencia de un bien organizado ejército compuesto por unas tropas absolutamente leales a Abderrahman I; bien es cierto que el Emir tuvo que recurrir a la participación de mercenarios eslavos y africanos que ayudaron a fortalecer la implantación del nuevo emirato andalusí.

Pero lo principal, sin duda, fue la creación de una estructura administrativa sin precedentes en Europa, a cuya cabeza se situaba el emir independiente como jefe de gobierno, a éste le seguía el hachib, una especie de primer ministro ayudado por visires o ministros. Al-Ándalus se dividía en siete provincias cada una de ellas dirigida por un gobernador o valí. La justicia era impartida en las principales plazas por cadís o jueces. Abderrahman fue creando durante años un organigrama estable que procuraba al estado central un flujo constante de impuestos captados gracias a una eficaz clase funcionarial. Como es obvio, la legislación giraba en torno al Corán, siendo un consejo o *mexuar* el que dictaminaba pautas de comportamiento para la población basadas en el análisis de aristócratas religiosos, los que también velaban por la integración mozárabe y judía en la comunidad. Esta actitud favoreció la perfecta convivencia de las tres religiones impulsando enormemente el crecimiento económico, social y cultural de al-Ándalus. La lengua oficial y corriente era el árabe, los cristianos la aprenden siendo algarabiados, mientras la élite intelectual musulmana practicaba el latín (ladinos). En un breve espacio de tiempo el emirato independiente se transformó en una floreciente realidad a pesar de los obstinados dirigentes abasidas, quienes desde Bagdad soportaban la pérdida de tan valiosa

provincia sin que nada se pudiera hacer por evitarlo.

Tenía cincuenta y seis años, treinta y dos de ellos como emir, cuando en 788 murió Abderrahman I dejando en manos de Hisham I, su hijo y sucesor, un impresionante legado que el heredero se encargaría de mantener y ampliar.

Hisham I tuvo que guerrear contra sus hermanos Abdallah y Solimán que también reivindicaban el trono cordobés. Por desgracia para ellos, Abderrahman I había seguido una antigua costumbre oriental para designar sucesores, ésta tradición concedía al gobernante la posibilidad de elegir de entre sus vástagos al más capacitado sin respetar la primogenitura, en consecuencia, el Emir designó al segundo de sus veinte hijos para que le sucediera.

La decisión de Abderrahman fue acertada una vez más, dado que Hisham era el más parecido a él en todos los sentidos: espléndido estratega militar, además de culto y preparado para asumir el gobierno de una al-Ándalus vigorizada gracias a la impronta omeya. En pocos meses, venció a sus convulsos hermanos dedicándose a continuar la obra de su padre.

Mantuvo la construcción de la gran Mezquita y, una vez sofocadas las habituales revueltas berberiscas, se lanzó a la conquista de algunos enclaves de la Septimania franca. Gracias a viejas alianzas gozó del apoyo proporcionado por una de las familias más importantes de su época: los Banu Qasi, clan de raíz visigoda convertidos ahora en muladíes que ejercían su poder en un vasto territorio extendido por el valle del Ebro.

Los escasos problemas originados en el reinado de Hisham I le permitieron guerrear con decisión en la ya crónica contienda contra el reino astur-leonés; en esos años las razias veraniegas eran la práctica militar más frecuentada. Las tropas de ambos bandos elegían el estiaje para sus incursiones por la tierra de nadie creada en el valle del Duero. Eran campañas que apenas se prolongaban unas pocas semanas pero que, sin embargo, resultaban sumamente mortíferas y de gran provecho para el bando que las realizaba. El propósito final no era el de anexionar territorios, sino el de golpear, asolar y capturar prisioneros y riquezas, con la consiguiente desmoralización del enemigo. Este tipo de acciones guerreras se mantuvo durante casi toda la época conocida como Reconquista, con más o menos intensidad, según transcurrieran los acontecimientos en las zonas cristiana y musulmana.

En tiempos de Hisham I se produjeron dos grandes aceifas o expediciones militares que asolaron Galicia y que estuvieron a punto de acabar con Asturias, cuando en el 794 las tropas musulmanas arrasaron Oviedo para volverlo a hacer un año más tarde. A pesar de estos temibles ataques ordenados desde Córdoba, los cristianos supieron rehacerse para organizar una contraofensiva que dio como resultado una excelente victoria en la batalla de Lutos. El revés no supuso ninguna sombra para los árabes; a esas alturas, la fortaleza del emirato independiente de

Córdoba era irrefutable.

Cuando murió Hisham I en el 796 contaba treinta y nueve años y un merecido prestigio entre su gente. Le sucedió su hijo al-Hakam I; el enemigo cristiano con el que se iba a enfrentar era el monarca Alfonso II, el Casto, y, sin duda, se presentaba como un hueso duro de roer. ¿Cómo sería el segundo siglo con presencia musulmana en Hispania?

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO VIII

- 711. Las tropas de Tariq y Musa derrotan a los visigodos en la batalla de Guadalete.
Nace el emirato dependiente de Damasco.
- 714-716. Abd al-Aziz, emir. Córdoba, capital de al-Ándalus.
- 716. Conquista musulmana de Barcelona.
- 719. Conquista musulmana de Gerona.
- 720. Toma de Perpiñán y Narbona.
- 722. Combate de Covadonga.
- 732. Batalla de Poitiers. Los francos de Carlos Martell derrotan a los musulmanes poniendo fin de ese modo a la expansión ultrapireánica de los árabes.
- 740-741. Rebelión beréber en al-Ándalus.
- 750. Los abasidas de Bagdad derrocan a los omeyas de Damasco.
- 753. El príncipe omeya Abderrahman, único superviviente de su familia.
- 756. Abderrahman I funda el emirato omeya independiente en al-Ándalus.
- 785. Se inician los trabajos de construcción que levantarán la hermosa Mezquita de Córdoba.
- 788-796. Hisham I, emir de al-Ándalus.
- 790-791. Aceifa contra Álava.
- 793-795. Aceifas contra Gerona, Astorga y Oviedo.
- 796-822. Al-Hakam I, emir de al-Ándalus.

SIGLO IX

Ten valor, pues yo he de venir en tu ayuda y mañana, con el poder de Dios, vencerás a toda esta muchedumbre de enemigos, por quienes te ves cercado.

Mensaje que el apóstol Santiago entregó en sueños al rey Ramiro I en la madrugada previa a la legendaria batalla de Clavijo.

EL IMPULSO DE LA RECONQUISTA

Oviedo fue saqueada por segunda vez en el año 795. Las tropas cordobesas dirigidas por Abd el-Mélic habían obtenido suculentos beneficios de aquella aceifa y se retiraban confiadas hacia sus posiciones originales. En eso una hueste cristiana dispuesta a la venganza cayó sobre los sarracenos cerca de Lutos, un paraje situado entre Belmonte y Grado; la decisión de los atacantes bien dirigidos por Alfonso II unida a la sorpresa del inesperado golpe, desembocaron en una aplastante victoria para los astures. La batalla de Lutos da paso a una serie de acciones militares que terminarán con la toma y saqueo en 798 de Lisboa, ciudad de la que saldrá una comitiva portadora de magníficos presentes destinados al gran Carlomagno, pieza fundamental del linaje carolingio y emperador desde el año 800.

La cordialidad entre Alfonso II y Carlomagno fue evidente, los dos gobernantes mantenían un claro interés por defender sus respectivos reinos de la amenaza mahometana; esa circunstancia facilitó el mutuo entendimiento.

El poder del gobernante franco se había extendido por buena parte del continente europeo incluida la famosa Marca Hispánica. Esta frontera del reino franco en la Península Ibérica, establecida desde el año 785, fecha en que las tropas carolingias habían tomado Gerona, marcaba un antes y un después en el devenir de los acontecimientos. Como ya sabemos, los francos, capitaneados por Carlos Martel, habían derrotado en Poitiers a los musulmanes quienes soñaban con una rápida expansión del Islam por toda Europa; esto ocurría en el año 732, una década más tarde nacía Carlomagno, hijo de Pipino, el Breve, y nieto por tanto del héroe de Poitiers. Carlomagno, aunque dicen que era analfabeto, tuvo la inteligencia y lucidez necesarias para unificar su reino y extenderlo más allá de sus fronteras.

Durante lustros los ejércitos francos fueron creando numerosas zonas militares en los confines del reino; a esos lugares se les denominó «marcas».

Lo que se pretendía, era sin más, establecer una suerte de colchones defensivos que protegieran Francia de cualquier ataque o invasión. En el caso de la Península Ibérica fue una obsesión para los francos que los musulmanes no volvieran a intentar una nueva aventura más allá de los Pirineos.

En el año 777 Carlomagno al frente de un gran ejército atraviesa los Pirineos dispuesto a tomar la importante plaza de Zaragoza, puntal estratégico de la marca norte musulmana en al-Ándalus; la expedición fracasa estrepitosamente. En su retirada los francos se revuelven contra Pamplona derribando sus murallas. Sin

embargo un ataque combinado de tropas zaragozanas y navarras consigue diezmar la retaguardia del ejército carolingio. La batalla se produce en Roncesvalles, sitio legendario desde entonces y semilla del futuro cantar de gesta francés basado, esencialmente, en las proezas y momentos finales de Roland, caballero favorito de Carlomagno, quien en compañía de los doce pares de Francia murió en aquel inhóspito lugar pirenaico a manos sarracenas. Nunca se sabrá bien qué pasó en Roncesvalles. La cronología parece fiable al apuntar el año 778 como fecha del combate, pero es difícil precisar quiénes lo protagonizaron realmente. La leyenda habla de un caballero leonés llamado Bernardo del Carpió como capitán de las tropas que hostigaron a los franceses. Otros afirman que fueron sólo vascones los que eliminaron a Roland y los suyos. La lógica nos lleva a deducir que, seguramente, los francos recibieron un mazazo inicial a cargo de las tropas musulmanas zaragozanas y que, posteriormente, fueron rematados por los vasco-navarros en los Pirineos como venganza del ataque a Pamplona. Tras la nefasta experiencia en la península Ibérica, Carlomagno restañó heridas de una de las pocas derrotas sufridas en su reinado. Una vez repuesto sus tropas regresaron a Hispania en el 785, tomando Gerona y más tarde, en el 801, Barcelona; estas acciones fueron el germen de la Marca Hispánica y futuro condado de Barcelona. Los francos llamaron a éste territorio Septimania, una zona que se extendía desde el río Llobregat hasta los Pirineos, incluyendo condados de Gerona, Barcelona, Urgel, Rosellón, Ausona, Ampurias, Cerdeña y Besalú. Al frente de éstos territorios se situó un *comes marcee* (marqués), con autoridad sobre los diferentes condes territoriales.

La autoridad del imperio carolingio sobre la Marca Hispánica se mantuvo dos siglos, caracterizados éstos por continuos alejamientos desde que Wifredo I, el Velloso, asumiera el control en la asamblea de Troyes celebrada en 879 en seis importantes condados de la Marca Hispánica. La delegación efectuada por Luis II, el Tartamudo, permitió al noble catalán ejercer un ataque directo contra los musulmanes acantonados en el macizo de Montserrat. Desde ese momento Wifredo, el Velloso, y posteriormente sus descendientes, Borrell y Sunyer, comenzarán a dar forma a las particularidades catalanas; nacerá la dinastía conocida como «Casa de Barcelona» y se pondrán sólidos cimientos para la construcción de la futura Cataluña.

Durante la centuria que nos ocupa fueron germinando los diferentes enclaves cristianos de la península Ibérica. Navarra y Aragón surgían como condados; en el primer caso la ocupación musulmana fue apenas representativa, limitándose tan sólo a dejar guarniciones acuarteladas en las plazas que otrora ocuparan los visigodos.

Pamplona se presentaba como la localidad más importante de la zona pirenaica. Sobre ella los mahometanos intentaron plantear un gobierno más o menos razonable. Sin embargo, la escasez de sus efectivos con la consiguiente difícil defensa de un territorio que superaba con creces los 10.000 km², facilitó que autóctonos vascones y

muladíes como la familia Banu Qasi, fueran recuperando con legitimidad aquellas tierras tan poco interesantes para el emirato cordobés, más preocupado en otras cuestiones internas.

El dominio que intentaron ejercer los carolingios sobre Navarra se disolvió en pocos decenios. Finalmente, en medio de la historia y la leyenda aparecen los primeros gobernantes de Navarra. A principios de siglo descolló la figura de un bravo guerrero llamado Íñigo Íñiguez, quien dada su vehemencia ganó el sobrenombre de «Arista». Íñigo «Arista» está considerado como el primer rey de los navarros, también denominado «príncipe de los vascones»; luchó contra musulmanes y carolingios, además supo fortalecer su linaje emparentándose con la poderosa familia Banu Qasi gracias a un oportuno matrimonio que permitió consolidar los dominios pamploneses.

El célebre monarca navarro falleció en torno al año 852, dando paso en la sucesión a su hijo García I Iñiguez, quien tuvo que lidiar con diferentes circunstancias adversas para su reino; una de ellas fue, sin duda, la invasión normanda que sufrió Navarra en sus primeros años de gobierno. Los normandos entraron en Pamplona capturando a García I, por el que sus nobles tuvieron que pagar un cuantioso rescate. Este delicado momento fue aprovechado por al-Ándalus para iniciar una potente ofensiva sobre los Pirineos. A duras penas los navarros lograron responder con cierto éxito a la incursión mahometana.

Las constantes guerras sostenidas por Navarra aceleraban un debilitamiento poco recomendable, en consecuencia, García I se vio forzado a adoptar una serie de medidas que protegieran el reino, por ejemplo, estableció relaciones de amistad con los potentes asturianos cuando se casó con Leodegundia, hija del monarca Ordoño I; gracias al enlace los navarros se comprometieron a defender los pasos pirenaicos que ya utilizaban miles de peregrinos en su camino hacia Santiago. En el año 860 los musulmanes atacaban Pamplona con la intención de asegurarse un pago regular de tributos; con ese fin hicieron prisionero a Fortún Garcés, primogénito real convertido de esa manera en rehén del emirato cordobés durante más de veinte años. Por si fuera poco, en ese tiempo se rompían las relaciones con los Banu Qasi; a pesar de todo, Navarra supo aguantar los diversos envites y en 880 un envejecido García I recuperaba por fin a su heredero, hecho que le permitió sonreír pensando en el futuro de su dinastía. La momentánea felicidad del Rey se esfumó rauda, dado que el segundo de los Arista moriría en 882 durante el curso de la batalla librada en los campos de Aibar. Fortún Garcés, el Tuerto, fue el último representante de la dinastía arista ya que por entonces las influyentes maniobras políticas dirigidas desde Asturias por los reyes Ordoño I y posteriormente Alfonso III habían abonado el campo para que una nueva familia se hiciera con el poder en Navarra. Fortún Garcés reinó hasta el año 905. Se cuenta que acabó sus días entregado a la oración en un recóndito

monasterio; con él se extinguía una época, la primigenia del reino navarro. Tras su muerte fue proclamado Sancho Garcés I, el Grande, primer rey representante de la dinastía jimena y artífice de una expansión rotunda que el reino de Navarra acometió más allá de sus iniciales fronteras enmarcadas en unos pocos territorios anexos a la ciudad de Pamplona.

A lo largo del siglo IX la sociedad cristiana establecida por toda la línea pirenaica comienza a estructurarse, principalmente, en al ámbito de los diferentes conventos y monasterios que se van levantando en las proximidades de núcleos urbanos y fértiles valles.

En el caso del condado de Aragón, una vez resuelta la expulsión musulmana se tuvo que aceptar la llegada y ocupación de las tropas francas de Carlomagno. En ese tiempo Aragón suponía un minúsculo territorio de apenas 600 km² que se extendían por los valles de Hecho y Canfranc, geografía por la que discurrían las saludables aguas del río Aragón del que toma su nombre el territorio del Pirineo central. La localidad más influyente por el número de habitantes y mejores defensas es Jaca; desde esta urbe considerada justamente como la primera capital aragonesa, se inician toda suerte de acciones dispuestas para arrebatar el control que los francos ejercían sobre aquel tramo de los Pirineos. En el siglo IX algunos magnates aragoneses unen esfuerzos y consiguen derrotar a los debilitados gobernantes francos, Aureolo, el último de ellos, es vencido y expulsado de Aragón. Desde ese momento, el notable conde aragonés Aznar Galindo proclamará su autoridad independiente sobre el condado, lugar que va recibiendo flujos constantes de mozárabes sureños huidos de al-Ándalus; con estos cristianos convencidos, la nueva y emergente realidad peninsular encuentra habitantes suficientes para acometer una política que repueble los desiertos valles de la zona. Surgen dos enclaves vitales para el condado, son los monasterios de San Pedro de Siresa, de inspiración franca, y San Juan de la Peña, más cercano al gusto mozárabe. Estos núcleos religiosos se confirmarán como catalizadores culturales de su época, siendo por su labor fundamentales en la futura concepción del reino aragonés. En este primer tramo de su historia los condes se acercan progresivamente a Navarra hasta que, inevitablemente, quedan unidos gracias al enlace matrimonial de Aznar Galindo II con una descendiente del rey pamplonés García Iñiguez; desde esos instantes Aragón permanecerá bajo la influencia de Navarra aunque sin perder su identidad y gobierno. Las dos pequeñas potencias cristianas caminarán juntas hasta el año 1035, fecha en la que el condado de Aragón ampliará sus dominios hasta los 4.000 km².

Mientras se confirmaban los nacimientos de Aragón y Navarra, en el oeste peninsular el reino astur-leonés seguía creciendo a buen ritmo bajo el mando del rey Alfonso II. El insigne monarca se empeñó en la recuperación de la rancia tradición visigoda. Por los escasos documentos de la época sabemos que fue ungido a la usanza

goda, hecho que le diferenciaba ostensiblemente con respecto a reyes anteriores. Desde los tiempos del rey don Rodrigo todos los mandatarios del reducto asturiano habían sido aclamados por su valía, pactos o poder militar.

Alfonso II busca con ahínco en las raíces góticas el refuerzo moral tan necesario para su pueblo; vigoriza el uso del *Liber Iudiciorum*, texto legal que le permite un mejor gobierno sobre las gentes asturianas. Se reivindica Oviedo como la nueva capital de los cristianos, en detrimento de la perdida Toledo. Oviedo será remozada en sus calles y plazas, embellecida por palacios, iglesias y monasterios. Todo esto logrará que la capital asturiana consiga la fuerza necesaria para crear un obispado, además, el descubrimiento de las tumbas de Santiago, el Mayor, y sus discípulos favorece una proyección del reino asturiano en el orbe cristiano occidental; era momento propicio para dar un paso más en lo que ya empezaba a ser la idea nada despreciable de reconquistar el antiguo reino de los godos.

Alfonso II asume una trascendental decisión religiosa intentando controlar el poder eclesiástico; en su mandato se provocará la ruptura con la iglesia mozárabe de Toledo. En la antigua capital goda, ahora bajo el dominio musulmán, los cristianos preconizaban el adopcionismo, es decir, defendían que Jesucristo era tan sólo un ser humano escogido por Dios para su representación en la tierra. Este argumento chocaba frontalmente con las posturas tradicionales de la iglesia más ortodoxa que seguía viendo en Jesús una prolongación de la divinidad. Por otra parte, resultaba complejo seguir dependiendo religiosamente de Toledo, una ciudad gobernada por los mahometanos. La cuestión desembocó en una ruptura total de relaciones dejando al reino de Asturias como custodio y garante de las viejas leyes cristianas.

En el año 842 un octogenario Alfonso II sin descendencia abdica dejando paso libre a su primo Ramiro I, hijo de Bermudo I, el Diácono. En sus ocho años de gobierno se preocupará en seguir ampliando el reino así como en defenderlo de una primera invasión vikinga sobre las costas gallegas en el año 844, cuando naves normandas fueron detenidas junto a la Torre de Hércules en la Coruña.

En ese mismo año se supone acontecida la celebérrima y siempre dudosa batalla de Clavijo; aunque bien es cierto que otros autores la sitúan en el año 859, ya en tiempos de Ordoño I. Sea cómo fuere, el supuesto combate sirvió para enaltecer el ánimo de la cruzada cristiana durante siglos ya que una vez más entró en juego la sobrenatural ayuda celestial, cuando nada menos que el apóstol Santiago se apareció en sueños ante el Rey para informarle de que no bajara el ardor guerrero por el desastre sufrido jornadas antes en la riojana Albelda y que, sin dudar, lanzara sus huestes contra las musulmanas pues el mismísimo Santiago, desde entonces «matamoros», se pondría a su lado cabalgando a lomos de un caballo blanco y enarbolando un pendón del mismo color para conducir a las tropas de la fe verdadera hacia la victoria. Dicho y hecho, el rey Ramiro muy confiado por la visita celestial,

transmitió la visión a sus hombres quienes alborozados se lanzaron al grito de «¡Santiago y cierra España!» sobre la horda mahometana a la que causaron más de 70.000 bajas obteniendo una gozosa victoria que evitaría por añadidura el tradicional y humillante pago de las infortunadas cien doncellas de las que ya hablamos en páginas anteriores. La increíble masacre efectuada sobre los musulmanes sirvió para que los agradecidos astur-leoneses instituyeran el voto de Santiago, una ofrenda anual que se entregaba al santuario de Compostela conmemorando aquella jornada tan necesaria y oportuna para el mundo cristiano. Este épico y seguramente fabulado episodio no queda más remedio que inscribirlo en la leyenda de una contienda muy necesitada de acontecimientos fascinantes que alentaran el espíritu de una población sometida al rigor y trajín bélico de la época.

Capítulos como el de Clavijo forman parte del acerbo popular de cualquier país que a través de los cantares de gesta y de las baladas juglarescas ensalzaban valores y virtudes fundamentales para el levantamiento y definición de la personalidad nacional. Los gobernantes europeos de ese siglo, y de otros posteriores, sabían que un pueblo orgulloso de sus hazañas y logros es un pueblo que progresa; en consecuencia, apadrinar este tipo de acciones y su consabida difusión, sería práctica común a lo largo de la historia.

Clavijo es el ejemplo más claro y diáfano de todos los ocurridos durante la Reconquista.

Pero no sólo de guerras justas vivió la novena centuria de nuestra era, también aquella sociedad campesina y ganadera disfrutaba con todo tipo de manifestaciones culturales. El propio Ramiro I, pasará a la historia como un gran protector de las bellas artes. La construcción de templos y ermitas, tales fueron los casos de San Miguel de Lillo o Santa María del Naranco, permitirán hablar de un estilo ramirense característico del prerrománico asturiano. También el monarca se interesó por la literatura, ordenando la elaboración de algunos textos. Fallece en 850 pasando el testigo a su hijo Ordoño I, quien destacará por varios asuntos, uno de ellos fue sin duda la febril actividad repobladora de diversas plazas arrebatadas definitivamente a los musulmanes; de ese modo Astorga, León, Tuy y otras localidades fueron recibiendo diferentes contingentes mozárabes llegados desde al-Ándalus. Cincuenta años antes ya se había iniciado la colonización de la antigua Bardulia, ahora llamada Castilla por los innumerables castillos que se iban alzando en los asentamientos establecidos por colonos llegados de cualquier parte del norte peninsular.

Desde principios de siglo miles de cristianos engrosaban el censo de nuevos pueblos y viejas ciudades en el valle del Duero; de esa manera, lenta pero constante, se empezaba a dar cuerpo a lo que un día sería la orgullosa Castilla.

Con Ordoño I la empresa de la Reconquista se presenta como una realidad ya imparable: cada vez son más los kilómetros ocupados por el reino astur-leonés, con

urbes fortificadas y valles defendidos gracias a inexpugnables y almenadas moles pétreas. Gracias a Ordoño el valle del Duero dejará de ser un lugar yermo y despoblado. En sus dieciséis años de reinado se trazarán las pautas adecuadas para la expansión definitiva por el territorio hispano. Fallece en 866 tras haber afianzado una práctica hereditaria de la que se beneficiará su hijo y sucesor Alfonso III, el Magno, llamado así por sus notables victorias frente al poder musulmán. Lo cierto es que Alfonso consigue, mediante mandobles, la máxima expansión de su reino, además impulsa el esplendor cultural con la publicación de varias crónicas que sirven como propaganda justificadora de lo que ya se considera una Reconquista legítima del antiguo reino visigodo. A tal efecto surgen las crónicas: Profética, Albedense y la propia de Alfonso III. El mismo monarca se encarga de la redacción de alguno de esos manuscritos.

En el plano militar su reinado comenzó con una sublevación en toda regla de los vascones. En Arrigorriaga las tropas de Alfonso sufrieron un severo revés; no obstante, las relaciones internas del reino cristiano se fueron normalizando con el transcurso de los años. Las acciones bélicas contra al-Ándalus se intensificaron por toda la frontera. El empuje cristiano y las propias disensiones cordobesas favorecieron un desplome mahometano en la zona occidental de la península. Por ese territorio las tropas de Alfonso III desplegaron su poder ante la impotencia musulmana que, sin embargo, resistió organizadamente en el frente oriental, desde la marca cubierta por la ciudad de Zaragoza.

En occidente cayeron diversas plazas como Braga, Oporto y Coímbra, cerca de esta última se libró en 878 la batalla de Polvoraria donde los musulmanes perdieron 13.000 efectivos. La derrota musulmana tuvo como consecuencia una tregua de tres años muy beneficiosa para los cristianos quienes aprovecharon para continuar con el esfuerzo repoblador de los diferentes enclaves reconquistados. Se rebasó la frontera natural del Duero para fijarla en el río Mondego.

Los soldados de Alfonso III llevaron su osadía hasta la propia Marca Sur musulmana, sometiendo a Mérida a una feroz presión guerrera.

Por el centro peninsular también avanzaron las tropas cristianas tomando plazas tan significativas como Zamora, Toro, Simancas, Castrojeriz, Oca, Ubierna y Burgos. Los problemas del frente oriental se resolvieron gracias a un acercamiento amistoso entre Alfonso III y la familia muladí Banu Qasi.

Los éxitos militares de Alfonso III quedaban manifiestos, sin embargo, las disputas entre sus hijos por el control sobre las conquistas le hicieron fracasar como padre. En el año 909 se vio obligado a dejar la corona en beneficio de sus tres hijos: García, Ordoño y Fruela. Al primero, García I, le correspondería León; al segundo, Ordoño II, Galicia; mientras que al tercero, Fruela II, le tocaba en suerte Oviedo y sus territorios; bien es cierto que tanto Ordoño II como Fruela II subordinaron su

autoridad a la de García I.

Tras peregrinar a Compostela Alfonso III se instaló en Zamora, donde falleció en diciembre del año 910 siendo enterrado en la catedral de Oviedo.

Más tarde volveremos a los cristianos del siglo X. Ahora descubramos cómo fue el siglo IX en la poderosa al-Ándalus.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO IX

- 801. El franco Ludovico Pío toma Barcelona. Consolidación de la Marca Hispánica.
- 816-852. Iñigo Arista, conde independiente de Pamplona.
- 818. García, conde de Aragón.
- 842-850. Ramiro I, rey de Asturias.
- 844. Supuesta victoria cristiana en la batalla de Clavijo. En ese mismo año, ataques vikingos contra Gijón, La Coruña, Lisboa y Sevilla.
- 850-866. Ordoño I, rey de Asturias. Con él se intensificarán las repoblaciones en el valle del Duero.
- 852-882. García I Iñiguez, rey de Pamplona.
- 856. Creación del eje defensivo Tuy-Astorga-León.
- 858. Galindo Aznar, conde de Aragón.
- 866-910. Alfonso III, el Magno, hijo de Ordoño I, coronado rey de Asturias y León.
- 868. Comienza la conquista astur-leonesa de Braga, Oporto, Viseu y Coímbra.
- 882-905. Fortún Garcés I, el Tuerto, rey de Pamplona.
- 874-898. Wifredo I, el Velloso, primer conde independiente de Barcelona.
- 878. Victoria cristiana en la batalla de Polvoraria.
- 882. El conde Don Diego funda Burgos.
- 893. Alfonso III ocupa Zamora.
- 899. Alfonso III ocupa Simancas.

ESPLENDOR Y CRISIS DEL EMIRATO INDEPENDIENTE

El gobierno de Hisham I habilitó cauces muy necesarios para la integración de las diferentes culturas que poblaban al-Ándalus. La convivencia crecía tan fértil como los cultivos importados por los hijos de Alá. Por las cuencas fluviales del Ebro, Segura, Júcar, Guadiana, Tajo y Guadalquivir, latifundios y minifundios hermo­seaban el paisaje mientras los salazanes llegados de Arabia correteaban en su preparación para la guerra. La prosperidad económica era evidente; el emirato independiente progresaba no exento de dificultades internas.

La muerte de Hisham I junto a la polémica proclamación de su hijo al-Hakam I desató un vendaval de enfrentamientos por todo el territorio andalusí. El primer reto al que tuvo que enfrentarse el nuevo mandatario fue el de parar la sublevación de sus tíos paternos. Éstos no se mostraban conformes con la elección de aquel impetuoso joven de veintiséis años. Sin embargo, al flamante Emir no le tembló el pulso a la hora de presentar batalla ante los hermanos de su padre, matando a uno y humillando hasta la sumisión más absoluta al otro. Una vez resuelto el pequeño incidente familiar, al-Hakam permaneció entretenido sofocando varios levantamientos protagonizados por mozárabes, muladíes y los propios bereberes. Todos parecían de acuerdo en oponerse a un emir poco querido por el pueblo; ante esto, al-Hakam reaccionó con inusitada violencia. En 797 recibió información sobre el pesar generado por su elección entre los magnates cristianos de Toledo. La respuesta del astuto Emir fue la de convocar en la capital de la Marca Central de al-Ándalus a todos los notables cristianos discrepantes con su gobierno, bajo la promesa de alcanzar acuerdos beneficiosos para todos. Los nobles acudieron confiados al lugar de la cita pensando que a lo mejor habían sido poco generosos en sus comentarios sobre al-Hakam. Por desgracia para ellos, ya era demasiado tarde pues, a medida que iban llegando al sitio convenido, eran decapitados unos tras otros y sus restos echados a un foso cercano. De esa manera al-Hakam limpió de enemigos Toledo, en lo que se llamó desde ese momento «la triste jornada del foso». Es muy difícil efectuar una valoración precisa sobre el número de cabezas que volaron ese día, pero a fe que no fueron pocas.

Las noticias de aquella noche toledana surcaron a la velocidad del rayo todo al-Ándalus. Al-Hakam comenzó a ser un personaje temido por toda la península Ibérica.

En el norte los cristianos se preparaban ante lo que podía ser una terrible guerra

contra el eterno enemigo musulmán; aunque por el momento, el Emir cordobés se vio obligado a seguir apaciguando sus problemas de intramuros.

Zaragoza, Toledo y Mérida, las tres capitales en la frontera de al-Ándalus con el reino cristiano, se entregaban a constantes prácticas sediciosas. Su alejamiento geográfico de Córdoba era aprovechado por los gobernantes locales para sus propios intereses. Además los muladíes representantes de la población más numerosa del estado, reivindicaban unos derechos cada vez más mermados por la intransigente política de al-Hakam. Éste optó por la vía militar para aplacar con una crueldad sin límite cada levantamiento producido.

En 805 una protesta popular por las calles de Córdoba se solventó con la ejecución de 72 cabecillas; del mismo modo fueron solucionadas las revueltas en Mérida. Por el valle del Ebro la influyente familia muladí Banu Qasi desatendió cualquier obligación tributaria con el emirato cordobés. Al-Hakam se vio obligado a contratar a un elevado contingente de mercenarios bereberes para poder atender los distintos frentes abiertos. La ferocidad del mandatario quedó manifiesta cuando en 818 se produjo el sonado «motín del arrabal de Córdoba». En ese tiempo una población llamada Secunda, cercana a Córdoba y situada en la margen opuesta del río Guadalquivir —lo que la convertía en un arrabal de la capital— se rebeló contra el injusto gobierno de al-Hakam. La respuesta del Emir fue implacable y desmedida, enviando sus tropas contra Secunda y sometiéndola a un rabioso ataque que se prolongó tres días con sus noches. El resultado fue más de 3.000 muertos sobre las calles del arrabal, 300 de ellos crucificados públicamente como escarmiento. Los escasos supervivientes de la masacre se vieron obligados a partir rumbo al exilio mientras veían cómo los soldados de al-Hakam incendiaban sus casas y propiedades.

Al-Hakam I pasará a la historia como uno de los gobernantes más sanguinarios con su pueblo. Cuando fallece con cincuenta y dos años en 822, deja a su hijo y sucesor, Abderrahman II, un estado totalmente sometido y pacificado. Afortunadamente el heredero se confirmaría como un emir respetuoso con las gentes y gran mecenas de la cultura.

Abderrahman II procuraría tres decenios de felicidad para al-Ándalus. Bajo su gobierno Córdoba resplandeció en todo el occidente europeo. La gran capital andalusí fue embellecida de tal manera que muchos coincidieron en afirmar que, sin duda, se encontraban ante la mejor ciudad del mundo; razón no les faltaba, dado que bajo el influjo de Abderrahman II, cientos de intelectuales se albergaron en la hermosa capital: filósofos, poetas, arquitectos y científicos adornaban con su saber las calles cordobesas. El Emir, a diferencia de su padre de tan nefasto recuerdo, supo entender el ánimo de los habitantes gobernados por él. Se establecieron normas que aseguraron una saludable convivencia entre las diferentes etnias y religiones. Hubo un incremento del número de funcionarios y se jerarquizaron algunas áreas de gobierno.

Además, la regular acuñación de moneda procuró la estabilidad suficiente para el impulso del comercio; todo refirmaba prosperidad, a pesar de los cronificados conflictos bélicos peninsulares y las consabidas refriegas internas. Sin embargo, la entrada en el juego religioso de nuevas influencias ortodoxas trastocaron el panorama social en al-Ándalus.

Ya en tiempos de al-Hakam I había cobrado fuerza la presencia de la escuela malikí, que propugnaba desde el carisma de su fundador y discípulo directo de Mahoma, Malik Ibn Anas, un acercamiento puro al cumplimiento de las *sunnas* o prefectos coránicos. La adopción de esta corriente islámica por al-Ándalus derivó en una suerte de fricciones con la población mozárabe. La creciente islamización del estado originó reacciones poco vistas desde los tiempos romanos. Muchos practicantes de la fe católica optaron por el martirio ante el menoscabo que según ellos estaba sufriendo su religión cristiana; de esa manera se convirtió en frecuente que algunos aspirantes a viajar al cielo como mártires saltaran a las calles de Córdoba, Sevilla, etc., dispuestos a insultar a Mahoma y al que se pusiera por delante con tal de que llevara turbante. Según las leyes coránicas el que ofendiera al profeta de Alá recibiría la pena de muerte. Este asunto, gracias a Dios, encontró una razonable solución en un cónclave cristiano celebrado en Sevilla, donde se determinó que mártir se es forzosamente cuando no queda más remedio y no cuando la víctima lo pretende.

El tolerante Abderrahman II guerreó, y lo hizo bien, contra francos de la Marca Hispánica y astur-leoneses cada vez más fuertes.

Pero sin duda el conflicto más extraño fue el que se libró contra los escandinavos. En 844 la península Ibérica recibió la visita de las temidas hordas vikingas. Primero asaltaron La Coruña, donde fueron rechazadas por los soldados de Ramiro I. Posteriormente golpearon Lisboa, para finalizar viaje remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, ciudad que fue sometida a un severo castigo. Los normandos tripulaban una flota compuesta por más de 80 drakkars —sus navíos característicos— que quedaron fondeados en una isla cercana a la capital hispalense.

Abderrahman II, sabedor del desastre provocado por los *mayus* —nombre con el que los musulmanes designaban a los vikingos—, organizó a su ejército en Córdoba y partió al encuentro con los paganos. Estos, mientras tanto, se encontraban ocupados en destrozarse Sevilla matando a cualquiera con el que se toparan. Abderrahman II localizó a la banda vikinga cerca de Tablada, donde les derrotó hasta su casi exterminio; los pocos supervivientes lograron escapar con más pena que gloria en algunos barcos. El éxito sobre los normandos sirvió para que Abderrahman II ordenara la construcción de varias atalayas defensivas por toda la costa andaluza en previsión de nuevas incursiones de aquellos fanáticos guerreros.

En septiembre de 852 fallecía el buen emir Abderrahman II, atrás dejaba treinta

años de mandato en los que Córdoba se había convertido en la joya cultural del occidente europeo. En los centros de intelectualidad se podían leer las mejores obras literarias del continente traducidas al árabe. El propio Abderrahman había compuesto unas crónicas dedicadas a la historia de al-Ándalus.

Su muerte a los sesenta y cuatro años de edad fue llorada por todos. No dejó establecido quién de sus hijos debía sucederle y, tras muchos debates, la corte eligió a su primogénito, Muhammad I, favorito de Abderrahman y ferviente seguidor de la fe islámica. Contaba diecinueve años que no le impidieron mantener la obra de su padre. No obstante, Muhammad cometió el grave error de dar prioridad a las cuestiones de la fe islámica antes que a otros asuntos esenciales para el buen discurrir del emirato omeya. Durante su mandato estallaron numerosas revueltas sediciosas, ya no sólo en la frontera sino también, en el mismísimo corazón del Estado. Lenta pero progresivamente las estructuras económicas, políticas y sociales del emirato independiente se iban resquebrajando.

Sin saberlo, en este período de la España musulmana se asentaron los cimientos sustentadores de las futuras «taifas».

La guerra contra los cristianos del norte peninsular quedó reducida a las acostumbradas aceifas veraniegas; ya no existían pretensiones territoriales, tan sólo se buscaba el botín rápido y, de ser posible, el debilitamiento militar del enemigo.

En el siglo IX las acciones bélicas musulmanas sólo sirvieron para retrasar unos años la expansión definitiva de los cristianos por el antiguo solar patrio visigodo.

La idea que suponía la Reconquista ya formaba parte de la mentalidad cristiana de la época. Los lances guerreros entre moros y cristianos servían como argumento para cantares de gestas y leyendas populares; por otro lado, la *yihad* o guerra santa, retrocedía posiciones buscando en este siglo de crisis, afianzar lo conseguido sin buscar nuevas aventuras expansionistas.

Muhammad I, en sus treinta y cuatro años de mandato sintió en demasía la presión de unos tributarios nada convencidos con lo que estaba ocurriendo en al-Ándalus. El estado centralista propuesto desde Córdoba presentaba sus primeras fisuras. Los señores de la frontera se rebelaron una vez más ante la agobiante presión fiscal ejercida por el emirato; de ese modo, los Banu Qasi desde Zaragoza, los árabes Banu Hayyay en Sevilla, algunos líderes muladíes como Ibn Marwan, llamado «el gallego», en Mérida, y sobre todo, Umar Ibn Hafsun en Málaga, ofrecieron una clara muestra de cómo se presentaban unos difíciles y angustiosos momentos para el emirato omeya. No es de extrañar que en ocasiones se olvidaran pretéritas rencillas religiosas en aras de una pragmática razón de Estado. Lo cierto es que a lo largo de toda la edad media Hispana hubo acuerdos militares por los que tropas de uno y otro bando negociaban para combatir juntos en las múltiples cuestiones internas, bien fuera en al-Ándalus o en los reinos cristianos; por eso es siempre difícil hablar de un

choque frontal entre las dos culturas o concepciones distintas de entender la existencia.

Los casi 800 años de presencia musulmana en Hispania no pueden pasar por una mera invasión y posterior desalojo de las fuerzas árabes; fue, al igual que ocurrió con los visigodos, una llegada y colonización en toda regla. En el siglo IX quedaba manifiesto que el asunto iba para largo.

Muhammad I dedicó todo su mandato a reprimir la beligerancia de sus gobernados: mozárabes descontentos por el maltrato religioso, muladíes que soñaban con la independencia del emirato y los propios árabes enzarzados en irresolubles disputas tribales, abocaron a los omeya a un abismo del que no se conocía el final.

De los anteriormente citados fue el muladí Umar Ibn Hafsun el que supuso un mayor problema para el emirato cordobés. Este antiguo bandido había conseguido fortuna y hueste suficientes para presentar cara a Muhammad I. El muladí operaba con total impunidad desde sus posesiones, establecidas por la serranía de Ronda. La rebelión se inició en 880 y se prolongaría casi cuarenta años gracias al esfuerzo de los hijos de Umar. Quizá el punto culminante de esta pequeña guerra civil lo encontremos en 886 cuando Umar se había parapetado tras los muros de su castillo en Bobastro. Desde la fortaleza aguantaba las acometidas de un ejército cordobés dirigido por al-Mundir, primogénito de Muhammad. Cuando todo parecía resolverse a favor de los hombres de al-Mundir llegó desde Córdoba la noticia sobre el fallecimiento de Muhammad I. Sin esperar más, acaso pensando en los problemas que se podrían generar sin su presencia en la capital, el sucesor levantó el sitio a Bobastro para marchar rápidamente hacia Córdoba. Al-Mundir llegó a tiempo para reivindicar su legado pero vivió poco disfrutándolo ya que dos años más tarde moriría víctima de la enfermedad. Dice la leyenda que su propio hermano Abd Allah pagó una fuerte suma al cirujano encargado de practicar una sangría en el cuerpo del enfermo al-Mundir. La misión del médico consistió en utilizar instrumental envenenado que cumplió a la perfección con el trabajo. Esta historia nunca se pudo confirmar, sí, en cambio, que Abd Allah asumiera el poder en 888 y que lo mantuviera hasta 912. En este período nos encontramos a un Abd Allah convertido en magnífico gestor y mejor negociador; es evidente el intento del Emir por remontar la grave crisis sufrida en el Estado omeya. Sus veinticuatro años de gobierno serán, en cambio, el caldo de cultivo necesario para la llegada de una nueva forma de gobierno encarnada en la figura de su nieto, Abderrahman III, posiblemente uno de los personajes más influyentes de toda la etapa musulmana en Hispania. Con él llegaría el califato y una trascendental reorganización social, jurídica y militar que harán de al-Ándalus una entidad respetada, al mismo tiempo que temida, por todos los reinos cristianos del norte peninsular. Las aplastantes victorias de Abderrahman III sobre sus enemigos provocarán incluso que los enclaves fronterizos con el Estado musulmán se

conviertan en tributarios de éste. Será historia para contar más adelante, ahora debemos atender al nacimiento de Castilla.

PRINCIPALES SUCEOS MUSULMANES DEL SIGLO IX

- 801. Los musulmanes pierden Barcelona que cae en manos de los francos.
- 805. Revueltas ciudadanas severamente reprimidas en Córdoba.
- 813. Acuñación de *dirhems* en la ceca de Córdoba.
- 818. Motín del arrabal Secunda en Córdoba: destrucción del mismo con más de 3.000 muertos.
- 822-852. Abderrahman II, emir de al-Ándalus.
- 823. Expediciones guerreras contra los astures y la Marca Hispánica.
- 831. Fundación de Murcia.
- 838. Aceifas contra Galicia, Álava y condados catalanes.
- 842. Sublevación de la familia muladí Banu Qasi en Tudela.
- 844. Supuesta derrota musulmana en Clavijo.
- 845. Victoria musulmana ante los normandos en la batalla de Tablada.
- 846. Aceifas contra León y Álava.
- 852-886. Muhammad I, emir de al-Ándalus.
- 859. Aceifas contra Barcelona.
- 860. Aceifas contra Pamplona.
- 863-865. Ataques constantes sobre la frontera castellana.
- 867. Tropas musulmanas arrasan la provincia de Álava.
- 868. Sublevación de la familia muladí Marwan en Mérida y Badajoz.
- 873. Aceifas contra León y Astorga.
- 880. Sublevación de Umar Ibn Hafsun en Málaga.
- 886-888. Al-Mundir, emir de al-Ándalus.
- 888-912. Abd-Allah, emir de al-Ándalus.

APOGEO LEONÉS Y ALBOR CASTELLANO

El testamento de Alfonso III, el Magno, y la consiguiente repartición de su reino entre sus herederos, García, Ordoño y Fruela, propició la aparición del nuevo reino leonés. El primogénito García I se empeñó en seguir hostigando las fronteras de al-Ándalus. Su pronta desaparición en 914, dejó vía libre para que su hermano, Ordoño II, asumiera el trono estableciendo la capital en León; de este tiempo surge el asalto y conquista de Talavera. Durante toda la centuria, León se convertirá en un complejo entramado de intereses dinásticos en los que se sucederán diversos monarcas que no conseguirán otra cosa, sino debilitar a este reino defensor de las antiguas costumbres góticas, y por ende, de la más rancia tradición católica; no olvidemos que, a estas alturas de la historia, Santiago de Compostela constituye después de Roma el segundo enclave importante de la cristiandad y su defensa, por tanto, es fundamental para mantener vivo el espíritu de «la Cruzada» contra el infiel musulmán.

En 912 Abderrahman III llega al poder en al-Ándalus. Gracias a su buen gobierno la endémica crisis del emirato omeya se torna esplendorosa con la fuerza del carismático líder andalusí; es momento para la irrupción del Califato.

Abderrahman descolla como la personalidad más influyente de la península Ibérica en unos años donde los reinos norteños deambulan erráticos en la búsqueda de cabezas coronadas capaces de aglutinar sentimientos e intereses comunes. Las alianzas políticas y matrimoniales entre navarros y leoneses se hacen más necesarias que nunca, mientras los condados catalanes avanzan firmes en su ansiada independencia de los debilitados francos.

Abderrahman III, convencido islamita proclama la *yihad* o guerra santa contra el infiel cristiano, en el deseo de asestar un golpe definitivo a los eternos enemigos del norte peninsular. El mismo se pone al frente de un impresionante ejército compuesto por levadas cuajadas de entusiastas soldados de Alá; comenzaba un calendario de azote y guerra para las huestes de la cristiandad.

Nos encontramos en el verano de 920: los pueblos y ciudades a uno y otro lado de la frontera se preparaban para las acostumbradas razias o aceifas pero, en esta ocasión, el ataque musulmán iba encabezado por el todavía emir Abderrahman III. Los servicios de espionaje de los dos bandos funcionaron esos días de forma frenética; lo que en principio parecía una aceifa contra Zamora se desveló como un ataque generalizado sobre Navarra. El rey Ordoño II, quien esperaba una acometida en Simancas, acudió a toda prisa en ayuda del rey navarro Sancho Garcés. Todo fue

inútil y los dos monarcas junto a sus tropas fueron batidos en Valdejunquera. De ese llano navarro llamado por los cronistas árabes Muez, fueron pocos los caballeros y guerreros cristianos que lograron escapar. Sin embargo, la victoria musulmana no fue aprovechada convenientemente en la modificación de cualquier tipo de frontera establecida.

Ordoño II siguió guerreando hasta su fallecimiento en Zamora en 924, fecha en la que su hermano Fruela II, el Cruel, ocupó el trono aunque de forma efímera dado que meses más tarde moriría víctima de la lepra.

Después de tanto desbarajuste monárquico provocado por García I, Ordoño II y Fruela II, llegaba una cierta unificación bajo los designios del endeble Alfonso IV, el Monje. Éste, víctima de una depresión provocada por el fallecimiento de su mujer Urraca, abdicó en favor de su hermano Ramiro II en 930. Su posterior internamiento en un monasterio debió aclararle las ideas, pues al año siguiente reivindicó su perdido trono enzarzándose en una guerra civil contra su hermano. Ya era demasiado tarde para Alfonso, Ramiro, lejos de abandonar el poder recurrió a la vieja costumbre goda de sacar los ojos a cualquier enemigo aspirante a la corona. El desorbitado Alfonso IV, el Monje, moriría poco más tarde en el monasterio de San Julián, en León, entre la indiferencia de todos.



El mundo hispánico en la época califal.

Ramiro II desprovisto de oposiciones familiares se lanzó a una suerte de razias sobre al-Ándalus. Atacó la fortaleza de Madrid devastándola; más tarde, cruzaría el Duero para internarse en Extremadura.

No existían en estas campañas intención alguna de recuperar localidades, más bien, se trataba de asolar territorio enemigo capturando sus tesoros mientras se causaba el mayor número de bajas entre los infieles musulmanes. Con todo predominaba una justificación económica para esas acciones bélicas.

En este período la pobreza por la que atravesaban los diferentes reinos cristianos era preocupante. Se dependía en exceso de los cultivos y ganadería sin que existiera una sólida actividad mercantil; la circulación de moneda era mínima. En los primeros decenios, tras la invasión musulmana, se mantuvo el dinero visigodo; posteriormente, se recurrió al trueque y a las monedas acuñadas por las cecas de al-Ándalus.

Los artesanos trabajaban según las necesidades de los nobles y poco más; nacía la trashumancia gracias a la expansión territorial. En ese siglo era frecuente ver el trasiego ganadero desde las montañas a los valles o al revés; en todo caso, economías de subsistencia que de poco servían a una población numerosa.

En el siglo X se trataba de solventar la merma económica con las campañas guerreras. La dificultad estribaba en la notable potencia enarbolada por el nuevo califa Abderrahman III. Sus resonantes victorias sobre los cristianos obligaban a éstos a un vasallaje casi humillante.

Ramiro II y su osadía bélica insultaron al omeya quien no tuvo el menor inconveniente en proclamar una nueva guerra santa en el año 939. Desde Córdoba se enviaron manifiestos a todo al-Ándalus; en los documentos se incitaba a los buenos creyentes para que se alistaran en el ejército de Abderrahman. El llamamiento fue oído por unos 100.000 hombres quienes gustosos o no, integraron una formidable columna militar conducida por el propio Califa. La comitiva tomó el camino de antiguas calzadas romanas rumbo al corazón del reino leonés. Mientras tanto, Ramiro II organizaba sus huestes en las cercanías de Simancas, lugar enclavado en la provincia de Valladolid, muy cerca de Tordesillas. Simancas formaba parte de una estrategia fundamental a la hora de defender el reino. Su caída en manos musulmanas supondría un serio revés moral para el futuro de León.

El rey Ramiro II, consciente del símbolo que suponía mantener Simancas, acumuló la casi totalidad de sus fuerzas disponibles a la espera del impresionante ejército ismaelita; miles de hombres de uno y otro bando estaban dispuestos a luchar y morir en la defensa de sus creencias. Corría el mes de julio del año 939 y los cristianos se preparaban para la primera gran victoria sobre los musulmanes después de dos siglos de invasión y derrotas. ¿Estarían las tropas cristianas suficientemente motivadas para soportar la embestida del magnífico y bien pertrechado ejército cordobés?

LA GRAN VICTORIA DE SIMANCAS

Abderrahman III y su ejército contactaron con las vanguardias leonesas el 26 de julio. Durante días se sucedieron las refriegas. La superioridad musulmana chocaba con un mejor conocimiento del terreno a cargo de los cristianos. Al cabo de cinco días surgieron las disputas entre los generales mahometanos por la forma de conducir aquella batalla. El momento fue aprovechado por las tropas de Ramiro II para atacar desde dos frentes al contingente andalusí. La desorganización y desconcierto provocados por la ofensiva leonesa, desembocaron en un desmoronamiento de la línea ismaelita con la consiguiente retirada. El estupefacto Califa ordenó entonces un repliegue hacia la plaza de Atienza; sin embargo, Ramiro II, desde ese día llamado «el Grande», no estaba dispuesto a dejar escapar tan espléndida oportunidad. Las tropas leonesas persiguieron sin descanso a los desmoralizados soldados de Alá, quienes desconocedores del territorio por el que se movían, fueron retrocediendo cegados hasta un lugar que los cronistas árabes denominaron *Alhándega*, sitio escarpado, sembrado por cortados y barrancos que se convirtió en una tumba para miles de soldados musulmanes. Otra hipótesis nos pone en contacto con la traducción árabe de *Alhándega* (ciudad del foso); eso también nos incita a pensar que no hubo tal persecución sino que la matanza se originó al caer cientos de jinetes con sus monturas en el foso defensivo construido a propósito por Ramiro II en el contorno de Simancas. Sea como fuere, Abderrahman III escapó a duras penas, gracias a la determinación de su escolta personal y al empuje de su caballo. Herido, vencido y humillado, tuvo que soportar la pérdida de unos 20.000 hombres muy necesarios para la fortaleza del califato. El regreso a Córdoba fue tristísimo, su ira por el desastre se concretó en la ejecución pública de 300 oficiales a los que acusó de nula combatividad y, en consecuencia, traición al Estado. De esa manera se pasaba página al vergonzoso suceso.

Abderrahman III aprendió la dura lección ya que jamás volvió a dirigir personalmente ninguna expedición militar contra los cristianos; éstos, mientras tanto, gozaban de la victoria enseñando los magros tesoros capturados a los cordobeses.

Entre esas riquezas se encontraban la cota de malla favorita del Califa, objeto elaborado en oro puro, y el Corán predilecto usado por Abderrahman en sus aceifas. El botín sirvió para pagar espléndidamente a los soldados leoneses participantes en la batalla. Pero sobre todo, la victoria de Simancas se convierte en fundamental por ser un episodio tangible desprovisto de leyendas, un suceso real a diferencia de otros

capítulos emblemáticos de la Reconquista siempre cubiertos por la falta de documentación o la neblina de la historia. Simancas sirve como propaganda de la fe católica en todo el reino leonés y más allá, dado que muchos escritores europeos hicieron alusión a la épica batalla en ese mismo siglo X. De Covadonga o Clavijo se podía imaginar lo que se quisiera adornando, engrandeciendo, según las necesidades. Sin embargo, Simancas pasa por ser la primera gran victoria cristiana en la península Ibérica que disfruta de una perfecta profusión documental.

El celeberrimo combate fue aprovechado no sólo por el Rey leonés, quien repobló localidades como Sepúlveda, sino también por el conde Fernán González, personaje esencial de la crónica castellana.

Castilla había nacido en el siglo IX como una suerte de pequeños condados fronterizos defendidos por innumerables fortificaciones de las que tomaba el nombre. Los castillos castellanos sustentaban la primigenia personalidad de unos pobladores cántabros y vascones que se habían ido extendiendo desde el año 800 por las desérticas tierras ribereñas del Ebro y Duero. Las cartas puebla y las delegaciones regias, insuflaron potestad a los asentamientos de aquellos colonizadores. Durante el siglo IX el condado de Castilla se limitó a cumplir con la misión encomendada; fue muro para los ataques musulmanes y hogar de infanzones, agricultores y ganaderos.

En el siglo X surge con fuerza la idiosincrasia castellana encarnada en la figura de sus condes gobernantes. Castilla es mucho más que una tierra de nadie satélite del reino astur-leonés.

En 920, tras la derrota cristiana en Valdejunquera, los nobles castellanos son acusados de no acudir en auxilio de las tropas navarras y leonesas; algunos condes son recluidos por ello. En 930 Fernán González, el hombre más respetado de la nobleza castellana, comienza a reivindicar los particularismos de Castilla. Nueve años más tarde, tras la batalla de Simancas, exige la independencia total de León; son las primeras notas de una sinfonía llamada «Castilla».

Las discrepancias entre Ramiro II y Fernán González alcanzaron su punto álgido en 943 cuando el castellano se rebeló ante el leonés; el hecho supuso la detención y encarcelamiento del Conde durante un tiempo. Finalmente, la presión agobiante ejercida por las tropas de al-Ándalus sobre la frontera, hicieron que Ramiro II reconsiderara su actitud, liberando al noble para que le ayudara con su tropa en los asuntos bélicos librados por el reino frente a los musulmanes. En 960 Castilla consigue una autonomía que la desvincula prácticamente del reino de León, salvo el homenaje y reconocimiento de los nobles castellanos hacia la corte leonesa. Fernán González consigue implantar la sucesión nobiliaria. A su muerte en 970 es sucedido por su hijo García Fernández que se encargará de ampliar los territorios obtenidos por su padre. Por desgracia para él, durante su gobierno surgió en al-Ándalus el genio militar de Almanzor quien propinó duras derrotas por toda la Península a los

diferentes reinos cristianos. García Fernández sufrió además una tremenda conspiración familiar cuando su mujer e hijo se confabularon con el dictador andalusí para derrocarlo. Murió en Medinaceli en 995 a consecuencia de unas heridas de guerra. Con Fernán González y su hijo García Fernández quedan trazados los caminos por los que discurrirá el futuro reino de Castilla.

En cuanto al siglo X navarro la dinastía Jimena, impulsada desde León, consigue afianzarse gracias a la eficaz tarea expansiva emprendida por el rey Sancho Garcés entre 905 y 925. En 914 se toma Calahorra y cuatro años más tarde Nájera. Además se mantiene la influencia sobre el pequeño condado de Aragón. La debilidad que en esos momentos atravesaba al-Ándalus permite fortalecer las tierras navarras por las riberas del Ebro. Los monasterios de San Millán de la Cogolla y Albelda, protagonizan la actividad cultural y repobladora del momento. La muerte del rey Sancho Garcés llega cuando su heredero García Sánchez es tan sólo un pequeño infante; es entonces cuando brilla la inteligencia de su madre, la reina Toda, quien con insuperable diplomacia logra gobernar el reino y fortificarlo gracias a los enlaces matrimoniales de sus hijas con los principales mandatarios de los reinos hispanos. García Sánchez reinará hasta el año 970. A su muerte Navarra ya es la potencia hegemónica entre los reinos cristianos peninsulares. El auge navarro coincide con el declive astur-leonés y la subida de Castilla. Los reyes Sancho Garcés II y García Sánchez II mantendrán la política displicente de sus ancestros con respecto a los musulmanes de al-Ándalus.

En la primera mitad del siglo X los condados catalanes de la Marca Hispánica sufrieron un pequeño debilitamiento que estuvo a punto de dar al traste con lo conseguido por el conde Wifredo I, el Velloso. Sin embargo, un nieto suyo, Borrell II, supo reunir, gracias a su tacto e inteligencia, la fuerza suficiente para que, una vez obtenido el poder en 947, los condados volvieran a pensar en su independencia de los carolingios. En efecto, Borrell II negoció con Abderrahman III y posteriormente con al-Hakam II, pactos de amistad que le permitieron repoblar las zonas sureñas de la Marca Hispánica. Durante años se mejoraron las infraestructuras y regadíos, se levantaron monasterios y se favoreció el ámbito cultural. Desgraciadamente la dictadura de Almanzor rompió los fértiles acuerdos y en 985 el líder andalusí arrasó la casi totalidad del territorio catalán. Este hecho no entorpeció el anhelo secesionista del conde Borrell II; la excusa llegó en 987 al suceder la dinastía capeto a la carolingia: fue entonces cuando el Conde catalán negó a los capeto cualquier tipo de vasallaje o reconocimiento; es por tanto el 988 un año decisivo para la futura Cataluña al ser el momento de arranque como entidad independiente de los francos para los condados catalanes de la Marca Hispánica. Aún pudo el conde Borrell II saborear unos años el éxito conseguido, falleció en 992 dejando un recuerdo imborrable que se prolongaría durante siglos.

Ahora volvamos al reino de León que lo habíamos dejado en tiempos de Ramiro II en permanente pugna con el conde castellano Fernán González. Ya sabemos lo que pasó en este período para Castilla; mientras tanto, León iba adentrándose en una profunda crisis de consecuencias insospechadas. La muerte de Ramiro II tras su abdicación en 951 a favor de su hijo Ordoño III dio paso a unos años oscuros para el reino astur-leonés. Ordoño III tan sólo pudo reinar cinco años de los que únicamente destacó el asedio y toma de Lisboa. Eran momentos sembrados de incertidumbre por la complejidad que suponía el entramado panorama político de los reinos peninsulares, siempre vigilados muy de cerca por el inmenso Abderrahman III. Tras la muerte del rey Ordoño III llegó Sancho I, el Gordo, quien haciendo honor al sobrenombre tuvo que recurrir a los sabios galenos andalusíes para intentar curar su obesidad mórbida e hidropesía. Además, el orondo gobernante aprovechó su visita a la capital sultana para solicitar ayuda militar que le permitiera regresar con garantías al trono de su reino, usurpado por Ordoño IV, el Malo, siendo la primera vez que un rey cristiano dirigía una hueste sarracena en aquellos primeros siglos de la Reconquista.

Ignoramos si el rey Sancho consiguió curarse, lo que sí sabemos es que en 966 murió a consecuencia del veneno ingerido en una comilona. Su hijo Ramiro III tan sólo tenía cinco años cuando llegó al trono; la débil regencia ejercida por su madre Teresa Jimena y su tía, la monja Elvira, fue aprovechada convenientemente por los desconfiados nobles leoneses para adoptar arbitrariamente todo tipo de decisiones al margen de la monarquía. Ramiro III, una vez obtenida la mayoría de edad, intentó luchar contra la oposición interna y los musulmanes, siempre de manera infructuosa. Las derrotas menoscabaron su ya menguada imagen y en 982 tuvo que soportar cómo los nobles gallegos proclamaban rey a su primo Bermudo II en Santiago de Compostela. Murió sin entender nada en 984.

Bermudo II, llamado «el Gotoso», se vio inmerso en las difíciles pugnas intestinas del reino. Se cuenta que fue apoyado en principio por los clanes nobiliarios gallegos y por el propio Almanzor quien esperaba sabrosos tributos del enfermizo Rey. En esos momentos León no luchaba sólo contra sí mismo, sino también contra las influencias castellana y navarra, el poder andalusí y los esporádicos golpes de mano vikingos. Sin duda el peor capítulo vivido por Bermudo II fue el de las constantes aceifas dirigidas por el fiero Almanzor. El suceso más grave dio como resultado en 997 la toma, pillaje y destrucción de la sagrada Compostela.

Bermudo II falleció en 999. Su muerte dio paso, como siempre, a las disputas entre las diferentes facciones que pretendían hacerse con el mando. Finalmente, el propio Almanzor medió entre castellanos y gallegos favoreciendo a estos últimos quienes colocaron como regente al noble Menendo González, tutor del pequeño Alfonso V y, paradójicamente, cerebro organizador de la batalla librada en

Calatañazor en 1002, donde se extinguió la buena estrella del dictador andalusí.

De esta manera abandonaba el reino de León el siglo X; en la siguiente centuria sobreviviría unos pocos años hasta ceder el total protagonismo al reino de Castilla.

En el siglo que dejamos atrás hemos comprobado cómo fueron muy variados los factores que influyeron en la lenta agonía leonesa, pero, sin duda, el peso principal lo soportan dos nombres propios que nacieron en la vecina al-Ándalus, uno de ellos el califa Abderrahman III, el otro Almanzor, de los que nos vamos a ocupar inmediatamente.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO X

- 905-925. Sancho Garcés I, rey de Navarra.
- 910-914. García I, rey de León.
- 914-924. Ordoño II, rey de León.
- 918. Tropas leonesas ocupan Talavera.
- 919. Tropas pamplonesas ocupan Nájera, Tudela, Arnedo y Calahorra.
- 920. Derrota cristiana en Valdejunquera.
- 924-925. Fruela II, el Cruel, rey de León.
- 925-931. Alfonso IV, el Monje, rey de León.
- 925-970. García Sánchez I, rey de Navarra.
- 930-970. Fernán González, conde de Castilla.
- 931-951. Ramiro II, el Grande, rey de León.
- 933. Victoria cristiana en Osma.
- 939. Gran victoria cristiana en Simancas. Castilla pide su independencia de León.
Toda Aznar, reina regente en Navarra.
- 947-966. Borrell II y Mirón, condes de Barcelona.
- 951-956. Ordoño III, rey de León.
- 956-958. Sancho I, el Gordo, rey de León.
- 958-960. Ordoño IV, el Malo, rey de León.
- 960-966. Sancho I recupera el trono con ayuda musulmana.
- 960. Independencia del condado de Castilla.
- 966-984. Ramiro III, rey de León.
- 966-992. Borrell II, conde de Barcelona.
- 970-994. Sancho Garcés II, rey de Navarra.

970-995. García Fernández, conde de Castilla.

982-999. Bermudo II, el Gotoso, rey de León.

988. Negación de Borrell II a rendir homenaje al franco Hugo Capeto, primer paso hacia la independencia.

992-1018. Ramón Borrell III, conde de Barcelona.

994/1000-1005. García Sánchez II, el Temblón, rey de Navarra.

995-1017. Sancho García, conde de Castilla.

999-1028. Alfonso V, el Noble, rey de León.

EL CALIFATO DE ABDERRAHMAN III Y LA DICTADURA DE ALMANZOR

El siglo X representa para al-Ándalus su momento de máxima expansión territorial y brillantez intelectual. El artífice de tan bonancibles décadas fue Abd al-Rahman III (Abderrahman III), nieto del gran emir Abd Allah; sucedió a éste en 912 cuando tan sólo contaba veintiún años de edad. Los retos a los que se enfrentó el flamante Emir cordobés fueron variados, pero sin duda existían dos principales: el primero, la fuerte disgregación autonómica que estaba sufriendo el estado omeya; como ya sabemos, las revueltas fronterizas se habían multiplicado en las postrimerías del siglo anterior, en consecuencia, algunas ciudades como Zaragoza, Toledo o Sevilla vivían en una casi total independencia con respecto al emirato. Por otra parte, en el interior de al-Ándalus se había vuelto crónico el conflicto librado contra Umar Ibn Hafsun y sus hijos. La segunda cuestión que preocupaba al joven Abderrahman se centraba en el sostenimiento de las fronteras exteriores andalusíes. En el norte, Navarra y León se beneficiaban de las disensiones mahometanas para aumentar sus posesiones. En el sur, más allá del Estrecho, un emergente poder musulmán comenzaba a inquietar a los dueños de Córdoba. Nos referimos a los fatimíes, quienes desde la tierra tunecina llamada por entonces «Ifriqiya» se consolidaban como califato amenazando, sin tapujos, a los omeya establecidos en Hispania.

Abderrahman III lejos de amilanarse emprendió con decisión la tarea reorganizativa de su reino. Era vital para la supervivencia estructurar el organigrama político y sobre todo el militar; con tal fin adoptó una serie de decisiones que a la postre serían fundamentales para el esplendor del futuro califato.

En el capítulo político redujo el número de visires o ministros a tan sólo cuatro de su máxima confianza, provocó una incesante movilidad de cargos funcionariales con lo que evitó el relajamiento de los mismos en las ciudades donde eran enviados. La supresión burocrática facilitó la recaudación tributaria con el consiguiente incremento patrimonial del Estado. En el aspecto militar los tributos recogidos permitieron la contratación de un potente ejército mercenario, engrosado en su mayor parte por bereberes y cristianos de diversa procedencia.

Abderrahman III consiguió de este modo el respeto tan necesario de su pueblo, y lo hizo en unos años cruciales donde se debatía la propia existencia de al-Ándalus. El joven Emir se convirtió en el revulsivo que la vieja familia omeya necesitaba para perdurar en la tierra conquistada por el primer emir independiente de Bagdad, al que

por cierto Abderrahman no sólo se parecía en el nombre sino también en el aspecto físico; recordemos que la genética familiar daba como resultado emires rubios de ojos azules y de buena planta. En el caso de Abderrahman III, los cánones estéticos del linaje se cumplieron a la perfección, aunque bien es cierto que a los emires y califas andalusíes siempre les gustaron mujeres de aspecto parecido al de ellos; dichas doncellas integraban la mayor parte de los harenes reales. En el caso de Abderrahman III, por sus venas corría sangre vascona de su madre Muzna. Cuentan del Emir y posterior Califa que era un hombre corpulento, bien proporcionado, de tez pálida y de profundos ojos azul oscuro. Él mismo hacía teñir de negro sus rubios cabellos para ofrecer un rostro más serio; en todo caso, la imagen del mandatario caminaba en armonía con sus buenas dotes para el gobierno.

Durante los primeros años de poder Abderrahman trabajó arduamente en el intento de pacificar al-Ándalus. Poco a poco las ciudades rebeldes fueron regresando al redil omeya. Casi toda la geografía andalusí fue sometida salvo la excepción ya mencionada de Umar Ibn Hafsun quien con el nombre de Samuel, tomado en su conversión al cristianismo, seguía dominando algunas tierras desde su castillo malagueño de Bobastro. La facción de Ibn Hafsun era la auténtica pesadilla del emirato cordobés; una larvada guerra de guerrillas sostenida durante varias décadas en el interior de al-Ándalus.

Ibn Hafsun fue héroe para los cristianos y bandido rebelde para los musulmanes. Su muerte en los primeros años gobernados por Abderrahman supuso un alivio y un signo de buena suerte para el futuro del Emir. No obstante, los cuatro hijos del caudillo muladí aguantaron la refriega contra los cordobeses hasta que, por una causa u otra, fueron doblegándose al poder omeya. En enero de 928 caía la fortaleza de Bobastro y, con ella, cualquier hostilidad hacia el emirato cordobés.

Abderrahman III había sofocado momentáneamente el endémico problema de las disputas internas, su poderoso ejército daba seguridad por todo al-Ándalus; ninguna ciudad andalusí osaba discutir el mando ejercido por el futuro Califa.

En cuanto a la actuación musulmana sobre el norte peninsular, no se contuvo la ira acostumbrada, renovándose cada año el número de aceifas lanzadas desde las Marcas: Superior, Central e Inferior.

El Emir gustaba de utilizar con generosidad el término *yihad* o guerra santa y, en ese tiempo, los reinos cristianos acumularon méritos más que suficientes para enojar al impetuoso Emir cordobés. En 920 Abderrahman III encabeza una impresionante columna ismaelita con la intención de castigar severamente las incursiones leonesas y navarras sobre al-Ándalus. En principio los cristianos concedores del movimiento bélico andalusí piensan que Abderrahman se va a dirigir sobre León. En Simancas son acantonadas diversas fuerzas bajo el mando del rey Ordoño II a la espera del ejército cordobés, sin embargo, Abderrahman había dispuesto otra táctica y, en una

brillante maniobra de aproximación, coloca a su numerosa hueste en los terrenos riojanos y navarros sometiendo de ese modo al rey Sancho Garcés a una presión fortísima al carecer éste de la ayuda ofrecida por leoneses y castellanos. A pesar de todo, Ordoño II consigue llegar a Navarra con su ejército; el esfuerzo resulta estéril, los musulmanes dominadores de una mejor posición consiguen destrozar a los ejércitos mal organizados de Navarra y León en un llano sito a unos 25 km de Pamplona. Los cronistas árabes llamaron al lugar «Muez», mientras los cristianos lo denominaron «Valdejunquera». El desastre para las tropas cristianas fue total: cientos de caballeros y soldados leoneses y navarros fueron muertos en el campo de batalla; otros tantos en la posterior persecución. Un gran éxito para Abderrahman III quien sin haber cumplido los treinta años se mostraba como gran líder guerrero del islam y azote de sus enemigos. A todos los efectos, la victoria musulmana sólo se puede inscribir como golpe moral rotundo a los intereses cristianos, ya que no hubo anexión territorial ni modificación de las fronteras, tan sólo masacre, devastación y pillaje con el oportuno aparato propagandístico al servicio de un cada vez más influyente Abderrahman III.

Las expediciones militares mantuvieron su tónica en este período; ni cristianos, ni musulmanes, parecían interesados por el territorio del vecino. Mientras tanto, en el norte de África alguien soñaba con la apropiación de al-Ándalus; un peligro acechaba, surgido en medio del fanatismo religioso de la secta fatimí. Ese sería otro enemigo para el emirato cordobés que, curiosamente, le impulsaría hacia su apogeo.

Los fatimíes negaban cualquier clase de legitimidad a las dos dinastías dominantes en el mundo musulmán. Estos miembros de antiguas tribus arábigas veían en Fátima, hija de Mahoma, la auténtica continuadora del linaje profético. Mahoma había muerto sin dejar claro quién debía sucederle; la confusión fue aprovechada por algunas tribus para tomar el poder de la Media Luna. Estas disputas se prolongarían en el tiempo teniendo como consecuencia que muchos clanes se creyeran facultados para ejercer autoridad sobre los demás.

Los fatimíes renegaron de la ortodoxia impuesta por abasidas y omeyas, y crearon su propio santuario religioso en el norte de África; desde allí se alzaron como califato amenazando al oriente de Bagdad y al occidente de Córdoba. Constituían un incómodo vecino que tarde o temprano chocaría con unos y otros. Aunque el principal adversario de los fatimíes eran los abasidas, tampoco se desdeñaba la posibilidad de una ocupación de al-Ándalus.

Abderrahman III, en prevención de cualquier intento anexionista por parte fatimí, hizo que sus tropas desembarcaran en puntos neurálgicos del norte africano. En 927 se tomaba Ceuta, cuatro años más tarde Melilla, también cayó Tánger y en medio de todo esto se proclama el califato de Córdoba. Corre el año 929, desde ese momento, Abderrahman III se distingue como «príncipe de los creyentes y brazo armado del

islam», todos le reconocerán con el sobrenombre de *al-Nasir li-Din Allah*, «el Vencedor por la voluntad de Dios». Al-Ándalus pasaba a ser el gran enclave musulmán de occidente, reforzando de esa manera la figura de su máximo representante Abderrahman III.

El peligro fatimí sirvió de excusa perfecta para la expansión andalusí por el norte de África; es el tramo histórico donde mayor número de kilómetros cuadrados se encuentran bajo el poder de los omeya andalusíes. El esfuerzo guerrero que suponen las conquistas territoriales da como fruto nuevas riquezas para la capital cordobesa que serán aprovechadas para su embellecimiento, mejora de las infraestructuras y ampliación del callejero.

El Califa soñaba con una Córdoba equiparable en resplandor a Bagdad o Damasco y a fe que lo consiguió, culminando ese sueño califal con la construcción de una joya arquitectónica que iba a deslumbrar al mundo conocido. En 936 un enamorado Califa ordena levantar la impresionante Madinat al-Zahra.

UNA CÓRDOBA DE ENSUEÑO

En los tiempos de Abderrahman III Córdoba se consagra como una de las ciudades más hermosas del planeta. La población alcanza el medio millón de habitantes que viven confortablemente instalados en un eficaz entramado urbano embellecido por suntuosos edificios, ricos palacios, magníficas bibliotecas y saludables baños públicos, además de por unas tres mil mezquitas. Las fértiles huertas que circundan la ciudad surten a ésta de toda clase de productos alimentarios. Una asentada clase artesanal gestiona el fecundo comercio andalusí. Se practica posiblemente la mejor medicina de toda Europa gracias al empeño de un califa obsesionado con la idea de reunir lo mejor de cualquier disciplina del saber; de ese modo, cirujanos, arquitectos, ingenieros, escritores y filósofos viven en armonía con una ciudad que los luce orgullosa.

Abderrahman inicia relaciones diplomáticas con otros reinos europeos. Constantino VII de Bizancio, el germano Otón I o los condes francos de la Marca Hispánica traban amistad con la potencia musulmana de la península Ibérica. Tanto bienestar permite al Califa dedicar un tercio del presupuesto anual estatal a la consumación de una promesa efectuada a su favorita Zahra.

A unos 7 km de Córdoba, en las estribaciones de Sierra Morena, se localizan las mejores tierras para el emplazamiento deseado; Madinat al-Zahra (Medina Azahara) empieza a ser una realidad. Serán cien hectáreas repartidas en tres grandes terrazas donde trabajarán durante veinticinco años más de 10.000 personas hasta completar un fabuloso recinto palaciego donde se podrán ver 4.000 columnas, toda suerte de bellos edificios, fuentes y jardines. Desde Medina Azahara los califas dirigirán al-Ándalus, recibirán embajadas y disfrutarán del máximo esplendor omeya. Desgraciadamente, el inmenso paraje palatino no superó el siglo de existencia. Los bereberes en 1010 y más tarde el fanatismo religioso almorávide sumado a la fatalidad de un expolio continuado en las centurias siguientes terminarán por acabar con una de las muestras más bellas y orgullosas del poder califal en al-Ándalus. Pero hasta ese capítulo aún faltan algunos acontecimientos que no podemos omitir. Volvamos al año 939, fecha triste para Abderrahman III.

La batalla de Simancas supuso un serio desbarajuste en las intenciones guerreras del Califa cordobés. El desastre ocasionado entre sus tropas por la ineficacia de los cuadros de mando musulmanes hace que Abderrahman busque culpables entre éstos, crucificando y ahorcando a más de 300 oficiales a quienes acusa de traición. El

escarmiento público no consigue calmar el ánimo de un deprimido mandatario que sólo encuentra consuelo en la belleza de su querida Medina Azahara. Nunca más volverá a dirigir tropas personalmente contra los cristianos; sí en cambio, desde ese momento, ordenará terribles aceifas de castigo que someterán la voluntad de los reinos cristianos a tal punto que, pocos años después de la derrota en Simancas, ningún reino cristiano le puede negar el vasallaje ni el arbitrio en cuitas internas.

Abderrahman III ya es el personaje más importante de su época; nada se hace ni se discute en al-Ándalus o en los reinos norteños sin contar con su parecer. Cuando fallece el 15 de octubre de 961 tiene setenta años, cuarenta y nueve de ellos dedicados por entero a la grandeza de al-Ándalus. Cuenta la historia que, poco antes de morir, el Califa se detuvo a reflexionar sobre las jornadas de felicidad vividas por él a lo largo de su vida, y sólo pudo recordar catorce días alegres. Este significativo dato nos brinda una idea muy cercana a lo que debió ser el espíritu indomable del gran luchador andalusí.

Le sucede su heredero el príncipe al-Hakam II, quien supo mantener el legado transmitido por su padre, mejorándolo incluso, pues el segundo Califa omeya se había educado exquisitamente. Su preparación intelectual y sus excelentes dotes de gobierno otorgaron a Córdoba momentos de prosperidad en los que se llenó de paz el Estado andalusí. Al-Hakam II ordenó un escrupuloso censo de la población contenida en su imperio: el resultado no sorprendió a nadie, seis ciudades se podían considerar muy pobladas, ochenta plazas eran populosas, mientras que otras trescientas villas gozaban de un buen número de habitantes; también se construyeron decenas de acequias que surtieron de agua las huertas de muchas localidades. Se importaron nuevos cultivos y se contrataron mercenarios que mantuvieron a raya cualquier beligerancia cristiana. Al margen de estos beneficios al-Hakam II pasará a la historia por ser un califa preocupado por la literatura. En su palacio se podía ver a los mejores autores del momento, otros aprendían en las academias literarias cordobesas y, sobre todo, la población en general gozó de una red de bibliotecas públicas instalada en las principales ciudades andalusíes.

Este hecho insospechado en cualquier reino europeo de ese siglo favoreció un impulso cultural nunca visto hasta entonces. La propia biblioteca de al-Hakam II disponía de unos 400.000 ejemplares que abarcaban todas las disciplinas del saber. El Califa se ocupó personalmente del archivo y distribución de buena parte de los textos albergados en aquel ilustre santuario del conocimiento; fue sin duda algo digno de las mejores loas poéticas. Atender el progreso del Estado andalusí no mermó su capacidad bélica.

En 963 proclamó la guerra santa contra los infieles cristianos; para ese fin utilizó, además de sus tropas califales, un nutrido contingente de bereberes procedentes de las tribus zanata y magrawa que ayudaron a imponer respeto y vasallaje por toda la

Marca fronteriza. Los ataques fatimíes fueron repelidos gracias al establecimiento de una potente flota naval que operaba desde Almería. Sólo un asunto distanció al Califa de su pueblo, éste fue la incesante contratación de extranjeros para ocupar cargos relevantes en el aparato estatal. Esta circunstancia fue motivo de afrenta para algunas influyentes familias quienes se vieron relegadas del poder en su opinión de forma injusta. A pesar de todo, al-Hakam II completó quince años de buen gobierno. Cuando falleció en 976 su pueblo lloró desconsoladamente recordando a aquel Califa que tanto equilibrio había entregado para grandeza de al-Ándalus.

El desasosiego llegó con Hisham II y razones no faltaban para intuir que lo conseguido por su padre al-Hakam se podría desvanecer dada la preocupante edad del heredero (once años) y la supuesta debilidad física y mental del niño. En medio de la incertidumbre surgió vigorosa la imagen de alguien llamado a protagonizar el último cuarto de ese siglo. Nació para la historia Muhammad Ibn Abi Amir, más conocido por su sobrenombre «al-Mansur» que significa «el victorioso» y los cristianos tradujeron como «Almanzor».

Almanzor es uno de esos personajes apetecibles para cualquier biógrafo. Nacido en Turrus, comarca de Algeciras, en 939, todavía hoy en día se discute sobre su origen étnico: unos autores piensan que era almohade, otros llegan a afirmar que tenía orígenes eslavos. En todo caso pertenecía a la dinastía amirí, linaje de rancia tradición y escaso patrimonio. Lo encontramos hacia 960 en Córdoba donde se forma en las disciplinas de teología, filosofía y derecho.

El refinado joven es tutelado por el prestigioso general Galib, hombre de confianza de Abderrahman III y al-Hakam II. El matrimonio con una hija del militar le sitúa en círculos próximos al poder califal. En poco tiempo gana la confianza de Subh, esposa favorita de al-Hakam II y madre del príncipe heredero Hisham. En esos años Almanzor consigue de su suegro la preparación militar necesaria para afrontar las futuras campañas guerreras de al-Ándalus.

La muerte de al-Hakam II sumió en un mar de inestabilidad al Estado omeya. Una facción palaciega defendió la candidatura de al-Mughira, hermano del Califa fallecido y mejor preparado para el gobierno que el joven Hisham. Sin embargo, Almanzor no consintió en que este propósito se consumara, ordenando el asesinato de al-Mughira en su calidad de tutor y administrador de los intereses del heredero. Lo que consigue, de facto, es el poder real en al-Ándalus. Primero con la complicidad de su suegro Galib y una vez eliminado éste en 981, la autoridad en solitario.

Almanzor obtiene gracias a diversas estrategias un lugar preminente en el mundo andalusí, desde su flamante cargo de hayib, arrebatado al antiguo aliado al-Mushafi, emprende una serie de crueles aceifas contra los cristianos. Les arrebató la fortaleza de San Esteban de Gormaz, vital para la estabilidad fronteriza por ser muro de contención para los ataques leoneses y navarros. Tras la mencionada desaparición del

general Galib, quien fallece en su residencia de Medinaceli, Almanzor se ve con las manos libres para reducir al joven califa Hisham II a un ostracismo rodeado de toda clase de lujos y placeres. Hisham invierte el abundante tiempo libre en una entrega casi total al estudio del Corán y las acciones piadosas. Mientras tanto, el activo Almanzor forma ejércitos compuestos por bereberes, eslavos y nubios lanzándolos contra territorio cristiano.

A lo largo de su mandato organizará más de cincuenta expediciones punitivas que le proveerán de un inmenso botín. Este hecho originará una rebaja ostensible en el cobro de impuestos interiores con la consiguiente euforia de los andalusíes, quienes verán en Almanzor a un auténtico líder guerrero y social.

El caudillo aprovechó esta buena estrella para intentar establecer la sucesión dinástica de su protectorado sobre los califas. Sin embargo el populismo, que tan buenos resultados le estaba proporcionando, no sirvió para su ambición oculta de adueñarse del trono califal.

Almanzor intenta por todos los medios crear un ambiente adecuado que le facilite su proclamación como califa de al-Ándalus. Medina Azahara, la suntuosa ciudad palatina de los omeya, era un obstáculo en su camino hacia la cima. En 987 se terminan las obras de Madinat al-Zahra, «la ciudad resplandeciente», desde donde el líder andalusí tomará decisiones y depositará los tesoros obtenidos de sus correrías. El palacio amirí no consigue anular el resplandor de Medina Azahara, donde permanece temeroso el atribulado Hisham II. Sin embargo, los legitimistas defienden a ultranza la posición califal —son demasiados y muy poderosos—, lo que incita al dictador a plegar velas en espera de más favorables acontecimientos.

A pesar de su manifiesta erudición Almanzor no tuvo ningún pudor en entrar de forma demoledora en la exquisita biblioteca de al-Hakam II cuando ordenó el espigamiento del catálogo documental y la quema posterior de miles de valiosos textos. El propósito de este acto debemos atribuirlo a las ganas de Almanzor por satisfacer las demandas de algunos religiosos puristas del Corán quienes veían en la fantástica biblioteca un centro divulgador del mal.

En 992 consigue que su hijo Abd al-Malik sea nombrado su sucesor, previamente él mismo había ejecutado a otro vástago llamado Abd Allah quien al parecer anduvo involucrado en una conspiración para derrocar al padre. Pero son, sin duda, sus férreas e inclementes campañas guerreras las que le dieron la vitola de gran genio militar.

En 997 arrasa Santiago de Compostela, expoliándola de sus míticas campanas catedralicias, con lo que eso suponía de menoscabo para el ánimo cristiano. Entra impunemente en los reinos norteños y se mueve por ellos a su antojo, quitando o poniendo monarcas según le place. Somete Barcelona tras una horrible aceifa de perenne recuerdo, gracias a la que obtuvo respeto y tributo de los condes catalanes.

Finalizando el siglo X Almanzor se encuentra en el cénit de su poder personal, parejo a esto se halla el punto álgido del califato omeya. Todos temen al antiguo mayordomo palatino, nadie osa contravenirle. Sus enemigos han sido diezmados y goza de excelente reputación en el imperio andalusí, incluso tiene el apoyo de un reconciliado Hisham II; de esa manera llega el año 1000, donde Almanzor obtiene su última gran victoria militar sobre los cristianos en Cervera del Pisuerga; curiosamente este suceso bélico condicionó la historia y leyenda del caudillo musulmán como podremos comprobar más adelante.

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO X

- 912-961. Abderrahman III, emir de al-Ándalus.
- 917. Muere Umar Ibn Hafsun, líder de la rebelión de Bobastro.
- 920. Victoria musulmana en Valdejunquera.
- 927. El califato norteafricano de los fatimíes se convierte en amenaza para al-Ándalus. Tropas andalusíes ocupan Ceuta.
- 928. Rendición de Bobastro. Fin a casi cincuenta años de revuelta interna.
- 929. Abderrahman III crea el califato de Córdoba convirtiéndose en príncipe de los creyentes y espada de Alá.
- 931. Ocupación de Melilla.
- 934. Victoria musulmana en Burgos.
- 937. León y Navarra rinden vasallaje a Córdoba.
- 939. Derrota musulmana en Simancas.
- 946. La Marca Central musulmana se traslada a Medinaceli.
- 951. Las tropas andalusíes ocupan Tánger.
- 955. León y Navarra piden la paz al califato cordobés.
- 961-976. Al-Hakam II, califa de al-Ándalus.
- 963. Victoria musulmana en San Esteban de Gormaz.
- 975. Nueva victoria musulmana en Gormaz.
- 976. Hisham II, califa de al-Ándalus. Almanzor ocupa los cargos de visir y posteriormente hayib.
- 977. Almanzor dirige aceifas contra Atienza, Salamanca y Sepúlveda.
- 981. Aceifa contra Zamora. Almanzor, dictador único de al-Ándalus.
- 985. Devastadora aceifa contra Barcelona.
- 988. Aceifas contra León, Astorga y Sahagún.

- 992. Almanzor nombra heredero de sus cargos a su hijo al-Malik.
- 994. Almanzor destruye Ávila.
- 997. Aceifa contra Santiago de Compostela.
- 998. Almanzor asola León y Zamora.

SIGLO XI

Todos saldremos fuera. Que nadie se quede atrás. Si morimos en el campo para nada necesitaremos el castillo. Si vencemos nos haremos más ricos y fuertes.

En cuanto a mi enseña, tomadla vos, Pedro Bermúdez. Como sois bravo sé que la conduciréis con honor. Mas no os adelantéis con ella si yo no lo mando.

Palabras de don Rodrigo Díaz de Vivar inscritas en el *Cantar de Mío Cid*.



Imperio almorávide durante los siglos XI y XII.

CASTILLA Y ARAGÓN, NUEVOS ADALIDES DE LA CRISTIANDAD

La decimoprimer centuria de nuestra era nace en Hispania bajo la hegemonía del reino navarro. Ya finalizando el siglo anterior los monarcas pamploneses habían copado toda suerte de influencias en los territorios cristianos. Los necesarios acercamientos entre éstos para establecer un frente común ante los incesantes ataques de Almanzor, dieron como fruto alianzas que estrecharon lazos entre hermanos de religión.

En el año 1000, navarros, castellanos y leoneses aúnan esfuerzos presentando batalla a las tropas musulmanas en Cervera del Pisuerga. El combate atravesó por episodios inciertos en cuanto a la inclinación de la balanza a un lado u otro. Durante algunas horas las dos formaciones chocaron violentamente hasta que la caballería cristiana comenzó a golpear con certeza uno de los flancos mahometanos. Todo indicaba un desmoronamiento general en el ejército cordobés; sería la primera derrota para Almanzor. Pero sin duda los genios militares siempre han gozado de una fantástica suerte, y el caudillo musulmán la tuvo sin ambages en la jornada mencionada. Un repliegue defensivo efectuado por los ismaelitas fue interpretado erróneamente en las filas cristianas que pensaron, sin más, en una inminente llegada de refuerzos aliviadores de la situación para Almanzor y los suyos. Sin esperar a lógicas comprobaciones, los cristianos se desmoralizaron en pocos minutos cundiendo el desánimo de tal manera que se entregaron a una desconcertada y temerosa retirada. El hecho sorprendió a un complacido Almanzor que no tuvo más que dar las oportunas órdenes de persecución sobre aquellos cristianos tan extraños; lo que pudo ser una derrota en toda regla para los musulmanes se convirtió en una nueva gran victoria de las tropas sarracenas. Sin embargo, Almanzor había olfateado la tragedia y, por desgracia para su leyenda, los cronistas y juglares cristianos también. Estos últimos no tuvieron el más mínimo pudor en ensalzar una supuesta proeza de los guerreros norteños convirtiendo la perdida batalla de Cervera en un inmenso éxito cristiano.

Con el tiempo se utilizó la muerte de Almanzor acontecida en Medinaceli en agosto de 1002 para ubicar cerca de esa fecha un supuesto combate localizado en las proximidades de la soriana Calatañazor. En efecto, según la mayoría de investigadores históricos, la batalla de Calatañazor nunca existió. Nos encontramos por tanto, ante un caso como el de Clavijo: batallas idealizadas por cronistas

medievales para mayor gloria del mundo cristiano.

En esos años fallece el rey navarro García Sánchez II, llamado «el Trémulo o Temblón», seguramente por padecer una afección nerviosa; le sucede Sancho III, el Mayor, personaje fundamental en el devenir de los acontecimientos producidos en ese siglo tan determinante. El monarca navarro ejerció su carisma de forma tan brillante que pronto aspiró con fuerza al dominio de todos los territorios cristianos en la península Ibérica. Mientras tanto, en León, el pequeño rey Alfonso V empezaba a formarse entre conjuras y desidias de unos cortesanos dispuestos a llevarse un pedazo de aquel reino sumido en la crisis más severa de su historia. Alfonso V, de sobrenombre «el Noble», consigue con los años un cierto aprecio de la aristocracia y pueblo leonés, ordena numerosas repoblaciones y facilita un concilio en la capital donde nacerán los Fueros de León. Lamentablemente murió de un flechazo en 1028 cuando sus tropas asediaban a los musulmanes refugiados en Viseu. Su prematura muerte ocasionó, una vez más, la zozobra entre las gentes leonesas. Su heredero, Bermudo III, era menor de edad, hecho que allanó el camino para que el poderoso Sancho III hiciera efectiva su tutela sobre Castilla. En 1029 el conde castellano García Sánchez es asesinado por una facción disconforme de la nobleza; el acontecimiento es aprovechado por Navarra para anexionarse el condado de Castilla. Meses más tarde estalla la guerra entre navarros y leoneses hasta que, finalmente, éstos últimos son derrotados, proclamándose Sancho III, el Mayor, emperador en León. De esta manera, hacia 1034 Navarra ya es una de las potencias cristianas más importantes de Europa occidental.

Bermudo III desalojado de su trono huye a Galicia donde conserva algunos leales. Desde allí ofrece resistencia negándose a la idea de asumir la nueva realidad imperante, no en vano es el último representante del linaje establecido por el glorioso Pelayo. Ni siquiera sospecha que él será el capítulo final del reino leonés.

En cuanto a Castilla la situación se presentaba parecida a la del vecino León. En 995 Sancho García se adueña, con la complicidad de su madre, la navarra Aba, del condado castellano. A pesar del favor obtenido de Almanzor, el joven Conde se revolvió dispuesto a presentar una fuerte oposición al andalusí. Consigue de éste la devolución del cadáver de su padre García Fernández que desde 995 permanecía en Medinaceli, plaza ocupada por los sarracenos. En el año 1000 sus tropas participan en la batalla de Cervera y, nueve años más tarde, apoyan a los bereberes en las cuitas internas del califato cordobés; esta ayuda militar otorgada a los cada vez más débiles musulmanes le permite recuperar algunas valiosas plazas, construir monasterios como el de Oña en 1011 y, sobre todo, aumentar la presión política sobre el convulso reino de León.

El conde Sancho inicia un ambicioso plan dispuesto a consolidar las plazas situadas en la frontera natural del Duero, de ese modo, fortifica y repuebla Osma,

Gormaz, Atienza, Sepúlveda, etc. El planteamiento repoblacional es merecedor de grandes elogios por parte de una sociedad en constante aumento; no olvidemos que durante el siglo XI la población peninsular se multiplica por tres y, en consecuencia, era necesario buscar con urgencia nuevos terrenos que roturar así como pueblos que asumieran un notable incremento del censo. En sus veintidós años de mandato Sancho acumula méritos suficientes que le darán a conocer como el conde «de los buenos fueros». Su muerte en febrero de 1017 aboca a Castilla a un episodio de incierto resultado dado que su heredero, García Sánchez, tan sólo cuenta siete años de edad lo que propicia la intervención ya mencionada del potente rey Sancho III de Navarra. Como sabemos, la anexión territorial tardaría unos años en producirse; no obstante, Sancho III se vio momentáneamente frenado por la actuación de al-Mundir, máximo gobernante de Zaragoza. En 1029 García Sánchez tiene diecinueve años y pensando en mejorar la situación de Castilla solicita matrimonio con Sancha, hermana del rey Bermudo III de León. Cuando las nupcias se encuentran a punto de culminarse, los Vela, una familia de magnates alaveses enemistados con el linaje dominante en Castilla, asesinan al Conde castellano en presencia de su futura mujer y del propio rey Sancho III. Este opta por una drástica solución, casando a su hijo Fernando con la estupefacta joven leonesa. De esa manera, tan insólita, se fue edificando el futuro reino de Castilla.

Fernando I se convierte en gobernador del condado por delegación de su padre, lo será hasta 1035, momento en el que muere Sancho III dejando en su testamento un reparto más o menos equitativo del territorio dominado por Navarra. Fernando es desde entonces rey de Castilla, pero cuenta con la oposición del todavía rey leonés Bermudo III. La pugna se resolvió a unos 20 km de Burgos, en un paraje llamado Támara o Tamarón donde los castellanos derrotaron a los leoneses en septiembre de 1037; en el mismo campo de batalla moría Bermudo III y se impulsaba definitivamente el reino de Castilla. Asimismo, gracias al deseo del poderoso rey navarro, su hijo primogénito García Sánchez ocupaba el trono de Pamplona; otro vástago, Ramiro, se hacía con el control del condado de Aragón y Gonzalo se quedaba con los señoríos de Ribagorza y Sobrarbe. De este modo se daba vía libre a las fundamentales Castilla y Aragón, con lo que la Reconquista cobró una insospechada dimensión si añadimos a esto la disgregación en pequeños reinos de taifa del otrora poderoso califato de al-Ándalus.

En 1039 fallecía Gonzalo dejando oportunidad a su hermano Ramiro para ampliar las fronteras de un Aragón cada vez más sólido que no se conformaba con los primigenios reductos montañoses atreviéndose a bajar al llano dominado todavía por los musulmanes.

Por su parte, los condados catalanes gobernados por la Casa de Barcelona contemplaban los acontecimientos del siglo XI desde una posición de fortalecimiento

permanente. Los condes Ramón Borrell III [992-1018], Berenguer Ramón I, el Curvo [1018-1035], y, sobre todo, Ramón Berenguer I, el Viejo [1035-1078], confirieron a la futura Cataluña tintes de personalidad indiscutibles. Nació en 1058 el *Código de los Usatges*, auténtico texto legislativo de la territorialidad catalana que se fue redactando progresivamente gracias a otros condes como Ramón Berenguer II [1078-1082], Berenguer Ramón, el Fratricida [1082-1098] y Ramón Berenguer III, el Grande [1098-1131].

Al oeste de los condados catalanes seguía creciendo Aragón a costa de algunas posesiones navarras y musulmanas. El rey Ramiro I soñaba con la posibilidad de cruzar el Ebro tomando Zaragoza. Su empeño y afán religioso iba a provocar tras su muerte, en 1063, la primera cruzada internacional en tierras ibéricas; uno de los momentos cruciales en las guerras entre la Cruz y la Media Luna.

Ramiro I de Aragón era hijo natural de Sancho III, el Mayor; tras la muerte de éste tuvo que aceptar en suerte la entrega del pequeño condado aragonés, mientras que sus hermanastros se repartían las grandes posesiones de la corona. Su esfuerzo y tesón hicieron de ese diminuto terruño pirenaico un cada vez más grande y respetado reino. En 1063 rompió hostilidades con el reino de Zaragoza; el objetivo principal era tomar la capital maña. Tropas aragonesas cayeron sobre algunas localidades y puso sitio a Graus. Los zaragozanos eran por entonces vasallos de Castilla, las parias o tributos que enviaban a Fernando I eran lo suficientemente abundantes para que el Rey castellano auxiliara con el envío de tropas a sus tributarios musulmanes. En mayo de ese año se produjo el combate entre los dos contingentes, los aragoneses fueron vencidos y su rey Ramiro I muerto, dejando Aragón expuesto a un peligro real de invasión por parte sarracena. Este hecho llegó a oídos del mismísimo pontífice romano Alejandro II, quien tomó una decisión en 1064 que se convertiría en rutinaria a lo largo de los dos siglos posteriores. El Papa ordenó la Santa Cruzada contra el infiel musulmán de Zaragoza. Con presteza se alistaron huestes de caballeros franceses e italianos bajo el mando de Guillermo de Poitiers, duque de Aquitania; a él se unieron paladines como el normando Robert Crespín o Armengol III de Urgel. El ejército cruzado atravesó ese mismo año los Pirineos asaltando la ciudad de Barbastro y despojándola de sus mejores riquezas; este acto militar fue inútil dado que, un año más tarde en 1065, la plaza fue recuperada por tropas zaragozanas. No obstante la toma de Barbastro se puede considerar como prólogo de esa ingente obra llamada «las Cruzadas».

provoca máxima tensión entre los castellanos que declaran la guerra sin contemplaciones a los navarros. La campaña durará dos años terminando en septiembre de 1054 cuando los dos ejércitos se midieron en Atapuerca (Burgos). La batalla se decantó del lado castellano con la muerte de García Sánchez III. En el mismo lugar fue proclamado rey su hijo Sancho IV con el beneplácito de su tío Fernando I, al que tuvo que satisfacer con la entrega de abundantes territorios; era el fin de la hegemonía navarra cediendo forzosamente el testigo a Castilla. Fernando I obtuvo de este modo la tranquilidad suficiente para reemprender la actividad bélica contra los musulmanes. En ese tiempo al-Ándalus no era ni sombra de su majestuoso pasado. Desde 1031, fecha en la que el califato había dejado de existir, unos veinte reinos independientes llamados «taifas» se repartían por los antiguos solares andalusíes. La desunión musulmana originó la consabida debilidad de la que se aprovechó la guerrera Castilla para nuevas conquistas más allá del río Duero; así las tropas de Fernando I ampliaron la frontera hasta el río Mondego tomando algunas ciudades como Madrid, Salamanca o Guadalajara. La fortaleza castellana hizo que los reinos musulmanes de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla se convirtieran en tributarios. El método establecido se denominaba «parias», es decir, un cobro anual de impuestos a cambio de protección militar; de esta manera Castilla renunciaba a una oportunidad única de zanjar la Reconquista en el siglo XI.

Fernando I falleció en 1065 repartiendo el reino entre todos sus hijos: A Sancho II, el Fuerte, le correspondió Castilla; al futuro Alfonso VI, León y Asturias; a García, Galicia y las posesiones portuguesas, mientras que para sus hijas Urraca y Elvira dejaba las ciudades de Zamora y Toro respectivamente. En estos años un joven guerrero se había curtido sirviendo bajo las órdenes del infante Don Sancho, primogénito del rey Fernando I: su nombre era Rodrigo Díaz de Vivar.

LA CASTILLA DEL CID

Nuestro héroe patrio por excelencia vio la luz hacía el 1048 en Vivar, una pequeña aldea localizada a unos nueve kilómetros de la ciudad de Burgos. Su padre, Diego Laínez, era un famoso hidalgo de la época que había conseguido para Castilla las fortalezas de Ubierna, Urbel y la Piedra. Por tanto, Rodrigo nace en el seno de una familia de la nobleza menor castellana. Don Diego se encontraba al servicio del infante Don Sancho, primogénito del rey Fernando I de Castilla. El joven Rodrigo va creciendo rodeado por las situaciones que caracterizaban a un reino cuajado de intrigas y, muy pronto, goza de las simpatías del infante Sancho quien ve en el muchacho las cualidades que más tarde le harán uno de los principales protagonistas de su siglo.

En 1062, sin haber cumplido los diecinueve años, Rodrigo es alzado a la categoría de caballero. Desde entonces, su brazo y espada servirán con absoluta lealtad a quien sería proclamado tres años más tarde rey de Castilla por fallecimiento del gran monarca Fernando I, el Magno.

En 1066, el rey de Castilla nombra a Rodrigo Díaz de Vivar portaestandarte de los ejércitos castellanos, es decir, desde entonces don Rodrigo será alférez de Castilla, o lo que es lo mismo, jefe principal de la tropa. Fue en estos años cuando el nuevo abanderado de las huestes castellanas se ganó a pulso el apelativo de «Campeador». El sitio donde seguramente se hizo merecedor de este título fue en la guerra llamada de «los tres Sanchos» que Castilla libraba por tierras aragonesas y navarras con el fin de asegurar sus fronteras del Este. En esos lugares don Rodrigo manejó con tanto ardor las armas que sus soldados le denominaron «campi docto» (maestro de armas en el campo de batalla). Tras la brumosa muerte del rey Sancho a manos del caballero Bellido Dolfos durante el sitio de Zamora en 1072, don Rodrigo se pone al servicio del nuevo monarca Alfonso VI tras hacerle jurar en la iglesia burgalesa de Santa Gadea que nada tuvo que ver en la muerte de su hermano Sancho II. Alfonso VI había sufrido una tremenda humillación a cargo de su ahora fallecido hermano; despojado del mando y exiliado en el reino de Toledo siempre se sospechó que conspiró junto a su hermana Urraca para acabar con la vida de Sancho.

Mientras esto sucedía, Castilla seguía obteniendo pingües beneficios gracias a las parias mahometanas. El propio Campeador intervino en algunas disputas entre taifas, lo que le granjeó profundas enemistades en su bando al recelar muchos caballeros del prestigio que iba adquiriendo el de Vivar.

El desconfiado rey Alfonso VI nunca mantuvo buenas relaciones con don Rodrigo; la humillante jura de Santa Gadea y otros escenarios poco venturosos provocaron dos exilios para el Cid Campeador. En ambas ocasiones al burgalés no le quedó más remedio que ofrecerse como soldado de fortuna al mejor postor; esta situación no enturbio su fama, más bien la acrecentó.

En 1085 las tropas de Alfonso VI tomaban Toledo y los musulmanes movidos por la desesperación llamaban a sus hermanos africanos en busca de ayuda; ya nada sería igual para al-Ándalus. Un año más tarde todo estalló con la entrada fulminante de los almorávides, norteafricanos fundamentalistas liderados por Yusuf, quien había dado una vuelta de tuerca al islam preconizando la pureza y el rigor en el cumplimiento de los mandatos coránicos; la ayuda de este poder islámico emergente tuvo consecuencias nefastas para los habitantes de la península Ibérica.

La debilitada al-Ándalus abría sus puertas a los sucesivos reajustes religiosos y militares que llegaban por oleadas desde el Magreb, convirtiendo el sueño califal en una simple provincia de los diferentes imperios musulmanes que se iban creando. Sin embargo, a pesar de tanta guerra, fue un siglo de plenitud donde la población aumentó y prosperó, favoreciendo migraciones hacia terrenos hasta entonces de nadie. Ciudades, comercio y cultivos florecieron como nunca, y los intercambios entre un mundo y otro fueron constantes. Y en medio de tanto movimiento destaca la figura de don Rodrigo Díaz de Vivar, hijo de su tiempo y quien, desde luego, estaría a la altura de tan tremendas exigencias históricas, pues pasó de ser héroe a villano sin perder su compostura caballeresca; de alférez a mercenario, sin olvidar la lealtad hacia su Rey, acudiendo a las llamadas de éste siempre que fuera necesario, olvidando rencillas y desaires pasados.

Combatiendo como mercenario al servicio de la taifa zaragozana se ganó a pulso el apelativo de «Sidi» (Señor), al conseguir la victoria en más de cien combates durante cinco años. Tras esto dirigió sus tropas hacia Valencia, ciudad que conquistó en 1094 convirtiéndose en uno de los personajes más influyentes del momento.

Desde la ciudad del Turia la alargada sombra del Cid se extendió por todo el levante hispano. Finalmente se reconcilió con su querido rey Alfonso VI y pudo ver cómo sus hijas, Cristina y María, se unían a los linajes reales de Navarra y Barcelona. En 1099 contrajo unas mortíferas fiebres que le arrebataron la vida a los 56 años de edad.

Rodrigo Díaz de Vivar es el gran paladín de la Reconquista española. Su gesta se vio adornada por las narraciones juglarescas que en siglos posteriores prolongaron su fama. Fue el único guerrero cristiano capaz de infundir temor en los fanáticos almorávides. Posiblemente tanto brillo ensombreció injustamente la figura de Alfonso VI, el Bravo, rey conquistador donde los haya. Su mayor proeza fue la de tomar Toledo el 6 de mayo de 1085, recuperando de ese modo la antigua capital de

los godos; todo un símbolo para la cristiandad más ortodoxa que veían trescientos setenta y dos años después que las cosas podían volver a ser como antaño. En un arranque de vanidad Alfonso VI se hizo proclamar emperador de Hispania; siguió con las guerras arrebatando a los musulmanes diversas plazas extremeñas como Coria y llegando a la mismísima Tarifa. Sumó a esto los éxitos del Cid Campeador por Aragón y Levante. Sin embargo, también se produjeron sinsabores en su reinado, por ejemplo, la amarga derrota en la batalla de Sagrajas en 1086, donde los guerreros almorávides estuvieron a punto de asestar un mortífero golpe al reino castellano. Asimismo, Alfonso se casó en cinco ocasiones sin obtener herederos varones que le sucedieran ya que el único que tuvo murió en la batalla de Uclés, librada en 1108, un año antes de la muerte del insigne monarca.

Alfonso VI unificó definitivamente el reino de su padre Fernando, lo ensanchó por toda la Península Ibérica y únicamente el poder almorávide fue capaz de frenar una total conquista de al-Ándalus a cargo de los castellanos. Finalizaba el siglo XI con una Castilla más fuerte que nunca, un Aragón en expansión, Navarra menguada por el avance de los anteriores y los Condados catalanes permaneciendo a la expectativa. Como vemos la subida cristiana eclipsaba la caída musulmana. El siglo XI supuso un punto de inflexión para los intereses mahometanos en la península Ibérica. Al-Ándalus cedía terreno con rapidez ante los bríos castellanos y aragoneses. Sepamos ahora cómo fue este siglo tan complejo para los seguidores andalusíes de Alá. Emociones, revoluciones e intrigas no faltarán.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO XI

1000. Derrota cristiana en la batalla de Cervera, asociada por la leyenda a la legendaria batalla de Calatañazor.
- 1000/1005-1035. Sancho III, el Mayor, rey de Navarra.
1002. Almanzor expolia el monasterio de San Millán de la Cogulla, última campaña del caudillo andalusí; muere en agosto de ese año.
- 1017-1029. García Sánchez, conde de Castilla.
- 1018-1035. Berenguer Ramón I, el Curvo, conde de Barcelona.
- 1028-1037. Bermudo III, rey de León.
1029. Asesinato del conde García Sánchez. Sancho III incorpora Castilla a Navarra.
1035. Fallece Sancho III, el Mayor.
- 1035-1065. Fernando I, el Magno, rey de Castilla.
- 1035-1054. García Sánchez III, rey de Navarra.
- 1035-1063. Ramiro I, rey de Aragón.
- 1035-1078. Ramón Berenguer I, el Viejo, conde de Barcelona.
1037. Bermudo III, rey de León, muere en la batalla de Támara. Fernando I, rey de Castilla y León.
1054. Victoria castellana en Atapuerca. Se recuperan Álava, Vizcaya y Santander. Muere el rey navarro, García Sánchez III.
- 1054-1076. Sancho IV, el Despechado, rey de Navarra.
- 1063-1094. Sancho I Ramírez, rey de Aragón.
1064. Batalla de Barbastro con la participación de cruzados ultrapirenaicos.
- 1065-1072. Sancho II, el Fuerte, rey de Castilla.
- 1072-1109. Alfonso VI, el Bravo, rey de Castilla.
1076. Unión de Navarra y Aragón.

1085. Conquista de Toledo por las tropas de Alfonso VI.

1094. El Cid toma Valencia.

1094-1104. Pedro I, rey de Aragón.

1099. Muere el Cid Campeador en la ciudad de Valencia.

EL FIN DEL SUEÑO CALIFAL Y EL NACIMIENTO DE LOS REINOS DE TAIFAS

Almanzor, tras saquear Burgos y vencer a los cristianos en la batalla de Cervera, percibe cómo sus facultades físicas merman considerablemente; ya no es el mismo que años antes acosaba de manera infatigable a sus enemigos. En los meses siguientes aún reúne fuerzas para nuevas acometidas sobre los reinos norteños. En 1002 inicia la que será su última aceifa sobre la frontera norte: asola el monasterio de San Millán de la Cogolla devastando la comarca. Sin embargo, la enfermedad le impide otros movimientos bélicos. El gran caudillo andalusí se siente morir y detiene la expedición regresando en camilla hacia al-Ándalus; no podrá llegar a Córdoba, expirando en Medinaceli en agosto de ese mismo año. La noticia recorre todos los rincones de la península Ibérica; para los cristianos supone una aliviadora bendición, mientras que para los andalusíes se convierte en el principio del fin de todo el sueño califal. Almanzor es sucedido por su hijo Abd al-Malik quien deberá afrontar una miríada de conspiraciones pergeñadas por las grandes familias árabes, clientes ancestrales de la dinastía omeya y muy recelosas con el poder de la advenediza dinastía amirí. Al-Malik intentó en sus seis años de dictadura mantener vivos los postulados defendidos por su padre; evidentemente, no tenía el carisma de aquél y poco pudo hacer porque prevalecieron los intereses de su exhausto linaje. Murió en 1008 cediendo el testigo a su hermano Abd al-Rahman, conocido popularmente como «Sanchuelo» por ser fruto de la unión entre Almanzor y una hija del rey navarro Sancho Garcés. Sanchuelo fue incapaz de mantener la situación y en 1009 sufrió una revuelta nobiliaria promovida desde los palacios cordobeses pertenecientes a las rancias familias árabes del califato. El último líder amirí fue ejecutado y el débil califa Hisham II se vio obligado a la abdicación; Córdoba desprovista de su esplendor deambulaba por las calles de la pesadumbre.

La revolución aristocrática desembocó en cruentos episodios jalonados por la amargura de un imperio que se desmoronaba a marchas forzadas; incluso los propios cristianos tuvieron que intervenir avanzando sobre Córdoba en auxilio de algunas facciones contendientes. Después de aquellos sucesos todo quedaba abonado para el surgimiento de los reinos de taifas.

Entre 1009 y 1031 la confusión se adueñó de al-Ándalus, algunos valíes locales aprovecharon el momento para desvincularse totalmente de la metrópoli cordobesa, fue el caso de Zewi Ibn Ziri quien en 1012 proclamó la independencia del reino de

Granada, o la familia Tuhibí quienes hicieron lo propio con Zaragoza en 1017. De ese modo se desgajaba el imperio andalusí. Sin que nadie se preocupara por recuperar grandezas anteriores, una suerte de califas endebles se iban sucediendo hasta un total de nueve que incluso después de abdicar asumían un segundo mandato. Hasta catorce gobiernos distintos tuvo la maltrecha al-Ándalus en estos años finales de califato. La situación insostenible a todas luces, provocó que en 1031 un consejo de notables acordara poner punto final al período omeya andalusí en la península Ibérica. Hisham III, biznieto de Abderrahman III, tuvo el dudoso honor de ser el último califa de al-Ándalus; con él terminó la aventura emprendida siglos atrás por el inmenso Abderrahman I.

En 1031 el Estado musulmán se desmembró en más de veinte pequeños reinos; se llamaron taifas derivación de la palabra beréber *tai-fah* que significa «tribu o familia». En cuanto a política, la taifa consistía en el gobierno que una dinastía ejercía sobre un núcleo urbano y sus terrenos adyacentes. Las más representativas de este período fueron las de Granada, Sevilla, Badajoz, Toledo, Zaragoza y Valencia. En cada una de ellas se asentaron las diferentes facciones que se habían disputado el poder en al-Ándalus. Como sabemos, árabes, bereberes y eslavos lucharon durante décadas por el reparto territorial que finalmente quedó así: los magnates árabes provenientes de la más rancia aristocracia establecida desde los tiempos de la conquista se quedaron con Córdoba, Sevilla, Badajoz, Toledo y Zaragoza. Los bereberes integrantes de milicias o de los últimos cuerpos mercenarios contratados por Almanzor se repartieron Silves, Mértola, Santa María del Algarve, Huelva, Niebla, Carmona, Morón, Arcos, Algeciras, Granada y Málaga. Finalmente, los eslavos pertenecientes a familias europeas vinculadas por diferentes motivos al mundo hispano-musulmán, tomaron posesión de Almería, Murcia, Valencia, Denia, Baleares y Tortosa. Estos últimos habían sido clientes afines a los intereses de la dinastía amirí. La debilidad militar quedaba manifiesta viendo el mapa geopolítico de la nueva al-Ándalus; pronto se beneficiarían de ello los cada vez más unidos reinos cristianos. El castillo de naipes musulmán estaba a punto de caer estrepitosamente.

En esa década nacían Castilla y Aragón, la primera llamada a ser la principal potencia hegemónica del momento. Sin embargo, hemos visto en páginas anteriores cómo los cristianos no presentaron una batalla definitiva a los débiles reinos de taifas, sino más bien, optaron por imponerles parias o tributos. De esta manera, las pequeñas entidades musulmanas de la península Ibérica se convertían en vasallas de los reinos norteños; era como tener un gran rebaño al que ordeñar periódicamente en lugar de acabar con él. La fórmula funcionó durante algún tiempo. Castilla sobre todo ofrecía protección militar a cambio de oro; no obstante, las enraizadas disputas musulmanas supusieron innumerables quebrantos que abocaron al rey Alfonso VI a lanzarse sobre algunos territorios anteriormente tributarios.

Desde mediados de siglo las conquistas internas de las taifas más potentes habían dado como resultado la concentración de varios reinos pequeños bajo el manto de otros más potentes. Al fin, quedaron cinco grandes extensiones controladas por Zaragoza, Toledo, Sevilla, Badajoz y Granada; el miedo a no obtener las parias deseadas originó que los castellanos promovieran diversas campañas militares. La más importante condujo a las tropas de Alfonso VI a la toma y conquista de Toledo en 1085. La caída de esta emblemática ciudad desató el nerviosismo entre las taifas restantes que solicitaron ayuda a un nuevo poder florecido en los campos norteafricanos algunas décadas atrás: era momento para que los almorávides entraran en la disputa por la península Ibérica.

¿PERO QUIÉNES ERAN LOS ALMORÁVIDES?

La palabra *al-murabitum* significa en lengua beréber «el que se acuartela en un ribat» (fortaleza musulmana propia de la *yihad* o guerra santa). Esta dinastía creció bajo el influjo puritano inspirado por el carismático Yahya Ibn Ibrahím, quien tras su regreso de la ciudad santa de la Meca conoció al erudito religioso Abd Allah Ibn Yasín. Entre los dos concibieron la idea de un islam unificado, riguroso con las normas coránicas y gobernado desde la teología más radical. Durante años buscaron el apoyo de las tribus bereberes locales, siendo los poco islamizados lamtuna quienes se hicieron eco de aquellos postulados; de esa manera, hacia 1039 nacía un pequeño estado en el norte de África que, paso a paso, se convertiría en un imperio, siendo además semilla del futuro Marruecos.

Los primeros mandatarios almorávides se ocuparon en extender las fronteras de su nuevo reino hasta invadir todo el occidente norteafricano. En el año 1042 moría el fundador dinástico Ibn Ibrahím. El líder espiritual Ibn Yasín eligió entonces a Yahya Ibn Umar, gran general que aglutinó en torno a los almorávides nuevas tribus bereberes con el consiguiente incremento militar que sirvió para la conquista de ciudades tan importantes como Dara'ak y Sichilmasah. Al morir Ibn Umar en 1056 el imperio almorávide ya estaba creado, por eso se le suele reconocer como el primer gran rey de esta dinastía. Le sucedió su hermano Abú Bakr quien consolidó la fortaleza almorávide gracias, sobre todo, a la eficaz gestión de su pariente Yusuf Ibn Tashufín, quien asumió definitivamente el poder en 1074. En este período se inscribe la fundación de Marrakesh, ciudad capital del imperio almorávide. Yusuf fue nombrado príncipe de los creyentes pero rechazó el nombramiento de califa, reconociendo de ese modo la autoridad religiosa de los abasidas de Bagdad. Con todo el Magreb bajo su dominio sólo tuvo que esperar la situación más propicia para asaltar la rica al-Ándalus. Esta circunstancia se dio como sabemos en 1085 tras la caída de Toledo en manos castellanas, fue entonces cuando la taifa sevillana solicitó la ayuda almorávide. En la primavera de 1086, Yusuf y sus tropas desembarcaban en Algeciras iniciando una gran ofensiva sobre los cristianos. En octubre de ese año se produjo la célebre batalla de Zalaca, conocida por los cristianos como Sagrajas. En ese terreno extremeño cercano a Coria, las huestes almorávides ocasionaron una enorme derrota al ejército de Alfonso VI; éste estuvo incluso a punto de morir por las heridas que recibió en combate. Sin embargo, el éxito momentáneo no fue

aprovechado por Yusuf, quien se retiró a sus territorios originales con la secreta ambición de que la fruta andalusí madurara lo suficiente para a un pronto y resolutivo futuro. En efecto, un año más tarde Alfonso VI se recuperaba y provocaba nuevos desastres en los reinos hispano-musulmanes. Nuevamente Yusuf tomó cartas en el asunto, en esta ocasión las taifas no quisieron negociar con los peligrosos almorávides —acaso por el temor de ver perdida su independencia— pero ya era demasiado tarde para los minúsculos reinos. Castilla se desentendió de cualquier tipo de ayuda y los almorávides desembarcaban otra vez en Algeciras en 1090 dispuestos a escribir el epílogo de aquella primera etapa para los reinos musulmanes de al-Ándalus.

Yusuf no llegaba a la Península como un simple refuerzo militar, más bien, ahora protagonizaba el papel de liberador político y religioso de los andalusíes. El rey de Sevilla al-Mutamid y el de Granada Abd Allah solicitaron encarecidamente auxilio al rey castellano Alfonso VI; todo fue inútil dado que Alfonso todavía recordaba sus heridas de Sagrajas. Los almorávides se extendieron con inusitada rapidez, las taifas dejaron manifiesta su debilidad al caer como un suspiro ante las tropas de Yusuf. En pocos meses al-Ándalus quedaba de nuevo unificada bajo el mando de los almorávides, la diferencia estribaba en que ya no era un orgulloso imperio, sino, más bien, una simple provincia del emergente poder magrebí.

Los puritanos almorávides chocaron de frente con los refinados y liberales andalusíes. Los rudos bereberes no entendían la visión hedonista que de la vida tenían aquellos sofisticados y lejanos hermanos de religión.

Yusuf impulsó medidas religiosas poco gratas para los habitantes de un territorio muy acostumbrado a la tolerancia y a la convivencia étnica. Esta austeridad vital, preconizada por implacables gobernantes políticos y religiosos de la total confianza almorávide, provocó una huida en masa de mozárabes y judíos hacia los territorios cristianos, quienes serían muy útiles en repoblaciones de la tierra de nadie. Asimismo, muchos musulmanes prefirieron quedarse en las ciudades y tierras reconquistadas por los cristianos: se les denominó «mudéjares». De esta manera los fanáticos almorávides reconfiguraban el mapa social de la península Ibérica. Su actitud religiosa entorpeció ostensiblemente el intercambio cultural que hasta entonces se había mantenido sin mayor obstáculo. Todos sufrieron su presencia y la Reconquista se retrasó algunas centurias dada la tenacidad bélica demostrada por los ejércitos almorávides. Sólo una figura tan brillante como la del Cid Campeador fue capaz de hacerles frente con la consecución de grandes victorias como la de Cuarte, pero por desgracia Rodrigo Díaz de Vivar falleció en el verano de 1099 lo que supuso un enorme respiro para Yusuf y los suyos.

Durante el siglo XII los almorávides mantuvieron su dominio sobre al-Ándalus. Finalmente, hacia 1145 su poder quedó cubierto por la irrupción de una nueva

dinastía musulmana; había germinado un nuevo imperio, el de los almohades.

¿Cómo se enfrentarían los reinos cristianos a los sucesores de los violentos almorávides? Lo sabremos de inmediato.

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO XI

- 1002. Muerte de Almanzor en Medinaceli, le sucede su hijo Abd al-Malik.
- 1003-1005. Aceifas contra Castilla y León.
- 1008. Muerte de Abd al-Malik, le sucede Abd al-Rahman, conocido como «Sanchuelo».
- 1009. Revolución de la aristocracia cordobesa. Muerte de «Sanchuelo» y abdicación de Hisham II. Comienza una sucesión de hasta nueve califas que culminará en 1031.
- 1012. Independencia de Granada.
- 1017. Independencia de Zaragoza.
- 1022. Independencia de Badajoz.
- 1023. Independencia de Sevilla.
- 1031. Disolución del califato omeya de Córdoba. Nacen los reinos de taifas.
- 1038-1073. Badis de Granada.
- 1042-1069. Al-Mutadid, rey de Sevilla.
- 1043-1075. Al-Mamun, rey de Toledo.
- 1045-1063. Al-Muzafar, rey de Badajoz.
- 1046-1081. Al-Muktadir, rey de Zaragoza.
- 1069-1091. Al-Mutamid, rey de Sevilla.
- 1079. Alfonso VI inicia ataques sobre los reinos de taifas. Se incrementa el pago de parias y se establecen las primeras relaciones de Sevilla con el imperio almorávide.
- 1085. Castilla conquista el reino de Toledo.
- 1086. Los almorávides desembarcan en Algeciras. Ese mismo año gran victoria musulmana en Zalaca (Sagrajas).
- 1090. El líder almorávide Yusuf conquista y disuelve los reinos de taifas.

1097. Victorias musulmanas en Consuegra, Malagón, Cuenca y Alcira.

LA CRUZADA LLEGA A LA PENÍNSULA IBÉRICA

El siglo XII sustentó con firmeza la bandera de la cruzada permanente contra los infieles musulmanes. Desde principios de la centuria anterior se venía gestando la posibilidad de arrebatarse a los árabes la posesión de Jerusalén y sus territorios adyacentes; se consideraba un sacrilegio que manos infieles gobernaran la tierra natal del Salvador. En 1095 el papa francés Urbano II ordenó la Primera Cruzada Internacional con el fin de recuperar los territorios sagrados de Oriente. En aquellos tiempos los pontífices romanos estaban considerados jueces y árbitros de las cuestiones internas o externas concernientes a los pequeños reinos cristianos europeos. Urbano II dictó normas que entusiasmaron a buena parte del colectivo caballeresco europeo: por ejemplo, se protegían haciendas y patrimonio de cualquier cruzado que emprendiera rumbo a la contienda, además, se prometía perdón divino a todos aquellos guerreros que murieran en combate; con estas y otras medidas de igual calibre miles de fervorosos caballeros se alistaron a las diferentes cruzadas que se proclamaron; fueron ocho en total y lo cierto es que en muy pocas ocasiones las huestes cruzadas pudieron sonreír con la victoria.

En ese siglo tan determinante surgieron las órdenes militares; el propósito inicial fue el de atender y proteger a los miles de peregrinos que acudían a los lugares santos, de ese modo, nacieron los caballeros Templarios, Hospitalarios, Teutónicos y del Santo Sepulcro. En la península Ibérica se libraba una especial Cruzada de Reconquista, lo que motivó la aparición al igual que sus hermanas de Tierra Santa de diferentes órdenes integradas por religiosos y caballeros laicos: Avis, Alcántara, Calatrava y Santiago dieron buena muestra de eficacia en la gestión de bienes encomendados, así como de disciplina y ardor combativo frente al poder musulmán. Desde su aparición las órdenes militares jugarán un papel decisivo en la Reconquista; a las antes citadas debemos añadir la de Montesa, creada a principios del siglo XIV con lo que quedó de la entonces extinta orden templaria.

Las cruzadas mantuvieron su espíritu religioso y guerrero hasta finales del siglo XIII donde los intentos estériles del rey San Luis agotaron cualquier ambición de recuperar los territorios ancestrales por los que anduvo Jesucristo. En esos dos siglos de obstinada lucha entre «la Espada y el Alfanje», los cruzados trataron de exportar en vano los usos y costumbres políticas que practicaban. La implantación en Oriente Próximo de reinos feudales con sus correspondientes principados y condados vasallos

fue un total fracaso. Sin embargo, el feudalismo se extendía con firmeza por toda Europa; sus consecuencias, también.

En el plano militar los ejércitos medievales se integraban con guerreros y soldados de procedencia variada: por un lado, las mesnadas que acompañaban a los señores que rendían vasallaje al rey; por otro, el soberano disponía de una hueste real compuesta por los mejores jinetes de la corte. A todo esto, se sumaba la aportación de las milicias concejiles o populares, grupos formados por campesinos y pequeños burgueses de escasa fortuna que se unían al ejército principal en determinadas campañas. La naturaleza de estos contingentes bélicos no permitía prolongadas y exhaustivas contiendas, más bien se reunían con el propósito de asestar un duro golpe al enemigo y retirarse a la espera de nuevas oportunidades. Los ejércitos medievales nunca fueron numerosos, sus cifras oscilaban entre unos pocos cientos y algunos miles, por eso debemos desconfiar cuando los cronistas de aquel tiempo ofrecen sin recato cuantías exageradas en las referencias sobre integrantes propios o bajas infringidas al enemigo. Teniendo como base el censo poblacional de la época, ya era bastante con reunir una hueste de siete u ocho mil efectivos. En ese número se movió la media de los ejércitos organizados por uno y otro bando durante la Reconquista, con algunas excepciones como ya hemos comprobado en las páginas de este libro.

En cuanto a las técnicas e impedimentas de guerra no existían demasiadas variaciones desde los tiempos antiguos. La caballería seguía representando el máximo poder bélico en el campo de batalla, los combates giraban en torno a los choques frontales de caballeros y monturas de los dos contendientes; se mantenían cascos y escudos nacidos en siglos anteriores con el apoyo de las defensivas cotas de malla. Los jinetes cubrían su cuerpo con espléndidas armaduras que prolongaban a sus caballos; en este sentido, caballero, armadura y equino, constituían una mole acorazada difícil de vencer si los tres elementos anteriores se mantenían ensamblados.

La aportación de la infantería, débil en principio, fue cobrando fuerza a medida que se incorporaban nuevas armas como las ballestas y picas. El propósito fundamental de los infantes no era otro, sino el de conseguir desmontar a los fuertes jinetes; de esa manera evolucionaba la guerra feudal: asedios a castillos donde se empleaban a fondo los mejores ingenieros militares; los atacantes buscando la forma de derribar muros y los defensores ideando mil maneras que evitaran el rigor de la ofensiva enemiga. Entre combate y combate los caballeros se adiestraban en un sinfín de justas y torneos donde ponían a punto la eficacia de sus armas en un entrenamiento constante exigido por aquella época tan desoladora.

En resumen, comprobamos cómo la lucha cuerpo a cuerpo y la fuerza del acero seguían siendo los argumentos principales para la guerra del siglo XII. Espadas, lanzas de acometida y arcos ocupaban un papel principal en los escenarios bélicos de

aquel siglo tan combativo.

En nuestra particular Cruzada peninsular no faltaron episodios que pusieran a prueba la determinación de huestes reales, mesnadas vasallas, milicias populares u órdenes militares, frente al fanatismo y agresividad de los nuevos poderes musulmanes: en la primera mitad de siglo los almorávides y posteriormente los formidables guerreros almohades. Las dos potencias islamitas iban a ocasionar más de un dolor a los reinos peninsulares cristianos que en este tramo pasarían a ser cinco: Aragón, Navarra, León, Portugal y Castilla.

CASTILLA Y LEÓN EN EL SIGLO XII

El reino castellano entraba en el siglo XII jugando un papel indiscutible como baluarte cristiano en la península Ibérica. El rey Alfonso VI, llamado, el Bravo, luchó con denuedo contra los invasores almorávides; durante años soportó la expansión magrebí a costa del hundimiento de unas taifas demasiado endeblés. Los almorávides se enseñoreaban de al-Ándalus desde 1090, eso suponía una paralización casi total en el cobro de las tan necesarias parias. Alfonso, proclamado emperador de Hispania unos años antes, se lanzó a una suerte de ofensivas militares sobre la frontera media que dividía al-Ándalus y Castilla.

En la primavera de 1108 las tropas castellanas sufrieron una penosa derrota en Uclés, plaza fortificada situada al este de Toledo. En dicho lugar una poderosa coalición musulmana compuesta por soldados llegados desde Valencia, Murcia y Granada, provocaron más de 3.000 muertos en las filas cristianas. Entre las bajas se encontraban el primogénito real Don Sancho y el conde García Ordóñez, jefe del ejército castellano. La aplastante victoria almorávide supuso un severo revés para los planes que Alfonso VI tenía sobre la repoblación de esa zona del Sistema Central. Tras Uclés cayeron localidades como Huete y Ocaña; estos acontecimientos frenaron algunas décadas el impulso cristiano sobre el sur de la península Ibérica. Un año más tarde de la batalla fallecía el rey Alfonso VI; sin heredero varón que le sucediese ocupó el trono su hija Doña Urraca quien se había casado cumpliendo el deseo de su padre con Raimundo de Borgoña con el que tuvo a su heredero, el futuro Alfonso VII. Desgraciadamente la política iniciada por Alfonso VI sobre las relaciones de Castilla con otros reinos europeos no se pudo consolidar por la muerte prematura de Raimundo. Urraca, desde su corte castellano-leonesa, optó por estrechar lazos con el vecino aragonés, y en 1109 se desposó con Alfonso I, el Batallador; fue un matrimonio tortuoso y mortificante para ambos cónyuges. Las disputas territoriales y los recelos mutuos provocaron que en 1114 Alfonso I repudiara a Urraca. De nuevo la guerra entre cristianos benefició un clamoroso parón en el conflicto común contra el enemigo musulmán. Urraca pasó buena parte de su reinado sofocando las revueltas internas, con especial atención a Galicia, donde algunos linajes principales se desentendían ostensiblemente de cualquier acatamiento del poder castellano.

La reina Urraca murió en 1126 siendo sucedida por su hijo Alfonso VII quien con presteza trató de imponer la supremacía castellana sobre Aragón. Esta tensión entre reinos cristianos se solucionó momentáneamente gracias al pacto de Támara

producido en 1127, por el cual los monarcas castellano y aragonés establecieron las bases de futuras actuaciones en la Reconquista. Castilla recuperó Burgos tomando un importante respiro fundamental para que Alfonso VII pudiera disolver los conatos de resistencia interna. En 1134 fallecía su padrastro, el aragonés Alfonso I, el Batallador; circunstancia que propició una entrada fulminante de los castellanos en el territorio de Navarra y Aragón.

Los aragoneses reconocieron al rey Alfonso y éste entregó el trono a García Ramírez, personaje elegido por los navarros; todo a cambio del vasallaje que Aragón había prometido a Castilla. En 1135 coincidiendo con el primer centenario del reino, se reunieron los nobles en León para proclamar emperador al rey Alfonso VII, tal y como había sucedido con su abuelo cincuenta años antes. Con este poder el soberano Alfonso emprendió una serie de campañas guerreras sobre los musulmanes, por entonces muy debilitados gracias a los enfrentamientos fratricidas entre almorávides y andalusíes. Un nuevo inconveniente mantuvo preocupado al Emperador: la declaración de independencia que hizo Alfonso Enríquez sobre Portugal en 1140. Tres años más tarde, tras arduas negociaciones llegaba el *Tratado de Zamora* por el que Portugal se reconocía vasallo de Castilla. Con la firma de este documento Alfonso VII daba visto bueno al nacimiento del reino portugués. Mientras tanto, el poder almorávide se desplomaba por todo al-Ándalus dejando camino libre para que los ejércitos castellanos avanzaran varios kilómetros sobre las fronteras establecidas.

En 1142 se recuperaba la extremeña Coria, en 1147 se daba un fortísimo golpe de mano con la toma de Almería; eran momentos dulces para Castilla. A pesar de las constantes disensiones de intramuros, surgían las primeras órdenes militares como la de San Julián del Pereyro, llamada así por el lugar próximo a Ciudad Rodrigo donde lucharon con energía muchos caballeros salmantinos fundadores de la orden, más tarde sería conocida como Alcántara, nombre de la plaza que el rey les encomendó para su defensa y gobierno.

En 1157 Alfonso VII se encontraba asediando la localidad de Guadix cuando le visitó la muerte. Su repentino fallecimiento dio paso a un difícil testamento elaborado tiempo atrás por el que su Imperio se dividiría entre sus dos hijos: para el primogénito Sancho III, el Deseado, sería Castilla, mientras que al pequeño Fernando II le correspondería León; una vez más los destinos castellano-leoneses se separaban dejando la España cristiana repartida en cinco reinos.

Sancho III, el Deseado, tuvo uno de los reinados más efímeros de toda la Reconquista. A pesar de esto, dio muestras claras de su buen proceder cuando pactó con su hermano Fernando II de León acuerdos de no agresión entre sus reinos, hecho que permitió al soberano dedicarse por entero al refuerzo de la frontera sur de Castilla.

En 1157 se produjo un episodio difícil: los templarios devolvieron

inexplicablemente la plaza de Calatrava en Ciudad Real. Esta posición de la vanguardia suponía un enclave neurálgico para toda la línea defensiva cristiana. Los monjes templarios habían intentado defender Calatrava desde 1147, pero se negaron diez años más tarde a seguir permaneciendo en aquel bastión dadas las pésimas condiciones de abastecimiento y defensa ante el constante azote del enemigo. En enero de 1158 Sancho III encomienda la defensa de Calatrava a Raimundo, abad del monasterio cisterciense de Fítero, y al monje Diego Velázquez. Éstos en compañía de un puñado de valerosos guerreros logran fortificar y guarnecer la plaza: ha nacido la orden militar de Calatrava.

El 23 de junio se firmará el *Pacto de Sahagún* por el que leoneses y castellanos fijarán sus pretensiones sobre al-Ándalus. Mientras que Fernando II reconquistó importantes plazas como Lisboa, Badajoz, Montánchez, Évora, Silves y la mitad del reino musulmán de Sevilla, Sancho III invadió gran parte de los parajes situados entre Sevilla y Granada; esto suponía la mayor extensión de Castilla por el momento.

El 31 de agosto del año 1158 moría en Toledo el rey Sancho III, su primogénito Alfonso VIII tan sólo contaba tres años cuando tuvo que asumir la corona. Hasta 1170 no le fue concedida la mayoría de edad, en ese período algunos nobles como Manrique de Lara o Gutiérrez Fernández de Castro se disputaron la tutoría del joven. Las razonables dudas sobre el futuro de Castilla permitieron al rey Sancho VII de Navarra tomar algunas plazas como Logroño. El mismo Fernando II hizo lo propio con Toledo y Burgos. No obstante, su entronización y posterior boda con Leonor Plantagenet, hija del rey inglés Enrique II, devolvieron la estabilidad perdida. Alfonso VIII firmó acuerdos con Aragón que permitieron una poderosa alianza contra el resto de reinos cristianos; fueron muy útiles al principio, sin embargo, en este siglo romper acuerdos era el deporte favorito de las monarquías. Durante estos decenios finales de la centuria, las luchas intestinas se impusieron como norma cotidiana.

Los cristianos, enzarzados en absurdas guerras territoriales, se debilitaban permaneciendo impasibles ante la ascensión del nuevo imperio musulmán almohade.

Alfonso VIII, el Bueno, se preocupó en mantener la tarea reconquistadora tomando en 1177 la ciudad de Cuenca a la que dotó de unos fueros ejemplares que se convirtieron con los años en modelo de otras localidades.

Asimismo, las tropas castellanas reconquistaron Alarcón, Calasparra y Baños.

En 1179 se concretó el *Tratado de Cazorla*, similar al de Sahagún, por el cual aragoneses y castellanos delimitaban sus ambiciones en la España musulmana. De este modo Aragón llevaba su expansión hasta Alicante, dejando para Castilla los territorios que se extendían más al sur hasta la propia Almería. La osadía militar de Alfonso VIII hizo que se plantara con sus tropas ante los muros de Algeciras, lo que supuso una grave humillación para los almohades que dominaban al-Ándalus desde el norte de África. En 1194 se firmaba entre el rey leonés Alfonso IX y el castellano

Alfonso VIII el *Tratado de Tordehumos* por el que se establecía una tregua de diez años entre los dos reinos; asunto que les permitiría combatir unidos la amenaza almohade. Sin embargo, Yaqub al-Mansur, el, poderoso líder almohade, no estaba dispuesto a perder ni un sólo metro de terreno más en al-Ándalus; a tal efecto, diseñó una contundente ofensiva sobre las tropas cristianas reuniendo un ejército de impresionantes dimensiones que cruzó el estrecho de Gibraltar en la primavera de 1195. Los musulmanes establecieron su campamento base en Sevilla, Yaqub añadió a sus tropas bereberes contingentes andalusíes y grupos de mercenarios cristianos; según los cronistas de la época se llegó a reunir a más de 300.000 hombres, aunque esta cifra debe ser cuestionada dado el volumen de los ejércitos que se movieron por ese tramo de la Edad Media. El 27 de mayo Yaqub dio la orden de partida, la columna musulmana salió de Sevilla rumbo a Córdoba y una vez superada esta localidad avanzaron sobre Sierra Morena. Tras cruzar las montañas andaluzas el ejército almohade se encontró con las tropas castellanas cerca de Alarcos. En esos momentos Alfonso VIII esperaba los refuerzos de León, Aragón, Navarra y Portugal; pero todo se olvidó al divisarse las vanguardias mahometanas. Fue entonces, tras un día de tensa espera, cuando el rey Alfonso inició un explosivo ataque sobre los sarracenos, éstos lo repelieron con una nube de flechas que pronto impactaron en los cuerpos de cientos de jinetes pertenecientes a la más abigarrada caballería pesada castellana. Se combatió atrocemente durante toda la jornada de aquel caluroso 19 de julio. Los almohades arrojados por la superioridad numérica y por la eficacia de sus arqueros organizaron una demoledora contraofensiva que barrió las primeras líneas castellanas. El avance fue implacable, en pocos minutos los primeros destacamentos sarracenos ocupaban el núcleo principal del campamento cristiano.

La mismísima tienda del rey Alfonso VIII fue capturada y éste apenas tuvo tiempo para huir a uña de caballo, escoltado por algunos supervivientes. La victoria para las tropas de Yaqub fue total y aplastante. El rey Alfonso VIII se refugió en Toledo mientras los almohades tomaban plazas como Guadalajara o Salamanca. En 1196 la propia Toledo quedaba sitiada por Yaqub: esto representó la mayor crisis sufrida por los cristianos en muchas décadas.

Los almohades se encontraban a punto de asestar un mandoble definitivo a la península Ibérica; afortunadamente, la suerte se alió con los castellanos cuando Yaqub se vio forzado a regresar al Magreb al enterarse de algunos intentos de sublevación contra su persona. La milagrosa retirada almohade fue a la postre su perdición, dado que los cristianos pudieron recuperar resuello para volver a la carga años más tarde y vencer a los almohades en la decisiva batalla de las Navas de Tolosa. Alarcos supone la última gran victoria musulmana en la península Ibérica.

Los tres siglos que restaban para la consumación de la Reconquista serán de agónico retroceso sin más objetivo que el de resistir a las imparables huestes

cristianas.

Alfonso VIII se convierte en el máximo paladín de aquellos años al conseguir del papado la orden de «Santa Cruzada» contra los musulmanes del territorio hispano. Este episodio lo analizaremos más adelante, ahora conviene revisar lo acontecido en otros reinos peninsulares.

Durante la segunda mitad del siglo XII León resurge como entidad política independiente; la muerte y testamento de Alfonso VII facilita esta situación con la entronización de Fernando II en 1157. Durante su mandato el flamante rey leonés se ve obligado a lidiar con el novísimo reino portugués con el cual se disputa el suroeste peninsular; asimismo, arrebató a los musulmanes importantes plazas extremeñas. Fallece en 1188 dando paso a su hijo adolescente Alfonso IX, quien tan sólo cuenta dieciséis años de edad.

El reinado de Alfonso se caracterizará por la enemistad irreconciliable con su primo Alfonso VIII de Castilla; sin embargo, los dos gobernantes unen intereses en la lucha contra los sarracenos. Alfonso IX se casará con Teresa de Portugal y, posteriormente, con la hija de Alfonso VIII, Berenguela, de la que nacerá el futuro Fernando III, el Santo, reunificador de Castilla y León en el siguiente siglo.

ARAGÓN, CATALUÑA Y NAVARRA EN EL SIGLO XII

El reino de Aragón vivió un excitante siglo XII. El primer monarca de este período Pedro I que había emprendido una serie de campañas sobre los musulmanes de la antigua Marca Superior andalusí, conquistó Huesca gracias a su tremenda victoria sobre las tropas del rey zaragozano, Mostaín II, y más tarde, en la batalla de Alcoraz en 1101, tomó la importante plaza de Barbastro, muy apreciada por los mahometanos. Las huestes de Pedro I cabalgaban libremente por el somontano y llanura de Aragón, pero no consiguieron el objetivo principal de cruzar el Ebro hacia su margen izquierda, donde se encontraba la emblemática ciudad de Zaragoza. Por el momento, Jaca seguía siendo capital de un reino cada vez más influyente.

En 1104 fallece sin descendencia el rey Pedro I: sus matrimonios con Inés de Aquitania y con María, la hija de su amigo el Cid, no dieron herederos que le pudieran suceder, y en consecuencia, fue su hermano Alfonso I quien tomó las riendas desde ese momento.

Alfonso I, el Batallador, mantendrá el vigor aragonés en la Reconquista. Su fallido matrimonio con la reina Urraca de Castilla y León lo empuja a la difícil tarea de mantener en solitario el esfuerzo bélico contra los musulmanes. Para ello pide al Papa la proclamación de una Cruzada internacional que ayude a las huestes aragonesas y navarras en la difícil misión de tomar Zaragoza. Su petición es atendida acudiendo miles de caballeros desde Francia, Castilla y Cataluña. Éstos vienen dirigidos por líderes insignes como Gastón de Bearn, don Diego López de Haro o el conde de Pallars.

El ejército cruzado puso sitio a Zaragoza en 1114; durante cuatro años los musulmanes refugiados en la plaza ofrecieron una heroica resistencia. Finalmente, tras la muerte de su líder Ibn Mazladí, la oposición mahometana se vino abajo sin quedarles más remedio que ofrecer la rendición incondicional. El 19 de diciembre de 1118, Alfonso I el Batallador, entraba de forma triunfal en Zaragoza, ciudad recuperada definitivamente para la cristiandad y nueva capital del reino. De este modo Aragón dejaba de ser un territorio montañoso convirtiéndose en una potencia de sólido peso en la península Ibérica.

Tras la caída de Zaragoza muchas plazas satélite se quedaron sin el sustento principal para su defensa, por eso no fue difícil que los aragoneses las capturaran sin apenas combatir. Al año siguiente toma Tudela y Tarazona, en 1120 caen Calatayud y

Daroca. Llegó hasta Monreal del Campo amenazando Lérida y Tortosa. En 1125 lanza una terrible razia sobre Valencia, Murcia y Andalucía que si bien no supuso ninguna anexión territorial, sí en cambio consiguió atraer el interés de unos 15.000 mozárabes que le sirvieron para repoblar algunos territorios aragoneses.

En 1133 el Batallador asedió Fraga, sin embargo, en esta ocasión la fortuna no le fue propicia, sufriendo una considerable derrota a manos musulmanas. Fue la última campaña del gran Rey aragonés, la enfermedad hizo estragos en su cuerpo falleciendo sin descendencia en julio de 1134. Su testamento causó estupor entre los súbditos del reino, dado que entregaba el gobierno de Aragón y Navarra a las órdenes militares extranjeras del Temple, Santo Sepulcro y Hospital de San Juan. Los primeros habían hecho acto de presencia en la península cuatro años antes cuando los condes catalanes les cedieron la posesión de algunas plazas y castillos. Tras la muerte de Alfonso I, el Batallador, se inician negociaciones que culminarán con el establecimiento de la orden del Temple por todo el reino aragonés. Se les entregará más de una treintena de castillos y plazas como Monzón, Montgai, Barbera, Belchite, Chalamera, Corbins y Remolins. La relación entre Aragón y los templarios se estrechará en los dos siglos siguientes. Los monjes participarán decisivamente en las empresas guerreras del reino, ejercerán de árbitros en las cuitas internas y tutelarán la educación de monarcas como Jaime I. A pesar de su forzosa desaparición a principios del siglo XIV, en Aragón mantendrán su prestigio y buena imagen acabando muchos de ellos en la orden militar de Montesa.

Pero volvamos al año 1134: como sabemos los nobles no aceptaron la desconcertante última voluntad de Alfonso y los monjes guerreros no quisieron verse involucrados en la disputa dinástica, por tanto, se iniciaron intensas negociaciones que dieron como fruto magros beneficios para las órdenes militares y la división del reino en dos Estados. Navarra recuperaba su independencia con el nombramiento de García Ramírez IV, el Restaurador, mientras que Aragón era asumido por Ramiro II, el Monje, hermano del monarca fallecido.

De esta insólita manera el reino pamplonés quedaba al margen de la Reconquista y ubicado en un territorio muy parecido al de la actual Navarra.

Por su parte Ramiro II, dedicado por entero a la vida religiosa, se vio obligado a ceñir la corona para evitar males mayores. Incapaz para la guerra, comprobó cómo las tropas del castellano Alfonso VII ocupaban sus dominios amenazando la integridad aragonesa. Sin esperar más, adoptó una decisión trascendental en la historia de España: casar a su pequeña hija Petronila, de tan sólo dos años, con el conde catalán Ramón Berenguer IV; de ese modo quedaban sellados los destinos de Cataluña y Aragón. Ramón Berenguer IV no quiso utilizar el título de rey, tan sólo el de príncipe de Aragón que ejerció cuando en 1137 Ramiro II se retiró a su monasterio de San Pedro el Viejo en Huesca, para reposar las amarguras provocadas por muchos nobles

disconformes con la medida adoptada a quienes el monje tuvo que eliminar en una jornada de infausto recuerdo. Las campanas de Huesca todavía tañen por ese dolor.

Ramón Berenguer IV amplía los dominios catalano-aragoneses con la conquista de Tortosa y posteriormente Lérida, ciudades a las que dota de fueros especiales con el fin de facilitar su repoblación. En 1153 ha completado ya la total expulsión sarracena del reino catalano-aragonés. Por el *Tratado de Tudillén* fija con Castilla las futuras intenciones reconquistadoras: Aragón orientará sus acciones hacia Valencia, Denia y Murcia. En otros ámbitos el magnífico gobernante fundará más de 300 iglesias y procurará la entrada del Císter con la construcción del monasterio de Poblet. Su habilidad diplomática fortalecerá el reino sentando las bases oportunas para su expansión internacional. Fallece en 1162 siendo relevado por su hijo Alfonso II, el Casto, quien ya figurará como rey de Aragón.

A lo largo de su reinado formalizará y romperá algunos tratados con Castilla y los otros reinos cristianos. En 1174 fundará la ciudad de Teruel y, más tarde, realizará algunas operaciones bélicas sobre el levante musulmán. A su muerte en 1196 el reino de Aragón se encuentra plenamente consolidado con posesiones a uno y otro lado de los Pirineos. Mientras tanto, Navarra lucha por la supervivencia. Los reyes de este período, García Ramírez IV [1134-1150] y Sancho VI, el Sabio [1150-1194], avanzan o retroceden su frontera según las circunstancias, pero siempre sometidos a la fuerte presión de los potentes reinos vecinos. No obstante, se recupera Tudela, perdiendo parte de la Rioja a favor de Castilla, reino al que también se le entregarán Álava y Guipúzcoa en el año 1199.

PRINCIPALES SUCEOS CRISTIANOS DEL SIGLO XII

- 1101. Tropas aragonesas toman Barbastro.
- 1104-1134. Alfonso I, el Batallador, rey de Aragón y Navarra.
- 1108. Desastre castellano en la batalla de Uclés, muere el infante Don Sancho, primogénito del rey Alfonso VI.
- 1109. Matrimonio de Alfonso I de Aragón con Urraca de Castilla.
- 1114. Separación de Alfonso I y Urraca.
- 1118. Alfonso I ocupa Zaragoza.
- 1126-1157. Alfonso VII, rey de Castilla y León.
- 1134. Muerte de Alfonso I, el Batallador. Separación de Navarra y Aragón.
- 1134-1137. Ramiro II, el Monje, rey de Aragón.
- 1134-1150. García Ramírez IV, el Restaurador, rey de Navarra.
- 1135. Alfonso VII, coronado emperador en la catedral de León.
- 1137. Matrimonio de Petronila y Ramón Berenguer IV. Unión de Cataluña y Aragón.
- 1143. Castilla reconoce la independencia de Portugal.
- 1147. Tropas castellanas toman Almería.
- 1150-1194. Sancho VI, el Sabio, rey de Navarra.
- 1151. *Tratado de Tudillén*: Castilla y Aragón se reparten los territorios a conquistar en la España musulmana.
- 1157. Muerte de Alfonso VII Separación de León y Castilla.
- 1157-1188. Fernando II, rey de León.
- 1157-1158. Sancho III, el Deseado, rey de Castilla.
- 1158-1214. Alfonso VIII, el Bueno, rey de Castilla.
- 1159-1162-1196. Alfonso II, el Casto, rey de Aragón.
- 1160-1188-1230. Alfonso IX, rey de León.

1194-1234. Sancho VII, el Fuerte, rey de Navarra.

1195. Derrota castellana en la batalla de Alarcos.

1196-1213. Pedro II, el Católico, rey de Aragón.

1197. Matrimonio de Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla, padres del futuro Fernando III, el Santo.

ENTRE ALMORÁVIDES Y ALMOHADES

Los almorávides consolidaron su dominio de al-Ándalus en los primeros años del siglo XII. La muerte del carismático Yusuf, acontecida en 1106, dio paso a su hijo Alí Ibn Yusuf y al mayor momento de esplendor para esta facción musulmana tan estricta en usos y costumbres. En 1108 obtuvieron una importante victoria en Uclés donde diezmaron a los ejércitos castellanos de Alfonso VI; se cuenta que la plaza fortificada sucumbió gracias a la complicidad de los mudéjares albergados en su interior quienes facilitaron la entrada de sus correligionarios para desesperación de las huestes cristianas que, ante la sorpresa, poco o nada supieron hacer. Como ya hemos dicho, se calcula que fueron muertos unos 3.000 castellanos entre los que se encontraba el propio y único hijo varón del rey Alfonso. Por desgracia para los implacables almorávides, pronto surgieron las habituales disensiones tribales de al-Ándalus, muchos andalusíes no soportaban el dominio magrebí. El refinamiento, educación y tolerancia que la población hispano-musulmana poseía contrastaba notablemente con la austeridad y rigidez de los bereberes almorávides.

Por si fuera poco, un nuevo poder crecía en las montañas africanas del Atlas; eran los almohades, grupos de bereberes que se mostraban dispuestos a efectuar una revisión en toda regla del mundo musulmán a costa de mermar el dominio de sus hermanos geográficos. La palabra «almohade» viene del árabe *al-Muwahhidum*, cuya traducción vendría a significar «los defensores de la unificación divina».

Su fundador, Muhammad Ibn Tumart al-Mahdi, fue un beréber instruido en la Córdoba almorávide. Siendo todavía joven brilló en el estudio de disciplinas como la teología o la jurisprudencia; buscando el incremento de su insaciable erudición viajó a ciudades como Alejandría y Bagdad en el afán de encontrarse con la más rancia ortodoxia musulmana; consumó de esta forma un periplo religioso que duró más de diez años. En medio de tanto trasiego tuvo el tiempo necesario para confeccionar una teoría propia sobre el islam. Gracias a la unión ecléctica de varios conceptos islamitas surgió la ideología almohade que daba una vital importancia dogmática a los principios del Tawhid, que aseguraba la unicidad de Allah (Alá).

Tumart predicó durante años contra la corrupción imperante en los territorios islámicos, sufrió por ello algunas persecuciones y la expulsión de ciudades como Alejandría. Finalmente se instaló en Fez, trabando amistad con Abdallah al-Mumin Ibn Alí, personaje que se convertiría en alguien de su máxima confianza. Durante meses los nuevos líderes de la futura dinastía almohade diseñaron minuciosamente un

plan que incluía facetas religiosas, políticas y militares que les permitiría asumir el mando de aquel rincón tan apetecible del islam.

En 1121 Tumart se proclama primer califa almohade rechazando abiertamente la autoridad abasida de Bagdad. Un año más tarde rompe hostilidades con el imperio almorávide, dando paso a una larga contienda por el dominio del norte de África y al-Ándalus. En 1129 fallece Tumart, tomando las riendas almohades su leal colaborador al-Mumin. El objetivo principal es el de seguir hostigando a los almorávides. La guerra es larga y sumamente sangrienta dejando miles de cadáveres de una y otra facción esparcidos por los desiertos norteafricanos.

Las campañas almohades se extienden hasta conseguir pleno poder sobre las principales plazas almorávides. De esta manera en 1146 caen Fez, Agamat, Tánger y Ceuta; meses más tarde, en 1147, lo hará la capital Marrakesh. A estas alturas los almohades dominaban casi todo el imperio almorávide, y aún más allá, llevando las fronteras por oriente hasta Egipto, mientras que en occidente ocupaba Mauritania hasta la cuenca del río Senegal. En al-Ándalus el último jefe almorávide representativo Ibrahim Ibn Tashufin sólo pudo gobernar entre 1143 y 1145. Durante su mandato las revueltas andalusíes fueron constantes, y numerosas ciudades se sublevaron desatendiendo la autoridad almorávide. Comenzaba una segunda etapa para los reinos de taifa. En esta ocasión las pequeñas monarquías hispano-musulmanas nacían, si cabe, más debilitadas que en su primera aparición.

Tras la caída de Tashufin una ligera anarquía se adueñó de la España musulmana, aunque todo se resolvió con la fulminante entrada almohade en 1147.

El nuevo movimiento islámico ejercía mayor control militar que el anterior; estableció la capital administrativa de al-Ándalus en Sevilla y, desde allí, las tropas de al-Mumin operaron eficazmente hasta casi completar la total invasión de al-Ándalus. Por su parte los andalusíes se habían reorganizado con la ayuda interesada de los reinos cristianos.

Los hispano-musulmanes preferían pagar cuantiosas parias a los cristianos a cambio de mantener su idiosincrasia libre de cualquier tenaza fundamentalista. Sin embargo, el auxilio aragonés y castellano se mostró insuficiente para frenar el ardor combativo almohade.

En 1161 al-Mumin desembarca en Algeciras con un gran contingente de tropas lanzando una cruel ofensiva sobre los reinos de Murcia y Valencia, a los que derrotarán dos años más tarde justo unas semanas antes de morir en Marrakesh, cuando preparaba una nueva expedición guerrera contra la península. Su sucesor Abu Yaqub Yusuf I consigue la máxima expansión del imperio almohade, además de la tan ansiada unificación religiosa por todo su dominio. Hombre culto y amante de las artes se rodea de la flor y nata del saber de su época; son momentos de cierto esplendor para al-Ándalus. Yusuf vive cinco años en Sevilla, embelleciéndola con algunas

construcciones como la Giralda o la Torre del Oro. Confió el gobierno del imperio a una suerte de hombres ilustres que supieron desde su responsabilidad gestionar eficazmente los recursos existentes.

En este período aparecen chambelanes, visires y jueces de notable preparación, asimismo, surge con fuerza la luminosa personalidad de Averroes, uno de los más destacados filósofos medievales. Nacido en Córdoba en 1126, era miembro de una notable familia de juristas. Su acomodada posición le permitió dedicarse de lleno a la aventura del saber. Además de los obligados estudios de derecho, se interesó por su formación en otros ámbitos y materias y de esa manera se instruyó en medicina, matemáticas, astrología y física, pero, sobre todo, será la filosofía el auténtico motor que moverá su vida.

Averroes, como amigo inseparable de la sabiduría, observará el mundo con una visión diferente a la de sus coetáneos. Sus trabajos como médico y jurista en las ciudades de Córdoba y Sevilla le permiten una situación holgada que el cordobés destinará a profundizar en los diferentes capítulos de la existencia humana. Vivamente interesado por los clásicos griegos analiza con entusiasmo la obra de Platón y Aristóteles; sus comentarios sobre los textos de este último atravesarán los siglos posteriores. Averroes será reconocido por todos, pero también repudiado. Su particular cosmogonía y su peligroso acercamiento al panteísmo conseguirán la repulsa del radicalismo musulmán.

En tiempos de *yihad* contra los cristianos la euforia fundamentalista acaecida tras la gran victoria de Alarcos en 1195 provoca encendidas críticas a la figura de Averroes. Su racionalista modo de entender la religión choca contra los muros de la ortodoxia islámica que le proclama «Gran hereje»; sólo el respeto y devoción que hacia él demostraba la población y los califas almohades lograrán salvarle de una muerte segura. Finalmente, el exilio le condujo a Marrakesh donde falleció en 1198. Su cuerpo sería trasladado años más tarde a su Córdoba natal.

Como vemos al-Ándalus gozaba de una cierta prosperidad intelectual a pesar de la férrea dictadura militar almohade; aun así, la presión de los reinos cristianos se incrementaba cada vez más, y las disputas internas no terminaban de apaciguarse.

En 1184 muere Yusuf I. Le sucede su hijo Abu Yaqud Yusuf al-Mansur quien contrae el firme propósito de cohesionar política y militarmente los territorios almohades. Ataca Baleares desde donde operaban impunemente los Banu Ganiyah, antiguos clientes de los almorávides reconvertidos a la piratería naval. Tras vencerles en 1188 efectúa una suerte de purgas internas dirigidas contra la relajación de algunos mandatarios demasiado impregnados del hedonismo andalusí.

En el plano militar Yaqud intentará asestar un golpe definitivo a la osadía bélica del rey Alfonso VIII de Castilla. A tal fin, organizó un inmenso ejército que saltó a la península Ibérica en 1191 provocando un enfrentamiento en Alarcos como he

referido en páginas anteriores. Esta batalla será en definitiva la última gran victoria musulmana de la Reconquista, suponiendo el techo para las ambiciones mahometanas en al-Ándalus. Desde Alarcos los musulmanes no volverán a realizar ningún avance sustancial y, tras la hecatombe de 1212, todo será un lento y agónico retroceso hasta los parapetos granadinos.

Yaqud pudo saborear poco tiempo las mieles de su triunfo en Alarcos, falleció en 1198, curiosamente el mismo año en que murió su protegido y amigo Averroes, dejando un panorama incierto para los almohades establecidos en los dos continentes. Le sucedió su hijo Muhammad al-Nasir, un muchacho casi adolescente llamado a protagonizar uno de los capítulos fundamentales del establecimiento musulmán en Hispania cuando sus tropas se enfrentaron a los cruzados en aquel sitio abrupto de Sierra Morena llamado las Navas de Tolosa de infausto recuerdo para el mundo musulmán.

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO XII

- 1106-1143. Alí Ibn Yusuf, líder de los almorávides.
- 1108. Victoria musulmana en Uclés. Toma de Consuegra y Cuenca.
- 1109. Conquista almorávide de Baleares.
- 1110. Conquista almorávide de Zaragoza.
- 1118. Las tropas de Alfonso I, el Batallador, toman Zaragoza.
- 1121. Muhammad Ibn Tumart inicia el movimiento almohade.
- 1129-1162. Abdallah al-Mumin Ibn Alí, segundo califa almohade.
- 1130. Comienza el declive almorávide.
- 1139. Derrota musulmana en Ourique contra los portugueses.
- 1143-1145. Ibrahim Ibn Tashufin, líder de los almorávides.
- 1145. Se inicia la segunda etapa de los reinos de taifas.
- 1146. Los almohades conquistan Marruecos.
- 1147. Los almohades invaden al-Ándalus. Toma de Sevilla.
- 1154. Los almohades ocupan Granada.
- 1157. Al-Ándalus es incorporada al imperio almohade con capital en Marrakesh dejando Sevilla como capital administrativa.
- 1163-1184. Abu Yaqub Yusuf I, califa de los almohades.
- 1172. Muerte de Ibn Mardanix, rey de Murcia llamado «rey Lobo».
- 1174. Los almohades expulsan a las tropas leonesas de Cáceres.
- 1177. Los almohades pierden la ciudad de Cuenca.
- 1184-1198. Abu Yaqub Yusuf al-Mansur, califa almohade.
- 1190. Los almohades ocupan Silves.
- 1195. Gran victoria almohade contra las tropas castellanas en la batalla de Alarcos.

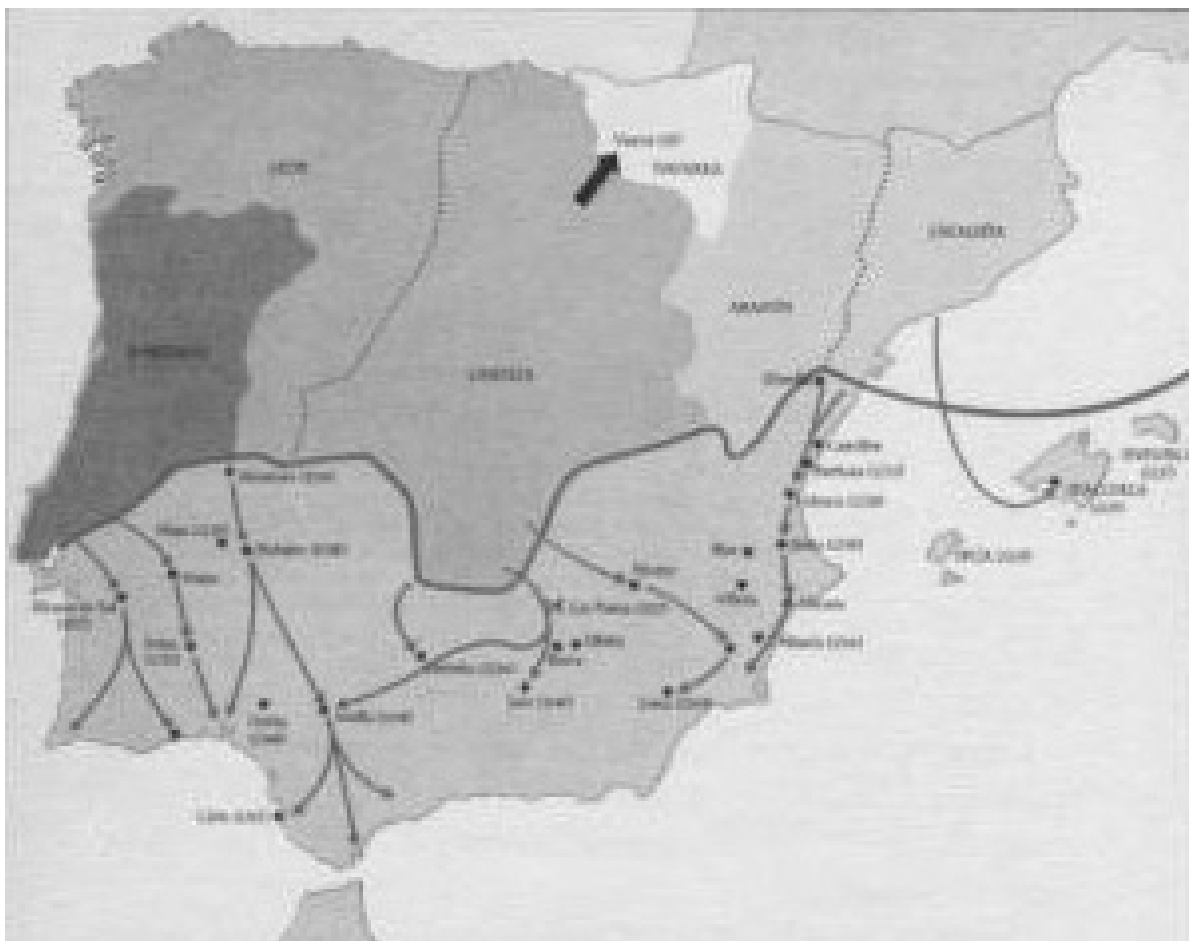
1196. Los almohades ocupan Alcalá y Guadalajara.

1198-1213. Muhammad al-Nasir, califa almohade.

SIGLO XIII

Este rey de Aragón, fue el hombre más apuesto del mundo; que rebasaba a todos un palmo, y era bien formado y cumplido en todos sus miembros. Y tenía un rostro grande y sonrosado, y la nariz larga y muy derecha, y gran boca y bien formada, y grandes dientes y muy blancos, que parecían perlas, y los ojos negros, y los cabellos rubios, que parecían hilo de oro; y grandes espaldas, y cuerpo largo y delgado, y los brazos gruesos y bien contruidos, y las piernas largas y derechas y gruesas en su debida proporción, y los pies largos, bien hechos y bien calzados. Y fue muy aguerrido y valeroso en armas; y fue valiente y liberal, y agradable a todos, y muy misericordioso; y puso todo su corazón y su voluntad en la lucha contra los sarracenos.

Semblanza del rey Jaime I, el Conquistador, extraída de la *Crónica de Desclot*.



Desmoronamiento del imperio almohade y líneas de la Reconquista durante el siglo XIII.

EL IMPULSO DEFINITIVO DE LA CRUZADA

Tras el desastre castellano en Alarcos el rey Alfonso VIII se obsesionó con la idea de no volver a sufrir más humillaciones a cargo de los musulmanes. Los primeros años del siglo XIII contemplan a un monarca dispuesto a negociar con el resto de gobernantes hispanos las condiciones necesarias que dicten una tregua en la lucha fratricida de los cristianos peninsulares. En ese período las diferentes guerras intestinas por el control fronterizo malgastaban esfuerzos y hombres en múltiples contiendas que, a la postre, resolvían poco o nada el panorama estratégico, político y social de la península Ibérica. Mientras tanto, los bereberes almohades incrementaban su poder en al-Ándalus, convirtiéndose en una amenaza tangible para la supervivencia de las monarquías hispano-cristianas.

En 1206 se establecen las bases de la futura Cruzada común contra los almohades. En ese sentido fue sumamente útil la política de alianzas matrimoniales emprendida por Alfonso; recordemos que bien jovencito se había casado con Leonor Plantagenet y de su amor nacieron diecisiete hijos. A los pocos que sobrevivieron se les buscó acomodo en diferentes cortes. Por ejemplo, su hija mayor Berenguela se casó con el rey leonés Alfonso IX; de ellos nacería Fernando, el futuro reunificador de los dos reinos bajo la corona de Castilla. Otra hija, Urraca, se unió al destino de Alfonso II de Portugal, mientras que Blanca enlazaba con la casa real francesa al desposarse con Luis VIII; de este matrimonio nacería Luis IX, el futuro San Luis protagonista de las dos últimas cruzadas libradas por la cristiandad. Finalmente, la pequeña Leonor se convertiría en mujer del gran Jaime I de Aragón. Sólo un varón sobrevivió para heredar el trono castellano. Nos referimos a Enrique del que hablaremos luego. Como vemos la prole de Alfonso VIII y Leonor Plantagenet no se pudo repartir mejor ocasionando magros beneficios para los intereses del cada vez más influyente reino castellano.

En 1212 Aragón, Navarra y Castilla se decidieron a lanzar una ofensiva total sobre el poder almohade. León, aunque en principio se mostró de acuerdo, puso más tarde algunos inconvenientes que alejaron sus tropas del inminente combate.

Alfonso VIII consiguió un nuevo golpe de efecto cuando convenció al papa Inocencio III sobre la conveniencia de proclamar una Santa Cruzada contra los almohades. En mayo de dicho año, desde los púlpitos eclesiales europeos se animó a la lucha total contra los infieles sarracenos. Los sacerdotes estimularon

enérgicamente a los fieles, quienes dominados por el fervor religioso de ese momento crucial se alistaron al flamante ejército cruzado. De esa manera miles de caballeros de diversa procedencia geográfica ofrecieron su experiencia y armamento al servicio de la noble causa.



Triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas de Tolosa, de Marceliano Santa María, 1892, Museo de Marceliano Santa María, Burgos.

LAS NAVAS DE TOLOSA

A principios de junio de 1212 huestes, mesnadas y milicias cristianas se fueron agrupando en torno a Toledo, ciudad elegida por Alfonso VIII como base central del ejército cruzado. La llegada de los guerreros ultrapirenaicos dirigidos por el Arzobispo de Narbona se recibió de forma contradictoria en las filas hispanas. Por un lado eran veteranos en el arte de la guerra, su experiencia y destreza con las armas serían decisivas en los previsibles combates, pero también, eran hombres poco acostumbrados a la convivencia entre etnias y religiones, tal y como se daba en la vieja capital visigoda. En el intento de evitar fricciones se les asentó en las afueras de la ciudad; esa táctica, sin embargo, no pudo evitar que los belicosos guerreros, procedentes en su mayor parte de Alemania, Francia e Italia, asaltaran la judería toledana causando un profundo malestar en el rey Alfonso VIII quien optó por la paciente diplomacia pensando en lo que se avecinaba.

En esos días llegó Pedro II de Aragón encabezando un ejército con más de 3.000 caballeros y sus correspondientes servidores. El 20 de junio todo estaba dispuesto para la marcha; la vanguardia del ejército cruzado era asumida por los caballeros ultrapirenaicos dirigidos por don Diego López de Haro, señor de Vizcaya. En su avance hacia Sierra Morena tomaron algunas fortalezas musulmanas como Malagón, donde los cruzados pasaron a cuchillo a todos sus defensores; manera de actuar que provocaba innumerables comentarios entre los caballeros hispanos.

La violencia demostrada por los cruzados extranjeros iba en consonancia con su pésima educación.

En España se cumplían quinientos años de presencia musulmana permanente, con todo lo que eso suponía en cuanto a intercambio cultural y conocimiento mutuo. Ese proceso era desconocido para aquellos alemanes, franceses o italianos que sólo podían valorar los efectos de las Cruzadas en Tierra Santa; lo de la península Ibérica era sin duda muy distinto; no es de extrañar que los extranjeros apenas entendieran que en ciudades como Zaragoza o Toledo convivieran en armonía judíos, musulmanes y cristianos. Este hecho diferenciaba a las ciudades españolas de otras europeas. Por tanto, aquel ejército cruzado que se dirigía a las Navas de Tolosa estaba unido en cuanto al propósito religioso pero sus integrantes aliados mantenían posturas e ideologías distintas en la concepción de la guerra contra el islam. Pronto las disensiones internas afloraron en el ejército cruzado: cada facción sostenía postulados diferentes sobre cómo se debía llevar la campaña militar. Mientras tanto, las tropas

atravesaban el llano manchego sometidas a un terrible calor y a una acuciante merma del avituallamiento.

A finales de junio se atacaba el castillo de Calatrava. La forma en la que Alfonso VIII negoció la rendición de la fortaleza no debió gustar a los cruzados extranjeros, quienes muy cansados y hambrientos por las largas marchas en aquel caluroso mes de junio decidieron utilizar la excusa de la disconformidad con el modo en que se había acometido el asunto de Calatrava para dar la vuelta, abandonando a su suerte el resto de tropas peninsulares. El regreso de los cruzados ultrapirenaicos fue lamentable: muchos de ellos asolaron las juderías con las que se encontraban en su vuelta a casa, otros viajaron a Santiago de Compostela para justificar la estéril expedición. Sea como fuere, se perdieron miles de hombres que, afortunadamente, no resultaron imprescindibles como se demostró más adelante. No obstante, la retirada extranjera provocó la desesperación entre los hombres de Alfonso VIII y Pedro II; la derrota de Alarcos planeaba sobre aquel escenario incierto. Por fortuna, la llegada del rey navarro Sancho VII con doscientos caballeros supuso un refuerzo en la moral de la tropa cristiana. Allí estaban los tres reyes arrojados por varios obispos y un contingente cifrado entre sesenta y ochenta mil hombres, todos dispuestos a luchar con denuedo en una batalla que ya se antojaba trascendental.

En la primera quincena del mes de julio los cristianos se acercaron a las estribaciones de Sierra Morena.

Los almohades con su líder Muhammad al-Nasir, el Miramamolín, habían preparado un poderoso ejército que esperaba pacientemente en un terreno elegido por ellos para el combate. Es difícil precisar el número de soldados musulmanes que lucharon en las Navas de Tolosa. El recuento más optimista nos hablaría de unos 600.000, cifra que disminuye ostensiblemente a medida que pasan los siglos y las investigaciones históricas se vuelven más rigurosas. Hoy en día podemos afirmar que la hueste sarracena no superaba los 150.000 efectivos; en todo caso, doblaba en número a la hueste cristiana.

Durante días los cruzados buscaron afanosamente un paso franco entre aquel conglomerado montañoso. La intervención divina, una vez más, o los conocimientos orográficos de un humilde pastor, facilitaron el pasillo deseado para un mejor transitar de los cristianos. Al-Nasir permanecía a la defensiva confiando en que el enemigo no franqueara las defensas almohades establecidas en los angostos y escarpados pasos de la serranía andaluza. Tras perder la iniciativa en ese sentido, al-Nasir ordenó ofrecer combate cuanto antes para aprovecharse del cansancio producido entre los cristianos a consecuencia de su trasiego por la sierra.

Los cruzados levantaron su campamento en un lugar llamado «Mesa del Rey» sin aceptar las reiteradas provocaciones de algunas columnas almohades. Durante algún tiempo los exploradores de uno y otro bando estuvieron midiendo las dimensiones de

sus respectivos ejércitos; los preparativos aumentaban febrilmente en la confianza de lograr el mejor entrenamiento bélico cara a la tremenda batalla que se estaba gestando.

El 15 de julio de 1212 todo estaba dispuesto para la celebración de la batalla más importante que vio la Reconquista hispana. Durante ese día los dos ejércitos se pertrecharon adecuadamente a sabiendas que la jornada siguiente sería definitiva para las ambiciones de los dos mundos.

En la madrugada del 16 de julio de 1212 se dio la orden de combate en el campamento cristiano. Miles de hombres encomendaron sus almas a Dios y se dispusieron a vencer o morir. Las primeras luces del alba enseñaban un escenario decorado con los vistosos colores que engalanaban a los dos ejércitos. Frente a frente, cristianos y musulmanes, estaban a punto de someterse a un terrible juicio final por la posesión de la península Ibérica.

La formación cristiana presentaba una línea defendida por tres cuerpos de ejército: el tramo central lo ocupaba el rey Alfonso VIII con el grueso de las tropas castellanas, el flanco izquierdo estaba defendido por los aragoneses del rey Pedro II, mientras que en el flanco derecho se situaban los caballeros navarros del rey Sancho VII. Ambos extremos eran fortalecidos por las milicias concejiles castellanas, creándose una segunda línea de reserva con los guerreros de las órdenes militares, principalmente los templarios dirigidos por el gran maestre Gómez Ramírez. Los cristianos radicaban su poder en el ataque contundente de la caballería pesada, en apoyo de ésta miles de infantes, más o menos profesionalizados, con una excelente panoplia de armamento: lanzas de acometida, espadas, hachas, mazas y arcos integraban el arsenal de las tropas cristianas que participaron en Navas de Tolosa. Asimismo, estos guerreros tenían mejores defensas corporales que sus oponentes. En definitiva, el ejército cruzado presentaba un mejor aspecto defensivo que el ejército almohade. Este se dispuso a combatir confiando en su superioridad numérica. Al-Nasir distribuyó a sus hombres en tres líneas de combate. La primera, compuesta por infantería ligera era sin duda la más débil al estar integrada por soldados poco profesionales aunque, eso sí, muy fanatizados. La procedencia de estos hombres era diversa y casi siempre se alistaban al calor de la Guerra Santa; se puede decir que eran utilizados en todas las contiendas almohades como carne de cañón, aunque en ese tiempo no existieran los cañones. El propósito de la vanguardia almohade era el de desestabilizar la embestida cristiana. Los jinetes se cebarían con ellos desorganizando el ataque y quedando a merced de la segunda línea sarracena compuesta por el grueso del ejército musulmán. Estos soldados eran de mejor nivel y procedían de todos los puntos del Imperio almohade. Tras la ofensiva de esta segunda línea llegaría, según la previsión de al-Nasir, el golpe de gracia de los auténticos guerreros almohades quienes componían la tercera línea y eran la élite de aquella

inmensa tropa tan heterogénea. Una reserva final custodiaba la tienda real de al-Nasir: era la guardia negra almohade, guerreros fanáticos que no dudaban en ofrecer su vida por el islam.

Al-Nasir tras comprobar la disposición táctica de su ejército se sentó en la entrada de su tienda y quedó enfrascado con la lectura del Corán. Pronto lo soltaría para atender el peligro que se cernía sobre su propia persona.

Alfonso VIII dio la orden de ataque generalizado sobre los sarracenos. Un ruido ensordecedor cubrió todo el campo de batalla; era el avance de la caballería pesada castellana. A su lado cabalgaban los jinetes aragoneses y navarros, todos juntos formaban una línea compacta que destruyó la vanguardia mahometana en el primer choque. Pero tal y como había previsto al-Nasir, los jinetes cristianos fueron agotando su carga en la persecución de las tropas ligeras musulmanas. Fue entonces cuando el grueso del ejército almohade lanzó una terrible contraofensiva con la caballería y el cuerpo principal de arqueros y honderos. La situación de los cruzados comenzó a ser muy comprometida: decenas de caballeros estaban siendo desmontados y masacrados por los guerreros almohades. La tensión se podía ver en la cara del Rey castellano. Durante minutos el resultado no pareció decantarse por ninguno de los contendientes; cientos de cadáveres iban sembrando aquel paraje sin que se intuyera el resultado final. Al-Nasir se dispuso a dar la orden de ataque definitivo sobre los cristianos. Sus fieles guerreros almohades se prepararon para la acometida; la sombra de Alarcos volvía con más fuerza que nunca. Fue entonces cuando el rey Alfonso VIII asumió su lugar en la historia y encabezó un ataque desesperado con todas las reservas disponibles del ejército cristiano. Esa última carga se llamó posteriormente la de los «Tres Reyes»; en efecto, Alfonso VIII, Pedro II y Sancho VII atacaron como uno solo al enemigo almohade; les acompañaban los guerreros de las órdenes militares y el último aliento de los cruzados en ese día tan decisivo. El impacto de la frenética cabalgada debió ser brutal, pues pronto las líneas almohades cedieron sumidas en el desconcierto provocado por la embestida. Los jinetes cristianos llegaron al campamento central almohade, defendido por la guardia negra, donde se produjeron los combates más sangrientos. Los navarros de Sancho VII rompieron las cadenas que defendían la tienda real. Este gesto supondría la última actuación destacada de Navarra en la Reconquista hispana, un broche de oro que quedaría inmortalizado al incorporar dichas cadenas al escudo del reino.

Palmo a palmo los sarracenos hicieron pagar muy caro el avance cristiano. Finalmente, los últimos supervivientes almohades cerraron filas en torno a la tienda real de al-Nasir, un fortín rodeado por empalizadas y cadenas; el propio al-Nasir se vio obligado a escapar abandonando a sus hombres en esa última refriega.

La victoria cristiana fue total; en el alcance posterior sobre musulmanes huidos se produjo la misma mortandad que en la batalla. Aunque es imposible saber cuántos

muertos quedaron sobre las Navas de Tolosa, hay quien calcula unos cien mil en el bando musulmán y unos pocos miles entre la hueste cristiana. Lo cierto es que nunca lo sabremos.

Alfonso VIII saboreó con deleite el triunfo cristiano en las Navas de Tolosa, desde ese momento, sería llamado Alfonso «el de las Navas». Los días que siguieron al encuentro bélico fueron de zozobra para los temerosos, y ahora desprotegidos, habitantes de al-Ándalus. Los cruzados tomaron algunas ciudades como Baeza y Úbeda donde originaron una cruel escabechina entre los lugareños. Andalucía parecía abocada a una nefasta caída en manos de los cristianos. Por fortuna para los almohades, el cansancio y, sobre todo, enfermedades como la disentería o la peste causaron estragos entre las tropas cruzadas, obligando a éstas al abandono de aquella santa empresa. Las consecuencias de la victoria quedaban patentes desde ese momento: Castilla consolidaba de forma definitiva su frontera sur y el imperio almohade dejaba de ser una amenaza militar para los hispanos; además, el botín capturado por los cristianos alcanzaba medidas desorbitantes.

Comenzaba la agonía almohade, mientras que los reinos cristianos especulaban sobre cómo repartirse la tarta hispano-musulmana. Al-Nasir se retiró a Marrakesh donde intentó olvidar la tragedia de las Navas mediante placeres y excesos. Abdicó en su hijo, falleciendo en 1213 con poco más de treinta años.

En cuanto a Alfonso VIII, tampoco pudo sobrevivir mucho tiempo más, muriendo en 1214 tras haber pactado acuerdos de amistad con Navarra y León. Le sucedió su hijo Enrique I, un joven de diez años sin capacidad para reinar dada su minoría de edad. La regencia fue asumida por su madre Leonor Plantagenet y la tutela por el caballero don Álvaro Núñez de Lara. Por desgracia la gran reina Leonor falleció veintiséis días después que su marido Alfonso. La incierta situación se resolvió cuando Berenguela de Castilla, hermana mayor de Enrique, se hizo cargo de la regencia. Doña Berenguela merece un lugar de honor en el panteón de las grandes reinas de España: fue una mujer prudente, diplomática y llena de sabiduría política. Con mesura propia de gobernantes educados en el máximo nivel, condujo los designios de Castilla y León hasta su total fusión en octubre de 1230.

Sorteando innumerables obstáculos supo estar a la altura en cuanto a la protección del pequeño rey Enrique I. Este se abonó a la leyenda negra que se cernía sobre los hijos varones de Alfonso VIII y Leonor Plantagenet, cuando en la mañana del 6 de junio de 1217 encontró una temprana muerte a consecuencia de un fatal accidente. El lúgubre episodio fue aprovechado por el rey leonés Alfonso IX, quien, alentado por una facción de la nobleza castellana, exigió con energía su derecho al trono de Castilla. A pesar de todo, las buenas artes de doña Berenguela consiguieron el nombramiento de su hijo Fernando. Eran hechos consumados a los que Alfonso no se pudo oponer acaso en el temor de verse involucrado en una fatídica guerra civil. De

ese modo, gracias a la actuación de doña Berenguela, quien pasó a la historia con el sobrenombre de «la Grande», su hijo Fernando III de apenas dieciséis años de edad ocupaba el trono de Castilla con la mirada puesta en León.

Alfonso IX continuó dedicado a su política de conquistas en el sur peninsular. Las tropas leonesas realizaron en este período numerosas incursiones por Extremadura hasta la anexión total en 1229 tras haber tomado las importantes plazas de Cáceres, Badajoz, Mérida y Montánchez. Con el firme propósito de agradecer al cielo tantas victorias, el Rey leonés emprendió una peregrinación a Santiago de Compostela pero, cuando regresaba de ésta, falleció inesperadamente. Corría el año 1230, fecha histórica para España dado que, gracias a los derechos de sucesión, el rey Fernando III asumía el trono de León, Asturias y Galicia. Nacía de ese modo la corona de Castilla y su monarca pasaba a convertirse en uno de los mandatarios más influyentes de Europa dominando una extensión geográfica que superaba los 250.000 km² superficie que pronto se ampliaría con la conquista de muchos territorios andaluces. No podemos obviar en este asunto sucesorio el excelente comportamiento de la noble Teresa de Portugal, a la sazón, primera esposa de Alfonso IX y madre de tres hijos en los que el Rey leonés pensaba confiar la sucesión; puesto que Fernando, el único hijo varón de este matrimonio murió tempranamente, quedaban dos hijas con legitimidad suficiente para optar al trono. Una vez más la intervención de doña Berenguela favoreció la situación dejándola propicia para su hijo Fernando III tras una oportuna entrevista entre las dos esposas de Alfonso.

Desde 1224 el soberano castellano había lanzado ataques sobre algunas localidades ribereñas del Guadalquivir como Martos, Andújar o Cazorla. En 1236 sus huestes logran la consumación de un sueño. Nada menos que la toma de Córdoba, antigua capital califal. Lo cierto es que la sultana ofreció muy poca resistencia a los atacantes castellanos. Fernando III hizo su entrada triunfal en la ciudad, convirtiendo la emblemática Mezquita en Catedral católica y enviando a Compostela las campanas que Almanzor le había arrebatado doscientos cuarenta años antes. Algo muy similar, en cuanto a la falta de resistencia armada, ocurrió con Murcia, reino conquistado por su hijo el infante don Alfonso entre 1243 y 1246 con la única oposición bélica de Cartagena, Lorca y Muía, localidades que sufrieron el asalto de las órdenes militares. El reino murciano optó por rendirse a los castellanos al ver amenazada su integridad por el incipiente reino nazarí de Granada.

En 1246 caía la ciudad amurallada de Jaén y dos años más tarde, en 1248, el ejército de Fernando III entraba victorioso en Sevilla. De esta manera, las posesiones musulmanas quedaban reducidas a los reinos de Granada y Niebla. La grandeza territorial de Castilla había aumentado un cuarenta por ciento en tan sólo treinta años.

Fernando III es uno de los reyes más populares de la Reconquista española: sus virtudes y capacidad para el gobierno destacaron sobremanera en aquella época llena

de grandes nombres. Entusiasta de las relaciones internacionales supo abrir la corona de Castilla al mundo. Además, su política pactista con los territorios conquistados le granjeó la amistad de sus nuevos súbditos mudéjares; de hecho, muchas ciudades andaluzas no ofrecieron la más mínima resistencia militar al avance de Fernando III, tales fueron los casos de Estepa, Écija, Lucena, Priego, Aguilar, Morón, Osuna, Alcalá de Guadaña o Carmona. En todas estas localidades apenas se produjeron combates a sabiendas de que el buen talante del Rey castellano procuraría notables beneficios a cambio de un leal vasallaje.

Fernando III murió en su querida Sevilla el 30 de mayo de 1252 dejando a su hijo Alfonso X preparado a conciencia para asumir un reino que abarcaba casi 360.000 km². Alfonso X ya había participado representando a su padre en algunas acciones bélicas; la principal, sin duda, se centró en el reino de Murcia. En mitad de esa campaña guerrera se firmó con Aragón el 26 de marzo de 1244 el célebre *Tratado de Almizra*, en una localidad de idéntico nombre cercana a Alicante. En ese tiempo, los ejércitos aragoneses y castellanos combatían por Levante llegando incluso a divisarse en Játiva donde la tensión del encuentro estuvo a punto de desembocar en un combate entre las dos huestes cristianas.

Sin embargo, la caballerosidad demostrada por Jaime I y el príncipe Alfonso hizo posible la firma del acuerdo anteriormente mencionado por el que se delimitaban las pretensiones territoriales de unos y otros. De esa manera, se trazaba la frontera entre las aguas del Júcar y del Segura por lo que Aragón quedaba, desde ese momento, al margen de la Reconquista peninsular, gesto que a la postre resultaría fundamental para la expansión mediterránea del reino aragonés. Castilla, por su parte, se ocuparía de combatir en solitario a los últimos reductos musulmanes. Aunque éstos todavía resistirían casi doscientos cincuenta años, más por dejadez cristiana que por fortaleza mahometana.

En el caso de Alfonso X, el Sabio, el monarca mostró más preocupación por conseguir el título principal del Sacro Imperio Germánico que por mantener la Reconquista peninsular. Dotado para la cultura y las leyes, su aportación intelectual será fundamental para asentar los cimientos del futuro Estado moderno hispano. Alfonso X dedicó tiempo y recursos a la creación de nuevas universidades como las de Valladolid y Sevilla, además de ensalzar el papel de la Universidad de Salamanca creada por su abuelo Alfonso IX de León. En el terreno literario completó obras de gran calado como las *Cantigas*, el *Fuero Real*, las *Siete Partidas*, las *Tablas astronómicas alfonsíes* o la magna empresa de recopilación histórica plasmada en *La Grande e General Estoria* y la *Primera Crónica General de España*. Todos estos trabajos dejaron una huella imperecedera a lo largo de los siglos potenciando el uso de la lengua vernácula castellana en un proceso donde, gracias al apoyo de la famosa escuela toledana de traductores, la cultura española cobró la máxima dimensión de su

época.

En el plano militar, además de las acciones bélicas protagonizadas por él en sus años de príncipe, cabe destacar, ya como rey, la toma de algunas comarcas en el reino de Niebla, así como la anexión de ciudades importantes como Cádiz o Jerez. Los años finales de Alfonso X serán tristes dado que, en su afán por hacerse con la dignidad imperial, se vio obligado a desembolsar fuertes sumas monetarias, intentando de ese modo comprar la voluntad de algunos príncipes electores. Este capítulo hizo que la figura del soberano se devaluara ante el núcleo duro de la aristocracia castellana; cuyos integrantes lo criticaron hasta tal punto que, en 1282, se vio obligado a un exilio interno en Sevilla, una de las pocas ciudades que todavía le rendían respeto y amistad.

Allí pasó «el Sabio» los dos años finales de su vida falleciendo en 1284 y siendo sucedido por su hijo Sancho IV, el Bravo, quien dedicó sus once años de reinado a litigar con los infantes de la Cerda, herederos de su fallecido hermano mayor Fernando. En este sentido numerosas familias de la influyente aristocracia se disputaban la hegemonía en la corte castellana. Fue el caso de los Haro y los Lara, linajes enemigos que combatieron entre sí por el control dinástico. La debilidad política de Alfonso X había abonado el campo de la contienda fratricida. Su hijo Sancho tuvo que emplearse a fondo intentando equilibrar el panorama castellano. No obstante, este corto período de nuestra historia se convierte en muy interesante por la cantidad de nombres ilustres que aparecieron en la escena político social. Por ejemplo, la reina y esposa de Sancho IV, María de Molina, mujer inteligente y habilidosa que supo ejercer preponderancia en los momentos difíciles por los que atravesó la corona de Castilla. Esposa, madre y abuela de reyes, su figura se nos antoja crucial para entender con cierta lógica el tránsito del siglo XIII al XIV.

Volviendo a Sancho IV y a sus operaciones guerreras diremos que en su reinado, tras apaciguar los conflictos internos, se decidió por la alianza con Aragón para emprender la tarea reconquistadora; peligros no faltaban, pues en 1285 una nueva invasión musulmana representada por los benimerines planeaba sobre el horizonte peninsular. Estos no eran tan poderosos como los almorávides o los almohades, pero sí lo suficientemente belicosos como para inquietar a los reinos cristianos de la península Ibérica.

En la primavera de 1285 un ejército benimerí desembarcaba en las costas andaluzas. Su líder Abu Yaqub Yusuf estaba determinado a ocupar los antiguos territorios de al-Ándalus; contaba con miles de guerreros muy avezados en el combate y dispuestos a obtener el mejor de los botines. Durante meses rapiñaron el sur peninsular amenazando incluso a la propia Sevilla.

En ese tiempo, las disensiones castellanas no permitieron un contraataque eficaz sobre los invasores musulmanes, en consecuencia, Sancho IV se vio forzado a

negociar con Abu Yaqub Yusuf, cediéndole magros patrimonios a la espera de una negociación con Jaime II de Aragón que posibilitara la futura ofensiva cristiana.

Por fin, en 1292 el ejército aliado atacaba Tarifa, tomándola tras crudos combates el 13 de octubre.

Sancho IV fortificó la plaza y se la encomendó al caballero leonés don Alonso Pérez de Guzmán, quien pasará a la historia con el sobrenombre de «el Bueno». El motivo de este merecimiento es conocido de sobra: los benimerines contraatacaron de forma desesperada intentando recuperar la perdida Tarifa; don Alonso repelió con éxito cuantos ataques sufrió la ciudad. Con los musulmanes se encontraba el infante don Juan, hermano menor del rey Sancho IV, y rebelde a los intereses de la corona. Don Juan custodiaba por azar al hijo de don Alonso, en lo que se puede considerar un auténtico secuestro. Ante la tenacidad defensiva del alcaide, los magrebíes amenazaron con el asesinato del muchacho sino se entregaba la plaza. Don Alonso, abrazado a su responsabilidad como alcaide y delegado del rey, denegó cualquier negociación y para más claridad de su gesto, ofreció su puñal a los sarracenos con el propósito de que fuera esa daga, y no otra, la que degollara a su pobre hijo. Los benimerines cumplieron las amenazas y don Alonso entró con honores en la historia de España. Tarifa no sucumbió y los musulmanes tuvieron que levantar el asedio. Don Alonso siguió realizando servicios para la corona como su participación en el asedio de Algeciras o en la toma de Gibraltar. Murió en combate en 1309.

Sancho IV, por su parte, fallecía en Toledo en 1295 víctima de la tuberculosis sin haber cumplido los treinta y siete años. Su heredero Fernando IV el Emplazado, era menor de edad; sin embargo, la regencia de su madre María de Molina facilitó las cosas en un momento realmente complicado. En esos años muchos eran los aspirantes a ocupar el trono de Castilla; otros, como la corona de Aragón o el reino de Portugal, soñaban con una merma en la influencia castellano-leonesa. Hasta su mayoría de edad, producida en 1301, el Rey niño tuvo que soportar tres guerras civiles incentivadas desde el exterior con ataques continuos por todas las fronteras de la corona de Castilla. La eficaz regencia y tutela de doña María de Molina y el infante don Enrique, hermano de Alfonso X, consiguió sortear los innumerables obstáculos que levantaban la ambiciosa aristocracia y las potencias vecinas. De esta forma tan abrupta, la corona castellana entraba en el siglo XIV con un Fernando IV que por fin obtenía la mayoría de edad con tan sólo dieciséis años en 1301.

Pero antes de continuar esta historia retrocedamos en el tiempo para averiguar cómo fue el siglo XIII para la corona de Aragón.

LAS CONQUISTAS DE ARAGÓN

Pedro II de Aragón había sido pieza fundamental en la victoria cristiana de las Navas de Tolosa. Su ejército, compuesto por 3.000 caballeros y varios miles de servidores, fue un eficaz ariete que desde el flanco izquierdo de la formación abada había asestado mortíferos golpes al contingente almohade. La amistad entre el monarca aragonés y el castellano Alfonso VIII fructificó en varios actos de confianza mutua; lamentablemente, la inesperada muerte de Pedro II segó futuras empresas conjuntas de los dos reinos hispanos.

Todo sucedió en los territorios de la Occitania francesa. Nos encontramos en el verano de 1213, Languedoc es un territorio feudatario de la corona de Aragón donde ha crecido la religión catara considerada hereje por el papa Inocencio III quien, con la complicidad de los franceses que ansiaban una expansión territorial a costa de esas provincias, proclama la Santa Cruzada contra los cataros o albigenses.

En ese tiempo el rey francés Felipe Augusto se entretenía guerreando contra el eterno enemigo inglés; sin embargo, delegó en alguno de sus vasallos la posibilidad de tomar la Cruz contra los albigenses. De esa forma se cubrían dos frentes: el primero, la anexión del terreno occitano; y el segundo, obedecer el mandato papal.

El insigne caballero Simón de Monfort capitaneó el ataque contra los supuestos herejes y Pedro II de Aragón se vio obligado a defender los intereses de sus feudatarios.

En septiembre de 1213 los dos ejércitos midieron su fuerza en Muret, plaza cercana a Toulouse. La superioridad de los aragoneses y sus aliados quedó empañada por las excelentes dotes estratégicas de Simón de Monfort. Tras el choque de la caballería de unos y otros, la desgracia se cebó en el campo aragonés cuando el rey Pedro II cayó muerto a consecuencia de una terrible herida en el costado. El hecho sembró la confusión en su ejército que pronto se desmoronó, huyendo en desbandada. La refriega de Muret supone el fin de la influencia catalano-aragonesa en el sur de Francia y un período de incertidumbre para la corona de Aragón al quedar un niño de tan sólo cinco años como heredero al trono, bajo la tutela de Simón de Monfort.

De esa manera Jaime I, hijo de Pedro II, entraba en la historia. Pronto averiguaremos cómo ganó el sobrenombre de «el Conquistador».

Nacido en Montpellier en 1208 tuvo pocos momentos de intimidad con su padre Pedro II. Tras la muerte de éste la protección del caballero Simón de Monfort se planteaba peligrosa para los intereses de Aragón; el propio papa Inocencio III medió

para que la custodia del Infante fuera entregada a los aragoneses que encomendaron la formación espiritual y guerrera de Jaime al gran maestre templario Guillen de Montredon, quien instaló al niño en el castillo de Monzón hasta que obtuvo la edad suficiente para asumir el trono del reino. Mientras tanto, gobernaba su tío, el infante Don Sancho, quien en 1218 delegó el mando del reino a un consejo de notables aristócratas. Jaime I obtuvo algunos años más tarde la mayoría de edad con una magnífica preparación para asumir la responsabilidad que le esperaba.

En 1228 las cortes aragonesas decidían una operación militar contra las islas Baleares, cuyo propósito era el de anexionarse aquel territorio musulmán tan cercano a las costas propias. La empresa se preparó con todo detalle. Por fin una enorme flota fue abastecida y equipada lanzándose al ataque en 1229. Durante tres meses la ciudad de Palma sufrió un intenso asedio por tierra y mar hasta su caída el 31 de diciembre de 1229; meses más tarde Menorca ofrecía vasallaje y en 1235 caía la pitiusa Ibiza. Las Baleares recibieron a un gran grupo de colonizadores catalanes que sirvieron para repoblar aquellas islas tan estratégicas, también se quedaron muchos de los antiguos pobladores musulmanes que en general obtuvieron buen trato.

La siguiente conquista aragonesa se fijó en el Levante hispano con el gran objetivo de tomar la importante plaza de Valencia. Las operaciones comenzaron en 1232 con fuerte oposición mahometana. Paso a paso, las tropas del joven Jaime I se abrieron camino, Valencia era tomada en 1238, pero el avance de los aragoneses se topó con el propio de los castellanos. Finalmente, gracias al *Tratado de Almisra* quedaron delimitadas las fronteras de actuación entre los dos reinos. Con este acuerdo Aragón podía dar por finalizada la Reconquista contra los musulmanes, firmando el último capítulo con la toma de Alzira y Játiva en 1245. Un gesto más del noble Jaime I fue el de conceder leyes propias a los territorios conquistados, con lo cual el reino de Aragón pasaba a ser una entidad política integrada por el reino de Mallorca, reino de Valencia, principado de Cataluña y el propio reino de Aragón.

También se encontró oportunidad para zanjar definitivamente el problema suscitado por el control de los territorios ultrapirenaicos perdidos en 1213 tras la derrota de Muret. En 1258 Aragón firmaba con Francia el *Tratado de Corbeil* por el que la corona aragonesa renunciaba a sus derechos sobre Occitania a cambio de que Francia hiciera lo propio con la Marca Hispánica. Lo único que quedó dependiente de Aragón fue el señorío de Montpellier, lugar natalicio del rey Jaime I.

En 1264 los mudéjares murcianos se sublevaron de forma muy airada. En esos momentos Castilla no ejercía suficiente control militar sobre el antiguo reino conquistado en 1246. Una vez más, el talante generoso y caballeresco del Rey aragonés facilitó las cosas cuando sus tropas entraron en la zona sofocando la revuelta morisca. Fue un gesto que el rey Alfonso X agradeció profundamente.

Jaime I, acaso estimulado por los envites religiosos que sostenía el rey francés

San Luis, quiso también probar fortuna en Tierra Santa. A tal efecto organizó una escuadra con la intención de crear un reino cristiano en Palestina pero los elementos climatológicos desbarataron la cruzada aragonesa, desarbolando buena parte de la flota en 1269.

Sintiéndose anciano quiso dejarlo todo para tomar los hábitos religiosos. Sin embargo, la enfermedad imposibilitó la consumación de su última voluntad. Falleció en 1276 repartiendo su reino entre sus hijos. El primogénito Pedro III se quedó con la corona de Aragón, reino de Valencia y principado de Cataluña, mientras que su otro vástago, Jaime II, heredaba el reino de Mallorca, los condados de Rosellón y Cerdeña, así como el señorío de Montpellier. Los sucesores de Jaime I: Pedro III, el Grande [1276-1285], Alfonso III [1285-1291] y Jaime II [1291-1327], iniciaron una nueva política de expansión por el Mediterráneo. Sicilia, Córcega, Cerdeña y posteriormente Nápoles, ampliaron los dominios de un reino cada vez más hegemónico en Europa. A pesar de esto, los monarcas aragoneses no abandonaron sus intereses en la península Ibérica entrando en coalición con los castellanos en la lucha común librada contra los musulmanes de al-Ándalus. Fue el caso de Jaime II ayudando a las tropas de Sancho IV en la toma de la importante Tarifa. A pesar de esto, Aragón finalizando el siglo XIII sólo se fijaba en el Mediterráneo con la ayuda de sus tropas almogávares y la eficacia de grandes almirantes como Roger de Lauria; pero estas aventuras las analizaremos en el siguiente siglo.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO XIII

- 1212. Castilla, Aragón y Navarra vencen a los almohades en las Navas de Tolosa.
- 1213. Pedro II de Aragón muere en la batalla de Muret.
- 1213-1276. Jaime I, el Conquistador, rey de Aragón.
- 1214-1217. Enrique I, rey de Castilla.
- 1217. Berenguela de Castilla cede el trono a su hijo Fernando.
- 1229. Los aragoneses conquistan el reino de Mallorca.
- 1229-1230. El reino de León conquista Extremadura.
- 1230. Unión de Castilla y León bajo la corona de Fernando III, el Santo.
- 1232. Aragón toma Morella, mientras que Castilla hace lo propio con Trujillo y Úbeda.
- 1234. Muere Sancho VII de Navarra.
- 1235. Los aragoneses toman Ibiza.
- 1236. Castilla toma Córdoba.
- 1238. Aragón conquista Valencia.
- 1244. *Tratado de Almizra* entre Jaime I de Aragón y Fernando III de Castilla.
- 1244-1245. Los aragoneses toman Alzira y Játiva.
- 1246. Los castellanos toman Jaén.
- 1248. Las tropas de Fernando III toman Sevilla y Puerto de Santa María.
- 1252-1284. Alfonso X, el Sabio, rey de Castilla.
- 1258. *Tratado de Corbeil*: Aragón renuncia a su expansión ultrapirenaica.
- 1262-1266. Revuelta mudéjar en Murcia.
- 1276-1285. Pedro III, el Grande, rey de Aragón.
- 1276-1311. Jaime II, rey de Mallorca.

1284-1295. Sancho IV, rey de Castilla.

1285-1291. Alfonso III, el Liberal, rey de Aragón.

1291-1327. Jaime II, rey de Aragón.

1294. Guzmán el Bueno, defiende la plaza de Tarifa.

1295-1312. Fernando IV, el Emplazado, rey de Castilla.

ENTRE ALMOHADES Y BENIMERINES

A principios del siglo XIII el poder almohade en la península Ibérica comenzaba a ofrecer signos de evidente debilidad, la eterna falta de cohesión interna provocada por las disputas tribales, facilitaba una constante presión de los reinos hispano-cristianos sobre las fronteras de una al-Ándalus cada vez más menguada en su territorio. Las osadías de un ejército castellano, por fin reconstruido tras el desastre de Alarcos, incitaron al califa al-Nasir a proclamar una nueva Guerra Santa contra los infieles de la fe verdadera. El propósito final de la misma no era otro sino el de recuperar las posesiones perdidas en cinco siglos de guerras peninsulares. La *yihad* supondría un golpe definitivo para los intereses cristianos y una rehabilitación del imperio almohade.

Desde 1210, no hay que descartar que fuera antes, un inmenso y heterogéneo ejército musulmán se empezó a reunir en la zona norteafricana dominada por los almohades. Miles de guerreros se alistaron estimulados por el aliento de la *yihad*. Al-Nasir contaba con tropas reclutadas en todos los confines de su imperio. Es difícil estipular el número exacto de sus hombres; como hemos dicho, algunos cronistas árabes las cifraron en más de 600.000, aunque este número se antoja exagerado. Una previsión más acorde con los efectivos movilizados por los ejércitos medievales de la época y siempre pensando que aquella empresa fue descomunal dados los objetivos del Califa, nos hablaría de unos 150.000 combatientes. En todo caso una mole guerrera que supondría el mayor problema al que se habían enfrentado los reinos cristianos de la península Ibérica.

En el ejército de al-Nasir formaban soldados de diversos orígenes, por ejemplo, unidades mercenarias turcas, los famosos *agzaz*, arqueros de élite infalibles con sus arcos *guzzi*; también se encontraban los guerreros de la guardia negra, núcleo duro del ejército almohade y siempre dispuestos a morir por su líder o por el islam. El cuerpo principal del ejército almohade lo constituían una suerte de unidades más o menos profesionalizadas con soldados provenientes de todos los rincones de ese vasto imperio. Mauritanos, bereberes, tunecinos, libios, egipcios, senegaleses o los propios andalusíes daban una idea sobre la mezcla de aquel contingente bélico.

En 1211 el ejército almohade cruzaba el estrecho de Gibraltar para acuartelarse en Sevilla, la capital administrativa de al-Ándalus; durante meses se estuvo abasteciendo y organizando de la forma más adecuada. Los guerreros de Alá se entrenaban minuciosamente a la espera de un combate que ya se antojaba formidable. En ese

tiempo se enviaron algunas columnas a los puntos estratégicos de la frontera con el fin de recabar todos los datos posibles sobre el enemigo. Pronto llegaron noticias sobre las intenciones del papa Inocencio III para declarar la Santa Cruzada sobre los musulmanes; estas nuevas, lejos de amilanar a los hombres de al-Nasir, provocaron encendidas soflamas fundamentalistas que animaban a la lucha total contra el infiel cristiano. Se avivaron, de ese modo, los preparativos bélicos y a principios de 1212 el ejército almohade se mostraba perfectamente engrasado cara a los futuros acontecimientos. Una vez pertrechado el inmenso contingente, al-Nasir dio la orden de iniciar la marcha hacia Sierra Morena. Las primeras vanguardias tomaron posiciones ya mediada la primavera. El plan original del Califa consistía básicamente en esperar la llegada del ejército cruzado, confiando en el cansancio que, a buen seguro, el tránsito por la llanura manchega ocasionaría entre los hombres de la Santa Cruzada cristiana. Como ya he referido en páginas anteriores, los cruzados encontraron los pasos oportunos que les permitieron adentrarse por la serranía andaluza.

El 16 de julio de 1212 se produjo un tremendo choque armado que dio como resultado una severa derrota para los almohades. Los cristianos por su parte, con más o menos la mitad de efectivos que sus oponentes, habían conseguido con un único golpe suprimir cualquier tipo de amenaza almohade, además del práctico desmoronamiento de aquel imperio musulmán. Al-Nasir muy afectado por lo sucedido en las Navas de Tolosa se retiró a Marrakesh donde falleció al año siguiente víctima de los excesos, acaso intentando olvidar tanto desastre. Su heredero Yusuf II sólo pudo gobernar al-Ándalus nominalmente hasta 1223. Finalmente, el poder almohade se desintegró dando paso a una nueva etapa de reinos de taifas; algo a lo que al-Ándalus estaba, por desgracia, muy acostumbrada. Los almohades aún resistieron en el norte de África hasta 1269, momento en el que otra dinastía musulmana, los benimerines, tomaba las riendas de esa parte tan convulsa del planeta. Mientras tanto, en la península Ibérica se consolidaba el reino nazarí de Granada.

NACE EL REINO NAZARÍ DE GRANADA

Tras la muerte sin herederos del califa almohade Yusuf II la marginal provincia de al-Ándalus quedaba olvidada a su suerte y en manos de varios caudillos locales, quienes en lugar de proteger la débil frontera con los cristianos, se dedicaron a conspirar buscando la mejor candidatura para ocupar el trono de Marrakesh. En Jaén apareció Abu Muhammad al Bayasi, mientras que en Murcia lo hacía al-Adil; estos dos líderes pugnaron durante algún tiempo por el control del territorio andalusí. Finalmente, la ambición del primero, que lo llevó a pactar con el rey castellano Fernando III y los enemigos del segundo, ocasionaron un asesinato rápido de ambos a cargo de descontentos o rivales de sus respectivos gobiernos; es aquí cuando surge poderosa la figura de Muhammad Ibn Yusuf Ibn Hud, descendiente de una antigua familia zaragozana y gran magnate popular que pronto fue secundado por miles de entusiastas seguidores. Con sus tropas Ibn Hud se extendió por buena parte del sur y del levante peninsular, constituyendo el último intento de unificación musulmana en la península Ibérica. Tomó el reino de Murcia en 1228, tras esto cayeron otras ciudades como Córdoba, Sevilla, Granada, Almería, Algeciras y Ceuta. No obstante ya era demasiado tarde para la enflaquecida al-Ándalus. Las constantes ofensivas militares de Fernando III agrietaron cualquier tipo de cohesión defensiva apareciendo múltiples fisuras por las que entraron a riadas las tropas castellanas; eran tiempos de algaras y razias periódicas cubiertas por una crueldad despiadada. Los avances castellanos devastaban todo lo que se ponía a su alcance; ante esto los musulmanes se mostraban incapaces para ofrecer una respuesta bélica organizada con las mínimas garantías. En 1236 caía inesperadamente la ciudad de Córdoba. El hecho sorprendió a todos empezando por el propio rey Fernando III quien tuvo que acudir presto con su hueste para protagonizar el capítulo de la entrada triunfal en la antigua capital del califato. Lo cierto es que la plaza no pudo ser defendida adecuadamente por Ibn Hud al encontrarse por tierras valencianas con el grueso de su ejército guerreando contra los aragoneses de Jaime I. Con gran pesar el caudillo sarraceno tuvo que aceptar la irremisible pérdida de la emblemática sultana.

Un año después de estos acontecimientos moría Ibn Hud llevándose el último sueño unificador de al-Ándalus.

Tras la desaparición de Ibn Hud los dominios musulmanes de la península Ibérica parecían abocados a un fin muy previsible. Sin embargo, el carisma de un nuevo gobernante surgió con brillo para conceder a los mahometanos una tregua que duraría

más de doscientos cincuenta años. En 1231 aparece en la historia Muhammad Ibn Yusuf Ibn Nars, proveniente de la antigua dinastía árabe de los al-Hamar; personaje dotado para el gobierno, consiguió ese mismo año hacerse con el mando de Arjona, su ciudad natal. Meses más tarde, extendía su influencia hacia Jaén y Guadix; no hay que descartar que sus tropas participaran abadas con las de Fernando III en la conquista de Córdoba, asunto que le granjeó la amistad del monarca castellano y que le permitió en 1238 tomar Granada y sus posesiones para fundar un reino. Nació de ese modo la dinastía nasrí o nazarí con Muhammad I como gran arquitecto de aquel último solar de los musulmanes en Europa occidental. Muhammad I tuvo un mandato muy longevo caracterizado por su aguda visión política. En este sentido, sus mejores cualidades fueron la diplomacia y el buen uso que hizo de la razón de Estado. Fue nombrado emir de los musulmanes, título que luego cambió por el de sultán y altísimo emir de los creyentes.

No obstante, sus primeros años de gobierno se vieron amenazados por la fortaleza castellana, aragonesa y portuguesa que golpe a golpe iba arrebatando importantes pedazos de los territorios andalusíes.

Por el este los aragoneses habían conquistado las Baleares entre 1229 y 1235, Valencia había caído en 1238 y, seis años más tarde, se firmaba entre aragoneses y castellanos el *Tratado de Almizra* por el que se señalaban las áreas de influencia peninsular de unos y otros. Murcia fue conquistada por los castellanos entre 1243 y 1246, ese mismo año caía la ciudad de Jaén. En 1248 el ejército de Fernando III entraba, con él al frente, en la importante plaza de Sevilla. Por otro lado el reino de Portugal se había expandido por la franja oeste de la península conquistando Silves y el Algarve, finalizando esta campaña en 1250. Tantos avances cristianos eran motivo de profunda preocupación entre los súbditos de Muhammad I; el territorio musulmán era cada vez menor y todo el mundo hacía cábalas sobre cuándo caería el último reducto granadino. Sin embargo, el buen talante demostrado por el Emir aplacó considerablemente el ímpetu conquistador de Fernando III; una vez más la promesa de fiel vasallaje y de un anual pago de inmensos tributos permitió un aliviador respiro para las esperanzas mahometanas en la península Ibérica.

De este modo el magnífico rey Fernando III permitió al reino de Granada seguir vivo a cambio de unas parias muy necesarias para la endémica crisis económica castellana. Por entonces la corona de Castilla abarcaba unos 360.000 km², mucho territorio para pocos pobladores acuciados por la falta de recursos. No es de extrañar que el futuro «Santo» viera con buenos ojos las espléndidas promesas del gobernante nazarí.

En 1252 fallecía Fernando III; por entonces, las fronteras andalusíes se trazaban en una geografía que comprendía una franja costera que iba desde Tarifa hasta Almería, incluyendo ciudades tan importantes como Málaga o la propia Granada, y

extendiéndose hacia el interior por zonas de Jaén, Córdoba y Sevilla. Por otra parte, en el oeste peninsular se mantenía a duras penas el reducido reino musulmán de Niebla, aunque tardaría poco tiempo en ser conquistado por las huestes de Alfonso X, el Sabio.

En este período el gran Muhammad I favoreció el comercio con el norte de África, asunto del que iba a obtener magníficos beneficios que le permitieron no sólo pagar el oro prometido a los castellanos, sino también incentivar todo tipo de manifestaciones culturales y arquitectónicas. En este sentido, es obligado destacar la construcción de la Alhambra. Muhammad I había conquistado en 1238 una pequeña alcazaba ubicada en un promontorio de unos 750 m de altitud que dominaba la ciudad de Granada. El sitio fue tan de su gusto que lo eligió como futura residencia palaciega de su dinastía. El recinto no guardaba desde luego las dimensiones requeridas para ser albergue de emires; en consecuencia, se ordenó el levantamiento de algunos edificios que fueran acordes con el esplendor que se pretendía dar a aquel flamante reino. El nombre *al-Hamrá* y su derivación «Alhambra» pasarán a la historia, desde entonces, como una de las construcciones más hermosas que el islam creará en tierras europeas. Los sucesores de Muhammad I se encargarían a lo largo de las décadas posteriores de embellecer la Alhambra dotándola de Mezquita, jardines y lugares dignos de ensueño. La Alhambra se convirtió en una regia fortaleza palatina receptora de embajadas y foco catalizador de grandes acontecimientos culturales. La suntuosa decoración y el equilibrio de sus estanques, fuentes y monumentos, desataron las más encendidas loas de una época demasiado acostumbrada a la actividad guerrera y no a lo propuesto por la insuperable Alhambra.

En estos años iniciales del reino nazarí, Muhammad I se vio sometido a dos presiones muy molestas: la primera la constituía el eterno empuje de las huestes cristianas; la segunda, y no menos importante, llegó casi al final de su reinado con el emergente poder magrebí de los benimerines, facción islámica que pretendía recuperar lo perdido por los almohades.

En 1264 se producen revueltas mudéjares en los territorios murcianos y gaditanos. Los acontecimientos, lejos de ser anecdóticos, constituyen una grave crisis para la corona de Castilla que se ve obligada a solicitar la ayuda del rey aragonés Jaime I, quien consiguió sofocar la sublevación murciana en 1266. Aquellos levantamientos habían sido incentivados desde Granada con la ayuda de 3.000 voluntarios benimerines que prestos acudieron a la llamada de sus hermanos de fe. Era la primera vez que estos norteafricanos ponían pie en tierra hispana; no sería la última, y en años posteriores diversas oleadas invasoras estuvieron amenazando la existencia de los reinos peninsulares incluido el granadino.

El peligro benimerí desató una batalla marítima y terrestre por el control del estrecho de Gibraltar que se prolongaría casi cien años. Combates navales de gran

magnitud combinados con asedios a las principales plazas del Estrecho dejaron miles de cadáveres protagonistas de episodios llenos de triste recuerdo.

En 1275 los benimerines irrumpieron por la península a sangre y fuego devastando numerosos parajes andalusíes; dos años antes había fallecido Muhammad I, dando paso al heredero Muhammad II, quien rompió su vasallaje con la corona de Castilla buscando protección en la fortaleza benimerí, lo que provocó años de auténtica desolación en los pagos castellanos y granadinos.

Los norteafricanos eran las primeras tropas que llegaban a la península Ibérica desde la derrota de las Navas de Tolosa y albergaban la secreta ambición de una nueva conquista territorial sobre la totalidad de al-Ándalus. Muhammad II se percató muy pronto sobre las aviesas intenciones de sus presuntos aliados magrebíes, pero poco pudo hacer por impedir que en 1278 los africanos se hicieran con el control de Málaga y Algeciras, localidades fundamentales para facilitar el desembarco de las tropas benimerines; una vez más al-Ándalus quedaba expuesta a la amenaza de un nuevo poder musulmán nacido en África.

Alfonso X no estaba dispuesto a permitir la expansión benimerí, a tal efecto, organizó un ataque marítimo y terrestre contra Algeciras. La escuadra castellana estaba compuesta por más de cien naves entre galeras, naos y otros buques de menor envergadura; por tierra, miles de guerreros cercaron la ciudad en agosto de 1279. Algeciras resistió el asedio más de un año hasta que finalmente una flota de auxilio musulmana logró forzar el bloqueo destruyendo la práctica totalidad de los buques cristianos. El asedio a la plaza gaditana se convirtió en un auténtico desastre para las tropas de Alfonso X, quien tuvo que firmar una tregua con Abu Yaqub, hijo del sultán Abu Yusuf y responsable de los ejércitos benimerines que operaban en la península Ibérica. El pacto dejaba al margen al estupefacto Muhammad II de Granada, lo que permitió a los enfurecidos castellanos lanzar a despecho una ofensiva sobre el reino nazarí que, por cierto, también terminó en tragedia cuando buena parte de la nobleza y de las órdenes militares sucumbieron derrotados en la batalla de Moclín celebrada en 1280.

La incapacidad para el gobierno de Alfonso X contrastaba con su brillante erudición aunque en esos años la ciudadanía castellana no apostaba por la cultura y sí, en cambio, por gobernantes mejor preparados para el combate.

Un nuevo error de «el Sabio» le hizo pactar con los benimerines para que le ayudasen en el litigio con su hijo Sancho; éste a su vez conseguía el apoyo de los granadinos, con lo que la situación se complicaba notablemente. En esta guerra civil de todos contra todos, los benimerines sacaron provecho pasando tropas a la Península en socorro del debilitado Alfonso X. El pretexto sirvió para que se plantaran a las puertas de la mismísima Toledo; nunca tropas musulmanas habían llegado tan lejos desde la victoria de Alarcos casi un siglo antes.

En 1284 fallece Alfonso X siendo sucedido por su segundo genético Sancho IV, quien lanzó numerosos ataques contra los invasores benimerines hasta hacerles pactar una forzosa tregua a la espera de situaciones más favorables. De esta manera en 1288 los magrebíes se quedaron tan sólo con las plazas de Tarifa y Algeciras.

En 1292 Sancho IV se aliaba con aragoneses y granadinos para asaltar las defensas de Tarifa. La gesta se consumó con éxito y el Rey castellano elegía al caballero leonés don Alonso Pérez de Guzmán como alcaide de la plaza. Don Alonso se convirtió en el héroe de aquellos años como ya sabemos. Éste fue sin duda el principal hecho acontecido a fines del siglo XIII para al-Ándalus.

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO XIII

- 1202. Ocupación almohade de las islas Baleares.
- 1211. Al-Nasir desembarca en Tarifa con numerosas tropas.
- 1212. Desastre almohade en las Navas de Tolosa. Los reinos cristianos consolidan sus fronteras en Sierra Morena.
- 1213-1223. Yaqub Yusuf II, califa de los almohades.
- 1217. Ibn Hub se subleva en Levante.
- 1224-1236. Reaparecen los reinos de taifas.
- 1231. Muhammad Ibn Yusuf Ibn Nars, al Hamar, crea en Arjona el reino nazarí.
- 1236. Las tropas castellanas ocupan Córdoba.
- 1238. Creación del reino de Granada. Comienzan las obras de la Alhambra. Ese mismo año las tropas de Jaime I de Aragón toman Valencia.
- 1238-1273. Muhammad I, rey de Granada.
- 1246. Los musulmanes pierden Jaén.
- 1248. Los castellanos de Fernando III ocupan Sevilla.
- 1262. La corona de Castilla se anexiona el reino musulmán de Niebla.
- 1264-1266. Rebelión mudéjar en Murcia y Cádiz.
- 1266. Emigración de los mudéjares murcianos hacia Granada.
- 1273-1302. Muhammad II, rey de Granada.
- 1275-1276. Emigración de mudéjares valencianos hacia Granada.
- 1275-1278. Algeciras y Tarifa son ocupadas por benimerines.
- 1279-1280. Desastre castellano en el asedio de Algeciras.
- 1280. Victoria nazarí en Moclín.
- 1286. Tregua de paz entre castellanos y benimerines. Muerte del sultán benimerí Abu Yusuf.

1292-1295. Campaña de Tarifa. Los castellanos toman la ciudad y repelen las posteriores contraofensivas benimerines.

SIGLO XIV

Fue la primera et grande pestilencia que es llamada mortandad grande... en las partes de Francia, et de Inglaterra, et de Italia, et de aún en Castiella, et en León, et en Extremadura, et en otras partidas.

Crónica de Alfonso XI. El 27 de marzo de 1350 moría víctima de la peste negra el rey Alfonso XI, mientras se encontraba con sus tropas asediando la plaza de Gibraltar.

GUERRA EN EL ESTRECHO

A principios del siglo XIV Castilla pugnaba por el control absoluto sobre las aguas del Estrecho. En su costa norte Tarifa, Gibraltar y Algeciras se mantenían como las plazas que abrían o cerraban las puertas peninsulares. Tarifa había caído en manos cristianas en 1292, por tanto, las dos restantes constituían objetivos prioritarios para las tropas del joven rey Fernando IV. Éste, una vez obtenida la mayoría de edad en 1301, consigue estabilizar una corona de Castilla devastada por el hambre, la enfermedad y las interminables guerras civiles. Gracias al exquisito tacto diplomático de su madre, doña María de Molina, el monarca pudo manejar determinadas situaciones internas de forma airosa, lo que permitió, sin duda alguna, que se pudiera pensar de nuevo en la expansión castellana.

En 1308 Castilla vuelve decididamente a tomar cartas sobre la Reconquista hispana; la amenaza de los benimerines marroquíes era demasiado tangible como para ignorarla. Por si fuera poco, el reino de Granada no mostraba el más mínimo inconveniente en pactar con los magrebíes llegando incluso a cederles algunos enclaves. Todo hacía ver que tarde o temprano surgiría una nueva oleada invasora desde África a la usanza almohade o almorávide; en consecuencia se debía actuar y pronto. A tal efecto se convocan Cortes en Burgos para reunir el dinero necesario para la futura empresa militar contra los granadinos y sus aliados. Se solicita el apoyo de los aragoneses y su rey, Jaime II, acepta complacido la reanudación de las hostilidades contra el sempiterno enemigo musulmán. Un año más tarde se firmaba entre Aragón y Castilla el *Tratado de Alcalá* por el que los aragoneses podrían avanzar hasta Almería, mientras que los castellanos harían lo propio con Algeciras.

Las tropas de Fernando IV lanzaron una desigual ofensiva sobre el Cádiz mahometano, aunque el propósito principal era tomar la importante plaza de Algeciras. El ejército castellano chocó contra los muros de la ciudad protegidos por una tenaz resistencia sarracena. Una tras otra llegaron las embestidas cristianas, pero todo fue inútil y los castellanos se vieron obligados a una penosa retirada.

Sin embargo, apareció nuevamente el genio de don Alonso Pérez de Guzmán, quien supo enardecer a una desmotivada hueste para lanzar un eficaz ataque contra Gibraltar, ciudad, por otra parte, menos protegida que Algeciras. Lo que olía a desastre de las tropas castellanas se tornó, debido al empuje de don Alonso y los suyos, en unas tablas muy beneficiosas para Castilla, ya que los musulmanes de Granada tuvieron que solicitar la paz admitiendo un oneroso vasallaje. Lo cierto es

que el reino nazarí había salvado la estratégica Algeciras a costa de entregársela a sus presuntos aliados benimerines. El emir granadino Nars se veía en una posición muy delicada ante algunas facciones fundamentalistas de su corte que no aceptaban ser vasallos de los cristianos; en consecuencia, llegó una nueva guerra civil en los pagos mahometanos. Nars solicitó auxilio militar a Fernando IV con el fin de restablecer su dominio en el reino nazarí. El monarca castellano no se lo pudo negar y organizó un contingente que él mismo dirigió en 1312 en ayuda de su vasallo. Cuando el ejército castellano transitaba por Jaén en dirección a Granada, una trombosis acabó con la vida de Fernando IV a la edad de veintisiete años. Su fallecimiento se asoció a una maldición lanzada por dos hermanos condenados injustamente a muerte; éstos emplazaron al Rey a comparecer en menos de un mes ante una corte infernal que le juzgara por todos sus desmanes, desde entonces, Fernando IV fue llamado «el Emplazado». Su óbito dejaba a un pequeño heredero de tan sólo un año recién cumplido; una vez más la sufrida María de Molina se tuvo que hacer cargo de la regencia sobre su nieto Alfonso XI, en este caso compartida con la reina madre, doña Constanza de Portugal, y los tíos de Fernando IV, don Juan y don Pedro. Como ya era habitual, buena parte de la aristocracia se levantó en conspiraciones absurdas que únicamente pretendían seguir con el reparto de la territorialidad castellana.

El rey Alfonso fue creciendo en el temor de verse derrocado o muerto en cualquier momento de aquellos años turbulentos. Para mayor tragedia, en 1319 los infantes donjuán y don Pedro murieron en las Vegas de Granada combatiendo a los musulmanes; dos años más tarde, fallecería la insigne María de Molina.

La preocupación manifiesta por la debilidad dinástica de Castilla provocó en 1325 la precipitada coronación de Alfonso XI, llamado «el Justiciero». Tenía tan sólo catorce años y ante él un paisaje sembrado de peligros internos y externos.

En el asunto de la Reconquista las tropas de Alfonso XI atacaron algunos puntos de la frontera con Granada apropiándose de castillos y localidades sin mucha relevancia. Los nazaríes respondieron con una ofensiva sobre Gibraltar, plaza que cayó tras cinco meses de asedio el 20 de junio de 1333. En el sitio participaron 7.000 guerreros benimerines llegados desde África para la empresa. Este episodio supuso un duro revés para las aspiraciones castellanas de controlar los asentamientos neurálgicos del Estrecho. De nada sirvió el intento postrero de Alfonso por auxiliar a los maltrechos defensores de Gibraltar viéndose en la necesidad de aceptar una tregua con el reino nazarí; era momento para recuperar aliento y, sobre todo, recomponer ejércitos a la espera de una situación más propicia para la guerra en aquel frente tan enrevesado. La paz con los granadinos y benimerines se estableció en un tiempo de cuatro años durante los cuales ningún bando podría atacar al otro. Pero la ambición por dominar el sur peninsular era demasiado grande y pronto cristianos y musulmanes comenzaron a preparar sus ejércitos y flotas de combate.

En 1338 el viento de la guerra soplaba fuerte a un lado y otro del estrecho de Gibraltar. Los benimerines habían arbolado 60 galeras y casi 200 naves de más o menos tonelaje. Por su parte los cristianos desplegaron 33 galeras y algunos buques de apoyo. Mientras tanto, en tierra firme, miles de guerreros benimerines se acuartelaban en Algeciras preparándose para los combates futuros. Desde Granada se lanzaban algaras constantes contra el territorio castellano. La respuesta de Alfonso XI no se hizo esperar, entrando él mismo en Andalucía al frente de una gran hueste compuesta por miles de jinetes y peones. Los cristianos se establecieron en Sevilla a fin de mantener una posición hegemónica sobre nazaríes y benimerines. Estos últimos se habían mostrado especialmente belicosos bajo la dirección del príncipe Abu Mabk, hijo del emir de Marrakesh, Abu I-Hasan. Desde Algeciras salían numerosas columnas punitivas contra localidades cercanas, de ese modo, plazas como Jerez, Medina, Lebrija, Arcos o Alcalá de los Gazules, sufrieron intensamente el rigor benimerí. En una de estas expediciones Abu Malik encontró la muerte a manos cristianas. El hecho contrarió el ánimo de su padre quien ordenó vengar con sangre la muerte de su querido hijo. En el año 1339 miles de voluntarios benimerines se embarcaban rumbo a Algeciras dispuestos para la *yihad* con el sueño de recuperar la casi perdida al-Ándalus.

LA BATALLA DEL SALADO

En abril de 1340 se libró un importante combate naval entre las flotas musulmana y cristiana. El resultado fue demoledor para los últimos, quienes perdieron la práctica totalidad de sus naves; el momentáneo control del Estrecho animó al emir Abu I-Hasan a pasar con el grueso de su ejército en agosto de ese mismo año. Según las crónicas árabes, el contingente benimerí se cifraba en más de 50.000 jinetes y unos 400.000 peones, números a todas luces exagerados. Por su parte Alfonso XI había logrado, gracias a frenéticas gestiones, el apoyo de los reyes Pedro IV de Aragón y Alfonso IV de Portugal. El primero envió 12 galeras, mientras que el segundo se personó en Sevilla con todos los efectivos que pudo reunir. Finalmente, el recuento de las tropas cristianas daría como resultado unos 30.000 efectivos sumando caballería e infantería.

En octubre de 1340 los dos ejércitos se movilizaban; los musulmanes buscando la toma de Tarifa y los cristianos en el afán de repeler la invasión más peligrosa a la que se había enfrentado la península Ibérica en los últimos ciento treinta años.

El 28 de octubre de 1340 por fin se divisaron las dos formaciones enemigas; el sitio se encontraba cerca de Tarifa en un paraje bañado por las aguas del río Salado. En la mañana del día 30, Alfonso XI daba la orden de ataque total sobre los sarracenos, acto seguido la caballería pesada castellana comenzó a cruzar el Salado destrozando la vanguardia benimerí. La batalla se fue generalizando hasta que se vieron implicados miles de guerreros de las dos facciones; por su parte, el rey portugués Alfonso IV, apoyado por infantería castellana y caballería de las órdenes militares de Santiago y Alcántara, entró en combate con las huestes del Rey nazarí derrotándolas en un brillante movimiento. El desastre para los musulmanes fue total, y habría sido mayor si los vencedores no se hubiesen detenido para expoliar el campamento mahometano.

Las bajas de la batalla son como siempre imprecisas: los cronistas cristianos de la época contabilizaron 200.000 muertos en el bando musulmán y tan sólo 20 en el cristiano. Como es obvio, no podemos dar crédito a estos datos; aunque la mortandad benimerí debió de ser abundante, ya que desde el Salado se disipó cualquier intento de invasión mahometana sobre al-Ándalus.

Abu I-Hasan regresó al norte de África, mientras que el Emir granadino se escondía en Marbella. En ambos casos la derrota no se entendió como definitiva y al poco tiempo iniciaron la recomposición de sus ejércitos. Abu I-Hasan organizó una

poderosa flota que fue diezmada, una y otra vez, por naves castellanas, genovesas, portuguesas y aragonesas. El emir granadino Yusuf I mantuvo a duras penas el avituallamiento de Algeciras y Gibraltar; estas plazas se habían convertido en el gran objetivo de Alfonso XI.

El 5 de agosto de 1342 el monarca castellano levantaba su real ante los muros de Algeciras; el asedio se prolongaría hasta el 27 de marzo de 1344. En ese tiempo, benimerines y granadinos se enfrentaron a los castellanos en numerosas ocasiones, la principal de todas ellas acontecida en diciembre de 1343 en las riberas del río Palmones, donde después de tres choques de cierta magnitud, los musulmanes tuvieron que renunciar a la posibilidad de salvar la vital ciudad de Algeciras que caería algunos meses más tarde. Este episodio dejaba manifiesta la supremacía castellana sobre el Estrecho. Los musulmanes ofrecieron una tregua de quince años y el pago de parias a la corona de Castilla, todo a cambio de una paz que tan sólo duró cuatro años, pues en 1349 Alfonso XI volvía a coger las armas para poner el punto final a la Reconquista del estrecho. En esta ocasión el objetivo era Gibraltar, la única plaza estratégica que quedaba en manos musulmanas; además el lugar era de doloroso recuerdo para el monarca al haberse perdido durante su reinado. Desgraciadamente el rey Alfonso fue víctima de una extraña enfermedad que asolaba por entonces toda Europa, me refiero a la fatídica peste negra o bubónica, aparecida dos años antes por tierras de Crimea y que fue propagada por el constante trasiego de los comerciantes genoveses. La peste diezmó en pocos años buena parte de la población continental. En algunos países la mortandad superó el cincuenta por ciento de la población; en España tuvo especial incidencia en Cataluña, pero afectó con virulencia a todos los rincones de la península Ibérica. En definitiva, Europa contempló horrorizada cómo un tercio de sus pobladores moría sin remedio. La epidemia llegó al campamento cristiano que asediaba Gibraltar en 1350. Algunos nobles informaron al Rey sobre la gran cantidad de hombres que estaban muriendo por la peste, Alfonso desestimó la posibilidad de levantar el sitio y escapar hacia un lugar seguro; la obsesión por conquistar Gibraltar conllevó la muerte de Alfonso XI.

De esta manera la peste negra ponía fin no sólo a la vida del Rey castellano, el 27 de marzo de 1350, sino también a los combates de Castilla por el control del Estrecho. Al día siguiente, Pedro I de tan sólo quince años era proclamado rey, sucediendo a su llorado padre. Las huestes cristianas levantaban el sitio de Gibraltar y retrocedían a sus posiciones del interior dejando reforzadas las plazas de Tarifa y Algeciras. Ya no se producirían más incidentes bélicos de importancia, al entrar los benimerines en una aguda fase de decadencia, debido a las guerras internas que destrozaron el sueño de este imperio musulmán norteafricano.

Pedro I, el Cruel [1350-1369] y sus sucesores Enrique II [1369-1379], Juan I [1379-1390] y Enrique III, el Doliente [1390-1406], relegaron el capítulo de la

Reconquista a un segundo plano y en esto inciden diversos motivos: los principales son, sin duda, las constantes guerras civiles por los derechos dinásticos, en las que incluso llega a producirse la participación extranjera de franceses e ingleses con lo que Castilla se involucra en la Guerra de los cien años. Por otro lado nos encontramos la gravísima crisis económica por la que atraviesan los reinos hispano-cristianos. El predominio de la ganadería sobre la agricultura es creciente, a lo que se añade pésimas cosechas, pertinaces sequías, hambrunas y una mengua imparable de la población por los brotes de peste negra. Todos estos factores sumados al eterno egoísmo de la nobleza, favorecen la supervivencia del reino nazarí de Granada que casi desprovisto de la protección benimerí, limita sus acciones bélicas a escasísimos intercambios de golpes por el dominio de algunos territorios.

Lo cierto es que la corona de Castilla desde 1350 estaba para pocos trotes guerreros. La guerra civil y fratricida entre Pedro I y su hermanastro, Enrique II de Trastámara devasta el territorio castellano. Batallas como la de Nájera en 1366 o Montiel en 1369, desgastan a los ejércitos de Castilla impidiéndoles pensar en otra cosa que no sea salvar su cohesión. Un nuevo mazazo llegaría en 1385 cuando el ejército de Juan I fue humillado por tropas portuguesas e inglesas en la batalla de Aljubarrota que a la postre consolidaría la independencia de Portugal.

Como vemos el siglo XIV se caracterizó en su capítulo reconquistador por dos fases bien distintas: la primera protagonizada por la necesidad de dominar el estrecho de Gibraltar, culminando con la victoria en la batalla del Salado, y la segunda que dejaba una tregua casi total con el reino nazarí de Granada.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO XIV

- 1301. Fernando IV obtiene la mayoría de edad.
- 1309. Tropas castellanas conquistan Gibraltar.
- 1312-1350. Alfonso XI, el Justiciero, rey de Castilla.
- 1317-1319. Creación de la Orden de Montesa en sustitución de los Templarios.
- 1321. Fallece doña María de Molina, abuela de Alfonso XI.
- 1327-1336. Alfonso IV, el Benigno, rey de Aragón.
- 1333. Los castellanos pierden Gibraltar a manos benimerines.
- 1336-1387. Pedro IV, el Ceremonioso, rey de Aragón.
- 1338. Alianza cristiana para evitar el peligro benimerí.
- 1340. Tropas castellanas con ayuda de aragoneses y portugueses derrotan a los benimerines en la batalla del Salado.
- 1344. Tropas castellanas toman Algeciras.
- 1349. El ejército de Alfonso XI pone sitio a Gibraltar.
- 1350. Fallece Alfonso XI víctima de la peste negra.
- 1350-1369. Pedro I, el Cruel, rey de Castilla.
- 1366. Batalla de Nájera.
- 1369. Batalla de Montiel. Muere asesinado Pedro I.
- 1369-1379. Enrique II de Trastámara, rey de Castilla.
- 1379-1390. Juan I, rey de Castilla.
- 1385. Batalla de Aljubarrota, derrota castellana.
- 1387-1396. Juan I, rey de Aragón.
- 1388. Creación del título príncipe de Asturias.
- 1390-1406. Enrique III, el Doliente, rey de Castilla.

1396-1410. Martín, el Humano, rey de Aragón.

LA INVASIÓN BENIMERÍ DE AL-ÁNDALUS

La dinastía beréber de los benimerines constituyó el último esfuerzo musulmán por reconquistar al-Ándalus. Nacidos como sus hermanos almorávides y almohades en los profundos desiertos magrebíes, heredaron el espíritu imperial de éstos, sobre todo, gracias al carisma de su gran líder Abu Yusuf Yaqub [1258-1286], quien envió los primeros expedicionarios a tierra hispana aprovechando las revueltas mudéjares y el peligro cristiano que amenazaba al reino nazarí de Granada; pronto las ayudas esporádicas se convirtieron en asentamientos de enormes contingentes bélicos.

A finales del siglo XIII las tropas benimerines controlaban importantes plazas andalusíes como Málaga o Algeciras con el propósito de ser utilizadas para el desembarco de los futuros ejércitos invasores norteafricanos.

A principios del siglo XIV fallecía el rey nazarí Muhammad II, aliado de los benimerines. Le sucedió Muhammad III, más preocupado en fomentar la cultura o construir la hermosa Mezquita de la Alhambra que de reforzar la unión con sus aliados sarracenos. En 1308 su belicoso hermano Nars le obligó a la abdicación en su favor ante el inminente ataque cristiano. En efecto, un año más tarde, las huestes de Fernando IV lanzan una ofensiva sobre las tierras gaditanas tomando la importante plaza de Gibraltar; los benimerines poco o nada pueden hacer ante esto. Perdidas Tarifa y Gibraltar, tan sólo disponían de Algeciras como presumible cabeza de puente para sus tropas.

En este período se libra una crucial batalla por el control del Estrecho; serán casi cien años de desigual fortuna para un bando y otro. Mientras tanto Nars cedía el mando nazarí a su sobrino Ismail I, quien seguirá apostando por el apoyo de sus hermanos norteafricanos para contener el impetuoso ataque cristiano. Su desgraciada muerte en 1325 a manos del gobernador de Algeciras coincidió con la mayoría de edad del rey castellano Alfonso XI. El nuevo rey Muhammad IV sobresalió por su ardor combativo al recuperar algunas plazas expugnadas anteriormente por los cristianos, destacando la toma de Gibraltar en 1333 con la inestimable aportación militar benimerí.

Pero sin duda el gobernante nazarí más representativo del siglo XIV fue Yusuf I Abul Hedjahd hombre cauteloso que protagonizó el capítulo final de la presencia benimerí en la península Ibérica. Yusuf combatió con decisión a los ejércitos cristianos, principalmente, a los castellanos de Alfonso XI. Durante sus veintiún años de gobierno mantuvo constantes algaras con la idea de menoscabar la potencia militar

de sus enemigos peninsulares, a fin de establecer una situación propicia para la llegada de un gran ejército benimerí del que pensaba servirse para la reconquista total de al-Ándalus. En aquel tiempo la fuerza militar de Granada no era demasiado grande, sin embargo, el excelente entrenamiento y motivación de las reducidas tropas nazaríes llamaban la atención de esa época tan acostumbrada a tropas poco profesionalizadas.

EL EJÉRCITO DE GRANADA

Los ejércitos musulmanes que guerreaban a mediados del siglo XIV, en realidad, no distaban mucho de los que lo habían hecho en siglos anteriores. El reino de Granada, por sus dimensiones y población, se encontraba en manifiesta inferioridad con relación a sus enemigos peninsulares; esto lo compensaba con una eficacia extrema a la hora de reclutar y adiestrar a los efectivos disponibles. Existía un ministerio de la guerra con funcionarios capaces de engrasar a la perfección la maquinaria bélica granadina. En consecuencia, no era extraño ver cómo en tiempos de conflicto, Granada era capaz de movilizar más soldados que sus oponentes aragoneses, castellanos o portugueses.

Las unidades principales del ejército nazarí estaban conformadas por caballería ligera, infantería, arqueros, honderos y ballesteros. Estos últimos también disponían de escuadrones a caballo dando origen a consumados especialistas en disparar flechas a galope con indudable acierto gracias, en buena parte, a las exhaustivas maniobras que sin descanso realizaba aquel ejército, obligado por las circunstancias a tomar posiciones defensivas o de contragolpe. En cuanto a corazas o armaduras, éstas eran claramente inferiores a las de sus enemigos cristianos; la agilidad de la tropa musulmana contrastaba en este sentido notablemente con la fortaleza de la imbatible caballería pesada castellana o aragonesa.

El ejército de Granada tenía dos divisiones bien diferenciadas: la primera era la fuerza *jund* constituida por el principal grupo de unidades profesionales nazaríes; una segunda estaría integrada por mercenarios norteafricanos y voluntarios de diverso origen, quienes se alistaban buscando una mejora de su situación social y económica. La disciplina era rigurosa no dejando ni un cabo suelto en cuestiones de adiestramiento o vida cotidiana de la milicia.

Se puede decir, utilizando terminología militar de los ejércitos contemporáneos, que la división principal constaba de unos 5.000 efectivos subdivididos a su vez en batallones de 1.000 hombres, compañías de 200 y secciones de 40 con unidades de ocho soldados; todos ellos acompañados por banderas, pendones, tambores y distintivos de guerra.

Como ya sabemos, las tropas nazaríes participaron junto a las benimerines en la definitiva batalla del río Salado, donde sufrieron gravísimas pérdidas a manos de los castellanos y sus aliados aragoneses y portugueses. Estos últimos se enfrentaron directamente a las tropas de Yusuf I que poco pudieron hacer ante la carga resuelta de

los caballeros de Alfonso IV.

Tras el desastre, Yusuf I escapó a Marbella donde se atrincheró esperando que amainara la tempestad desatada sobre su ejército; por su parte, el benimerí Abu I Hasan se parapetó con los restos del ejército en Algeciras desde donde partió al norte de África para no volver jamás a poner pie en tierra hispana.

La derrota del Salado no sólo frenó las ambiciones benimerines en al-Ándalus, sino que también aisló definitivamente al maltrecho reino nazarí que, sin un aliado potente que le apoyase, no pudo defender la estratégica Algeciras a pesar de la férrea oposición de sus defensores ante los ataques del ejército cruzado dirigido por Alfonso XI en 1342. Durante veinte meses la ciudad aguantó un obstinado asedio. Sólo la falta de suministros y la inminente masacre que estaba a punto de producirse doblegó el ánimo nazarí entregando Algeciras a finales de marzo de 1344. Quedaba por tanto Gibraltar, único enclave del Estrecho bajo dominio del reino granadino. La plaza fue sitiada en 1349 por el ejército castellano, sin embargo, la peste hizo acto de presencia meses más tarde llevándose la vida del rey Alfonso XI el 27 de marzo de 1350. El flamante rey Pedro I levantó con presteza el campamento pues tenía peligrosos retos internos a los que enfrentarse.

Los benimerines cesaron en sus ambiciones expansionistas sobre al-Ándalus. La derrota del Salado, la desarboladura de su flota y, principalmente, las intrigas internas por el control del poder, fueron factores esenciales para entender su retirada del escenario europeo. Eso les permitió sobrevivir un siglo más en el que intentaron ejercer su influencia sobre los nazaríes granadinos con más o menos acierto. Yusuf I falleció en 1354, sumiendo al reino de Granada en una severa crisis mal conducida por sucesores incapaces como Muhammad V, el Viejo, quien reinó de 1354 a 1391 con un paréntesis provocado por las eternas conspiraciones intramuros donde reinaron Ismail II [1359-1360] y Muhammad VI [1360-1362]. Finalmente la amistad de Muhammad V con el castellano Pedro I sirvió como ayuda para que el primero recuperara el gobierno de Granada durante veintinueve años más, en los que se suavizó la situación permitiendo un mayor florecimiento de la capital nazarí con la incorporación de nuevos recintos a la Alhambra como el valiosísimo Patio de los Leones y la potenciación de la fértil Universidad fundada en 1349 por Yusuf I y que tantos talentos alumbró.

Por otra parte, la peste negra no tuvo tanta incidencia en el reino nazarí al estar dotado de mejores infraestructuras sanitarias y, sobre todo, de un excelente cuerpo médico que protegió la salud de los granadinos en aquellos momentos tan oscuros. La guerra civil por la corona de Castilla librada entre 1366 y 1369 acabó con la vida del rey Pedro I, aliado y amigo de Muhammad V. Este suceso animó al nazarí a lanzar un ataque sobre Algeciras, plaza que recuperó en 1369, aunque bien es cierto que la tuvo que abandonar poco más tarde cegando el puerto y derribando las murallas que ya

nunca volverían a ser levantadas.

Muhammad V falleció hacia 1391, siendo sucedido por su hijo Yusuf II que tan sólo pudo reinar un año, al morir envenenado por orden del Rey de Fez. Muhammad VII [1392-1407] se limitó a mantener los costosos pactos de amistad y no agresión con Castilla, aunque al final de su gobierno se rompieron de nuevo las hostilidades, en lo que ya se entendía como un intento definitivo por parte de los castellanos de conquistar las posesiones del reino nazarí de Granada.

Terminaba el siglo XIV envuelto por la incertidumbre de una al-Ándalus cada vez más estrangulada en una carrera frenética hacia su inminente catástrofe de 1492. Veamos cómo prepararon los cristianos el momento final.

PRINCIPALES SUCECOS MUSULMANES DEL SIGLO XIV

1302-1308. Muhammad III, rey de Granada.

1308-1313. Nars, rey de Granada.

1309. Los musulmanes pierden Gibraltar.

1310. Aragón levanta el sitio de Almería y Castilla, el de Algeciras.

1313-1325. Ismail I, rey de Granada.

1315. Los castellanos ocupan Rute, Bélmez, Porcuna y Cambil.

1324. Los nazaríes recuperan Galera, Baza, Huesear, Martos y Orce.

1325-1333. Muhammad IV, rey de Granada.

1327. Tropas castellana ocupan Ayamonte, Pruna y Olvera.

1331. El reino de Granada, vasallo de Castilla.

1333. Tropas nazaríes y benimerines recuperan Gibraltar.

1333-1354. Yusuf I, rey de Granada.

1339. Castilla rompe las treguas con Granada.

1340. Derrota musulmana en la batalla del Salado. Fin de la expansión benimerí por al-Ándalus.

1342-1344. Los castellanos asedian y toman Algeciras.

1343. Derrota musulmana en la batalla del río Palmones.

1354-1359. Muhammad V, el Viejo, rey de Granada.

1359-1360. Ismail II, rey de Granada.

1360-1362. Muhammad VI, rey de Granada.

1362-1391. Segundo mandato de Muhammad V.

1366. Los musulmanes toman Priego.

1367. Conquista de Utrera. Ataques sobre Jaén y Úbeda.

1369. Ocupación musulmana de Algeciras.

1391-1392. Yusuf II, rey de Granada.

1392-1407. Muhammad VII, rey de Granada.

SIGLO XV

*A comienzos del año noventa y siete, el sol de al-Ándalus desaparecido quedo. Y el perro alcanzó su objetivo porque a nadie se encontró que nos defienda;
Que la voluntad de Allah se cumpla, pues todo de Allah depende;
Que cada desdichado se encierre sobre su tristeza, y que Allah nos proteja de todo mal.*

Texto extraído de la Antología de al-Maqqari, donde se alude al fin del reino nazarí de Granada.



La rendición de Granada, de Ortíz Padilla, Palacio del Senado, Madrid.

GRANADA, LA ÚLTIMA CONQUISTA

A principios del siglo XV el fenómeno de la piratería marítima se hizo presente en aguas mediterráneas y del Estrecho. Algunos puertos africanos como Tetuán se habían convertido en auténticos nidos de piratas musulmanes, lo que constituía un serio peligro para el comercio cristiano de aquella época. En 1400 el rey castellano Enrique III envió una expedición punitiva contra Tetuán, a fin de limpiar aquella zona tan estratégica. La misión se completó con cierto éxito pero no consiguió extirpar un problema que se prolongaría a lo largo de los años para mayor malestar de las poblaciones costeras azotadas por aquellos halcones berberiscos del mar.

En esos años iniciales de la centuria el reino nazarí de Granada se preparaba para romper sus vínculos tributarios con Castilla; las parias anuales pagadas religiosamente en oro resultaban excesivas en un reino desconectado de las grandes rutas del oro sudanés ahora controladas por el reino de Portugal. La merma económica y el fundamentalismo siempre en auge desembocaron en el estallido de una nueva guerra contra la corona de Castilla.

En 1406 tropas andalusíes invadían los ricos parajes del antiguo reino murciano; la respuesta castellana no se hizo esperar enviando numerosos contingentes que reforzaron la frontera y ocasionaron graves descalabros al ejército musulmán. Fue el caso de la derrota sufrida por los granadinos en la batalla de los Collejares, donde quedó manifiesta la desorganización de las tropas nazaríes. Tras la victoria, Enrique III se preparó a conciencia para asestar el golpe definitivo al reino de Granada. Se convocaron Cortes para recaudar los fondos necesarios que garantizaran el éxito de la empresa. Desgraciadamente, la prematura muerte del Rey dejó pendiente la ofensiva definitiva sobre el último reducto musulmán en la Península, así como la conquista de Canarias iniciada dos años antes por los normandos del caballero Jean de Béthencourt quien operó en el archipiélago canario en calidad de vasallo bajo la corona castellana. La guerra contra los aborígenes insulares se prolongaría algunos decenios llegando hasta los Reyes Católicos, momento en el que quedó completada la anexión de Canarias a Castilla.

Enrique III, el Doliente, fue sucedido por su primogénito Juan II, de apenas un año de edad. La regencia fue asumida por su madre, Catalina de Lancaster, y su tío, el infante don Fernando, quien prosiguió con las acciones bélicas contra los mahometanos. En 1407 se tomaba Zahara y en 1410 la estratégica Antequera, donde el Infante ganó el sobrenombre que le acompañaría desde entonces.

En este período el reino de Aragón estaba sumido en una grave crisis dinástica. El fallecimiento en 1410 sin descendientes del rey Martín I, el Humano, se tuvo que resolver mediante un consenso plasmado en el célebre compromiso de Caspe, por el que el infante Fernando de Antequera ocupó el trono aragonés en 1412. Esta circunstancia acercó sensiblemente los intereses de Castilla y Aragón; sería el preámbulo de lo que surgiría años más tarde.

En 1416 murió el rey Fernando I de Aragón, dos años después lo haría Catalina de Lancaster, al tiempo que Juan II de Castilla alcanzaba la mayoría de edad. El joven monarca tuvo que enfrentarse a múltiples conjuras nobiliarias. Aunque el asunto no era extraño dado que todos los reyes medievales hispanos lo hicieron. En esta ocasión Juan II encontró el apoyo de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla y auténtico gobernante en la sombra. En este tiempo, como en otros, las luchas intestinas entre monarquía y nobleza por acumular el máximo poder dejaron un tanto relegada la empresa reconquistadora. No obstante, entre masacre y masacre, aun se encontró oportunidad para arrebatar a los musulmanes alguna que otra plaza; también se participó en los eternos conflictos dinásticos nazaríes. En 1431 el aspirante al trono nazarí Yusuf Ibn al-Mawl solicitó la ayuda de Juan II en su litigio con Muhammad VIII. En ese momento el ejército castellano se encontraba acuartelado en Córdoba preparando una gran ofensiva contra Málaga. Juan II prefirió ayudar al futuro Yusuf IV confiando en dejar sentado sobre el trono de Granada a un monarca aliado y vasallo de Castilla. En junio de ese año la hueste castellana invadía las vegas granadinas; a su paso salio la caballería nazarí. Los dos ejércitos chocaron el 1 de julio cerca de Granada en la célebre batalla de la Higuera con el resultado de una aplastante victoria cristiana, que si bien no fue decisiva, recibió en cambio los parabienes de una Iglesia católica muy motivada por el hecho.

Este episodio menor de la Reconquista fue utilizado por la propaganda católica para enardecer el ánimo menoscabado por guerras civiles y tributos abusivos de la ciudadanía castellana. A tanto llegó el asunto que muchos sacerdotes vieron en la Higuera la mano celestial que como siempre acudía en ayuda de la Santa Cruzada contra el infiel sarraceno.

Desde la Higuera no se produjeron demasiados avances significativos. En 1433 se tomó Castellar y en 1437 caía Huelma. En 1454 fallecía Juan II de Castilla, un rey más preocupado en proteger la cultura y bellas artes que de apaciguar su convulso reino. Le sucedió su hijo Enrique IV, llamado por los enemigos «el Impotente», y por los amigos, «el Liberal».

Enrique IV en su capítulo reconquistador rompió hostilidades con los granadinos en 1455, finalizando de ese modo una tregua que había durado más de quince años. El afán por derrumbar los muros nazaríes hizo que durante tres años los castellanos lanzaran seis campañas donde se alcanzaron éxitos relativos. La empresa, sin

embargo, se vio desacelerada por el nefasto gobierno que estaba protagonizando «el Impotente». Las luchas entre el poder real y el nobiliar salpicaron de conjuras y sangre la escena castellana. Cuando estas refriegas disminuían su intensidad, se aprovechaba para retomar la guerra contra los sarracenos.

En 1462 cayeron Archidona y Gibraltar, poco más ocurriría en los siguientes veinte años para alivio de los musulmanes muy necesitados de paz en aquellos momentos tan desconcertantes. En Castilla nació el mismo año de la conquista gibraltareña una niña que dio mucho que hablar, me refiero a Juana, hija del segundo matrimonio de Enrique IV con Juana de Portugal, llamada por todos «la Beltraneja», pues rumores no faltaban sobre la impotencia del Rey y el asombroso parecido del bebé con don Beltrán de la Cueva, hombre muy cercano al gobierno y llamado a convertirse en el nuevo valido de Enrique IV. A falta de otros descendientes el Rey designó a Juana como su sucesora. Esto provocó a la rancia nobleza que, con presteza, organizó las consabidas conspiraciones. Una vez más, la guerra civil se adueñó de todo y los campos de Castilla se tiñeron con la sangre de las dos facciones: una defendía los derechos de Juana mientras que la otra apostaba por el hermanastro de Enrique, el infante don Alfonso. Enrique IV obligado por las circunstancias y derrotas terminó por reconocer a don Alfonso como su sucesor.

En 1468 la inesperada muerte del hermanastro real daba protagonismo a Isabel, hermana del fallecido, que hasta entonces permanecía en un discreto segundo plano. Enrique IV reconoció a regañadientes a la infanta Isabel como heredera al trono de Castilla en el famoso Pacto de los toros de Guisando. Todo se torció cuando en 1469 Isabel de Castilla y el príncipe Fernando, heredero del trono aragonés, se casaron en Valladolid contraviniendo los deseos del monarca castellano quien, en un acceso de rabia, desposeyó a su hermanastra en favor de su hija Juana. Nuevamente estalló el conflicto civil acrecentado tras la muerte de Enrique IV en 1474; otros cinco años de combates sangrientos que finalizaron en 1479 con la victoria de las tropas afines a la reina Isabel I.

Por su parte el príncipe Fernando de Aragón se preparaba para asumir el trono de un reino muy desgastado por la guerra civil de 1462-1472 en las que los campesinos aragoneses intentaron hacer prevalecer sus derechos y escasos privilegios. El rey Juan II de Aragón consiguió una excelente paz que permitió continuar con la educación renacentista de su hijo y heredero.

Tras el estallido de la guerra en Castilla, el propio Fernando dirige las operaciones castellanas contra los aliados portugueses de la Beltraneja. En la batalla de Albuera, librada en febrero de 1479, Fernando asesta un golpe definitivo a Portugal que se retira de la contienda. Ese mismo año fallece su padre Juan II dejando el camino despejado para la entronización de Fernando. Desde ese momento, Castilla y Aragón unen sus destinos bajo el igual gobierno de Isabel I y Fernando II llamados «los

Católicos».

Tres serán los objetivos fundamentales del nuevo reino: el primero, conseguir la unidad política; el segundo, la religiosa y el tercero, la territorial. Para cumplir estas expectativas los Reyes trabajaron arduamente durante meses; en cuanto a política, Isabel se encargaría de los asuntos peninsulares mientras que Fernando lo haría de los exteriores. Sobre la religión se empezó a gestar la idea de conversión o expulsión para musulmanes y judíos. La consumación de unidad territorial fue obra, principalmente, de Fernando II, quien asumió la empresa de reconquistar de una vez por todas el reino nazarí de Granada. Fue una obra diseñada con absoluta minuciosidad, previendo las disensiones internas de los sarracenos y preparando un ejército estable, además de bien entrenado.



Panorama general de la Reconquista.

EL SIGLO FINAL DE AL-ÁNDALUS

El siglo XV andalusí quedó marcado por las desavenencias entre linajes musulmanes, lo que en definitiva sumió al reino en una agónica debilidad frente a los cada vez más potentes reinos cristianos. Por otra parte, los benimerines africanos no podían ofrecer la ayuda que otrora había sido tan necesaria para mantener el equilibrio fronterizo. Desde Muhammad VII [1392-1407] cada uno de los gobernantes nazaríes fue perdiendo territorio ante unos castellanos que si bien avanzaban de forma desigual, debido a sus propios conflictos internos, no encontraban en sus acometidas la feroz resistencia sarracena de antaño. Yusuf III [1407-1417] perdió Antequera y otras plazas a manos del infante castellano don Fernando, aunque recuperó Gibraltar en 1414, enclave hasta entonces defendido por los benimerines. En este período dos familias, los Zagríes y los Abencerrajes, colocaban o deponían reyes a su antojo según la conveniencia del momento. Esto queda manifiesto en el mandato de Muhammad VIII quien ocupó el trono en tres ocasiones entre 1417 y 1444, con dos paréntesis protagonizados por Muhammad IX y Yusuf IV. Los conflictos civiles entre mahometanos eran aprovechados convenientemente por Castilla para seguir cobrando las jugosas parias a cambio de apoyar a los diferentes candidatos sin detenerse en preparar una ofensiva total sobre aquel reino nazarí que surtía de riquezas la maltrecha economía castellana.

Entre 1444 y 1462 Muhammad X y Said Ibn Ali estuvieron pugnando por el poder con episodios de absoluta decadencia.

Finalmente llegó un poco de cordura al mortecino reino granadino, cuando el noble Abu I-Hassan Ab supo entregar la tranquilidad suficiente a sus súbditos para afrontar momentos de cierta recuperación a pesar de la importante pérdida de Gibraltar en los momentos iniciales de su gobierno. Con el conocido por la leyenda como Muley Hacen o Mulhacén los musulmanes llegaron a creerse fuertes para enfrentarse a Castilla. En 1482 Granada se negaba a pagar los opresivos tributos y estallaba la guerra.

Los ejércitos de los Reyes Católicos superaban la frontera granadina ese mismo año conquistando la simbólica Alhama, ciudad residencial de los reyes nazaríes. La noticia sembró el desasosiego por los 30.000 km² que todavía se mantenían bajo el dominio mahometano.

La guerra de Granada sería larga y quedaría definida por tres fases bien diferentes. En la primera se combatiría a la usanza medieval con movimientos

clásicos de caballería protagonistas de acciones puntuales que tan sólo buscaban dañar todo lo posible en internadas primaverales o veraniegas. A partir de 1483 cambiaría el enfoque cristiano cediendo el papel principal a la infantería y, sobre todo, la artillería; armas que capitalizarán el segundo período de este conflicto. Fernando II dio pasos certeros para la creación del primer ejército moderno de Europa: ya no se guerreaba confiando en el individualismo del combatiente, sino en el esfuerzo de grandes secciones de la milicia. En ese tiempo el ejército cristiano llegó a contar con 13.000 jinetes, 50.000 infantes y unas 2.000 piezas de artillería básicamente lombardas y culebrinas, que fueron fundamentales en la toma de plazas hasta entonces inexpugnables. Con las tropas hispanas luchaban también cruzados provenientes de otros lares europeos, así como mercenarios que buscaban en aquella «Cruzada del Sur» una oportunidad para mejorar su situación económica.

En 1487 caía tras un cruel asedio la importante Málaga, último reducto de relevancia en el camino hacia la cada vez más aislada Granada.

En 1490 se daba inicio la tercera y definitiva fase de la guerra, cuando las tropas de Isabel y Fernando levantaban su real a pocos kilómetros de la capital nazarí. Lo que en principio fue un inmenso campamento de madera, poco a poco se fue transformando en una ciudad de adobe dispuesta a no moverse hasta la consumación de su propósito final. La espiritualidad de aquel ejército cristiano quiso que el emplazamiento llevara por nombre Santa Fe. Mientras tanto, la desesperación hacía presa en el campo musulmán.

Desde 1482 las tropas nazaríes no sólo luchaban contra el invasor cristiano, sino también entre ellas, por el control dinástico de un reino abocado a la fatalidad del momento. Muley Hacen desconfiaba de su hijo y heredero Abu Abd Allah Muhammad conocido por la crónica como Boabdil, el Chico. Los celos entre padre e hijo desembocaron en un grave conflicto bélico.

El gran beneficiario de esta riña familiar fue Muhammad Ubn Said, llamado por los cristianos «el Zagal», hermano de Muley Hacen y tío, por tanto, de Boabdil. «El Zagal» estaba mejor dotado para la guerra que su sobrino, esto lo sabía Muley Hacen, quien le entregó el mando para retirarse a un confortable segundo plano. Las tropas de «el Zagal» respondieron con energía a los avances cristianos; las de Boabdil no quisieron ser menos, lanzándose a una inútil ofensiva contra Lucena que acabó en desastre, con la captura del propio Boabdil. Éste, una vez prisionero de Fernando II, aceptó negociar su libertad a cambio de las habituales promesas de vasallaje. Fernando, conocedor de las buenas dotes militares de «el Zagal», no puso trabas a la liberación de Boabdil, consciente que la debilidad de éste le permitiría, tarde o temprano, concretar su ambicioso plan sobre la anexión total de Granada. En efecto, en 1485 Boabdil, quien reinó con el nombre de Muhammad XI, regresó a la capital nazarí para enfrentarse a su tío que lo hacía con el nombre de Muhammad XII. Una

vez más, las fuerzas musulmanas se dividieron para mayor alegría del bando cristiano. Tras esto no fue difícil atacar las posesiones de «el Zagal» arrebatándole su cuartel general establecido en Baza. La derrota de «el Zagal» dejaba sólo a Boabdil atrincherado en Granada pero, lejos de entregar la plaza a los Reyes Católicos, optó por romper los acuerdos con éstos y resistir a ultranza en una decisión dominada por el fanatismo religioso.

El asedio al último reducto musulmán de occidente fue penoso para la población; la escasez de alimentos se hizo notar entre unos habitantes numerosos e incrementados por la llegada incesante de miles de refugiados. Granada no sólo aguantaba un asedio terrestre, sino también, un eficaz bloqueo naval que impedía el arribo de cualquier ayuda africana. Con todo, Boabdil disponía en 1491 de unos 60.000 efectivos armados, bien es cierto que muy faltos de pertrechos y de motivación suficiente para una resistencia organizada. Aun así los integristas musulmanes impedían cualquier tipo de negociación con los cristianos; todo hacía ver que el último episodio de la Reconquista hispana se iba a convertir en una masacre horrible si nadie ponía remedio. En el otoño de ese año se cruzaron múltiples embajadas de uno y otro bando, con la esperanza de encontrar solución favorable para ambos mundos. Afortunadamente los asesores hicieron muy bien su trabajo y a finales de año todo estaba listo para la rendición de la ciudad.

El rey Fernando, con el apoyo de la reina Isabel, ofreció condiciones generosas a Boabdil; en ellas se reflejaba el respeto a la población musulmana en cuanto a su forma de gobierno, práctica religiosa y derecho a la propiedad privada. Esta oferta gustó a las principales familias granadinas quienes animaron al atribulado Boabdil a una capitulación sin más contemplaciones. El último Rey nazarí era consciente que esta decisión no gustaría a los miles de fanáticos que pedían a gritos morir en Granada defendiendo el islam. Sin embargo, eligió evitar la hecatombe salvando de ese modo muchas vidas. También en la decisión tuvo cierto peso la promesa que le habían efectuado los Reyes Católicos sobre respetar su vida y la de sus seguidores ofreciéndole un rico territorio en las Alpujarras.

El 2 de enero de 1492 Boabdil, el Chico, salió de Granada con una pequeña escolta dirigiéndose al campamento de Santa Fe; allí le esperaban los Reyes Católicos rodeados por nobles, sacerdotes y soldados. Boabdil ofreció las llaves de su querida ciudad con un gesto de sumisión que el Rey católico respetuosamente no aceptó, demostrando generosidad con el vencido al que trataba como igual. El Rey cogió las llaves y se las entregó a la reina Isabel; de ese modo el reino de Granada pasaba a formar parte de la corona de Castilla. De inmediato se enviaron tropas para tomar posiciones en el conjunto palaciego de la Alhambra. Las unidades castellanas entraron en la ciudad y disciplinadamente se fueron instalando en aquel recinto lleno de esplendor. En una emocionada ceremonia fueron izados los estandartes y pendón

de Castilla, en la torre más alta de la Alhambra. Desde esa impresionante Torre de la Vela se dominaba toda Granada; la visión de los emblemas castellanos y la cruz cristiana dejó boquiabiertos a los miles de granadinos que permanecían ignorantes a las capitulaciones aceptadas por su rey Boabdil. Muchos lloraron amargamente, entre ellos el propio Rey quien alejándose de su ciudad acertó a suspirar con una última mirada; su orgullosa madre Arxa le recriminó diciéndole «Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre». Ése fue el capítulo final de la gloriosa al-Ándalus y las primeras líneas de España, nación que entraba con fuerza en la Edad Moderna convirtiéndose, gracias al descubrimiento de América ese mismo año, en el Imperio más poderoso del Mundo.

El lamento de Boabdil, el Chico, ponía fin a setecientos ochenta años de Reconquista. Cabe suponer que por las mentes de Fernando, Isabel y el propio Boabdil resonaron los ecos de acontecimientos pretéritos: Covadonga, Clavijo, Simancas, Calatañazor, Sagradas, Uclés, Navas de Tolosa, el Salado, etc. y nombres como Rodrigo, Pelayo, Tariq, Musa, Abderrahman, Alfonso I, Almanzor, el Cid, y tantos otros que habían hecho de aquella Cruzada librada en el sur de Europa uno de los momentos más vibrantes de toda la historia conocida. Ahora eran ellos quienes cerraban la herida abierta en las riberas del río Guadalete. La reina Isabel reconocería más tarde que, por encima del fundamental descubrimiento de América, la toma de Granada había constituido el mejor momento de su vida.

El año 1492 fue de actividad febril para los monarcas hispanos: reconstituido el antiguo reino godo y ampliado con Canarias, América y las posesiones mediterráneas, quedaba por conseguir la tan ansiada unidad religiosa. Pronto se rompieron los pactos con los musulmanes obligando a la conversión forzosa o al exilio a todos aquellos que siguieran los designios de Alá. Por otra parte los judíos sufrieron en sus carnes el azote del poderoso catolicismo imperante. En ese mismo año de 1492 más de 150.000 hebreos eran obligados a salir de su querida Sefarad; con ello se perdía una magnífica clase profesional y el sueño de ver unidas a las tres culturas que antaño hicieron de Hispania un lugar único en Europa.

España, con aproximadamente ocho millones de habitantes incluyendo seis millones de castellanos, un millón de aragoneses y unos ochocientos mil andalusíes, pasaba a ocupar un lugar hegemónico en el planeta; atrás quedaba la convulsa edad Media. De sus brumas surgía con fuerza un Imperio forjado gracias a una tenaz Cruzada de ocho siglos sin la que sería muy difícil entender todo lo que marcó la idiosincrasia de nuestro pueblo español, tan diferente pero a la vez tan cercano a cualquier cultura. Gentes mezcladas durante generaciones en un ejercicio de convivencia sin precedentes en la historia de Europa. Precisamente en el sur de este continente se libró la última Cruzada; ojalá Dios o Alá quieran que sea eso, la última.

PRINCIPALES SUCESOS CRISTIANOS DEL SIGLO XV

1404. Se inicia la conquista de Canarias.

1406-1454. Juan II, rey de Castilla.

1406. Muhammad VII ataca Murcia.

1407. Tropas castellanas ocupan Zahara y otras plazas.

1407-1417. Yusuf III, rey de Granada.

1410. Las tropas del regente Fernando ocupan Antequera y Archidona.

1410. Muerte de Martín I, rey de Aragón, sin herederos.

1412-1416. Fernando de Antequera, rey de Aragón.

1416-1458. Alfonso V, el Magnánimo, rey de Aragón.

1417-1444. Muhammad VIII, rey de Granada salvo dos paréntesis protagonizados por Muhammad IX [1427-1430] y Yusuf IV [1432].

1431. Victoria castellana en la batalla de la Higuera.

1447. Los nazaríes recuperan Vélez Blanco, Vélez Rubio y Huesear.

1454-1474. Enrique IV, el Impotente, rey de Castilla.

1455-1457. Campañas castellanas contra Granada.

1458-1479. Juan II, rey de Aragón.

1462. Tropas castellanas toman Gibraltar.

1462-1485. Abu I Hassan Alí, Muley Hacen, rey de Granada salvo el paréntesis de Muhammad XI [1482-83].

1469. Matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

1474. Isabel I, reina de Castilla.

1479. Fernando II, rey de Aragón. Se unen Aragón y Castilla.

1485-1492. Abu Abd Allah Muhammad XI, Boabdil, el Chico, rey de Granada, disputando el trono con su tío Muhammad XII, el Zagal [1485-1487].

1492. El 2 de enero, tras diez años de guerra, Granada se rinde a los RR.CC. Fin del reino nazarí y de la Reconquista hispana. El 12 de octubre dos carabelas y una nao bajo el mando de don Cristóbal Colón toman posesión en nombre de Castilla de un nuevo continente. Comienza la conquista de América.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÉ, Rachel, *España Musulmana, siglos VIII-XV*, Editorial Labor, Barcelona, 1984.
- AVILA GRANADOS, Jesús, *El libro negro de la Historia de España*, Editorial Robinbook, Barcelona, 2001.
- BORAFULL I MASCARÓ, Próspero, *Los condes de Barcelona*, Editorial Fundación Conde de Barcelona, Barcelona, 1988.
- CEBRIÁN, Juan Antonio, *Pasajes de la Historia*, Ediciones Corona Borealis, Madrid, 2001.
- *La aventura de los godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- CHEJNE, Anwar G., *Historia de la España Musulmana*, Cátedra, Madrid, 1980.
- DÍAZ PLAJA, Fernando, *La vida cotidiana en la España musulmana*, Editorial EDAF, Madrid, 1999.
- DUFOURCQ, Charles-Emmanuel, *La vida cotidiana de los árabes en la Europa Medieval*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1994.
- ESLAVA GALÁN, Juan, *La vida y la época de los Reyes Católicos*, Planeta, Barcelona, 1996.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *Historia de Cataluña*, Editorial Ariel, Barcelona, 1985.
- IRADIEL, Paulino, MORETA, Salustiano y SARASA, Esteban, *Historia Medieval de la España Cristiana*, Cátedra, Barcelona, 1989.
- LACARRA José María, *Aragón en el pasado*, Espasa Calpe, Madrid, 1972.
- LAFFIN, John, *Diccionario de Batallas*, Salvat Editores, Barcelona, 2001.
- LASALA, Magdalena, *Abderramán III*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *La Cruz y la Espada*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2002.
- MARTÍNEZ ENAMORADO, Virgilio, y TORREMOCHA SILVA, Antonio, *Almanzor y su época*, Editorial Sarria, Málaga, 2001.
- NICOLLE, David, *Conquista y Reconquista*, Ediciones del Prado, Madrid, 1995.
- REDONDO DÍAZ, Fernando, *Historia de las fuerzas Armadas*, tomo I, Ediciones Palafox, Zaragoza, 1983.

- SALVADOR MIGUEL, Nicasio, y VALDEÓN BARUQUE, Julio, *Castilla se abre al Atlántico: de Alfonso X a los Reyes Católicos*, Ed. Historia 16, Madrid, 1995.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, *La España musulmana*, tomos I y II, Espasa Calpe, Madrid, 1973.
- Orígenes de la nación española. El reino de Asturias*, Editorial Sarpe, Madrid, 1982.
- TORRES, Margarita, *Las batallas legendarias y el oficio de la guerra*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2002.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio, LARA, Tuñón de, y DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Historia de España*, Editorial Labor, Barcelona, 1991.
- VALERO DE BERNABÉ, Luis, y MÁRQUEZ DE LA PLATA, Vicenta, *Reinas medievales Españolas*, Alderabán Ediciones, Madrid, 2000.
- VV.AA., *Alfonso X y su época. El siglo del rey Sabio*, Barcelona, Carroggio, 2001.



JUAN ANTONIO CEBRIÁN ZÚÑIGA (Albacete, 30 de noviembre de 1965 – Madrid, 20 de octubre de 2007) fue un periodista, escritor y locutor de radio español. Su obra literaria y los programas de radio realizados, especialmente *Turno de Noche* y *La Rosa de los Vientos*, fueron su principal fuente de éxito y reconocimiento.

Era conocido sobre todo por sus programas de radio, como *La red*, *Azul y verde* y *Turno de Noche*. En su última etapa 1997-2007 dirigió y presentó el programa de radio *La rosa de los vientos*, en la emisora española Onda Cero. Contó con dos máster en comunicación y realización de programas. Fue fundador y director de la revista *La Rosa de los Vientos* y participó en publicaciones como *Arqueología*, *Muy Interesante*, *Enigmas del hombre y del universo* y *Más Allá de la Ciencia*. Colaboró con el magazine dominical del diario *El Mundo* y con la revista *Historia de Iberia Vieja*. Además, fue director de la colección literaria «Breve historia» de ediciones Nowtilus.

La tarde del sábado 20 de octubre de 2007, Juan Antonio Cebrián falleció de un súbito ataque al corazón a la edad de 41 años. Poco después, Onda Cero emitió el comunicado de su muerte a la hora que debiera haber empezado el programa de *La Rosa de los Vientos*.